



Don JOSE FIGUERES FERRER

ARTURO CASTRO ESQUIVEL

JOSÉ FIGUERES FERRER

EL HOMBRE Y SU OBRA

(Ensayo de una Biografía)



BIBLIOTECA
DE LA
ASAMBLEA LEGISLATIVA

IMPRENTA TORMO
SAN JOSE DE COSTA RICA
1955

1907.

92
652C
BAK

BIBLIOTECA A.L.



1335

1335

24 AGO. 1955

A los Hombres y Mujeres de la Liberación Nacional, que con su gloriosa gesta lograron darle vida a los ideales de José Figueres; y a los jóvenes de hoy, para que sepan siempre defender esos ideales, dedica fervorosamente este libro.

EL AUTOR

PROEMIO

El que no conoce la Historia, o lo que es lo mismo, no sabe lo que sucedió antes que naciese, toda su vida será un niño.—CICERON.

Conviene revivir en la memoria nuestra Historia reciente, para apreciar lo que se ha hecho ya, para estimar el presente y para alentar el espíritu en la lucha futura.

Conviene detenerse a meditar al menos una vez al año, en un día como hoy, sobre esa lucha que estamos librando en los dos frentes, el de la batalla moral y cívica, y el del mejoramiento económico y social.

Recordemos la corrupción de nuestras costumbres que condujo a Costa Rica a la Guerra de Liberación Nacional de 1948. Recordemos aquella época sin revivir el odio, pero aprendiendo la lección: campeaban entonces todos los vicios de la deshonestidad administrativa, el oportunismo, el favoritismo y el desenfreno politiquero. El derecho electoral había desaparecido, y tres elecciones sucesivas se habían celebrado en atmósfera de farasas, fraudes y sangrientos atropellos. Dictaduras extranjeras, aliadas del régimen, enviaban sayones a participar en los abusos del día de elección. Hampones internacionales eran jefes de policía. Sus nombres tétricos provocan repulsión aún: Tavío, López Masegosa, Aureo Morales. Desafiantes, marchaban por nuestras calles las brigadas de choque del Partido Comunista, organizadas con la connivencia de las autoridades. Su misión consistía en reprimir las manifestaciones populares por medio de métodos macabros, como el golpe a la cabeza propinado por la siniestra cachiporra, llamada entonces por su nombre inglés "black jack", que formó parte del vocabulario común de aquella época.

Admitiendo como errores políticos las actuaciones de algunos ciudadanos, y reconociendo rectificaciones posteriores de otros, el conjunto de aquel sistema de gobernar, que floreció de 1940 a 1948, puede llamarse con precisión y sin ánimo de usar vocablos vulgares, el imperio del bandolerismo político.—JOSE FIGUERES.

(Mensaje Presidencial a la Cámara Nacional Legislativa del 1º de mayo de 1955).

El conocimiento de la vida y hechos de aquellos hombres extraordinarios que, en alguna forma, han realizado una gran labor en bien de su Patria, o de la Humanidad, es siempre interesante y beneficioso.

Y nadie podría negar,—por más reacio que fuera para reconocer los méritos ajenos, o más exigente para discutirlos—, que en nuestro biografiado concurren sobradamente ciertos rasgos de carácter, inteligencia y voluntad, que lo singularizan, y que la obra que llevó a cabo con la ayuda valiente y comprensiva del pueblo de Costa Rica,—llena de incidencias notables y de hechos heroicos—, culminó con la transformación de la República y el mejoramiento indiscutible de sus Instituciones, de que hoy afortunadamente disfrutamos.

Conviene, pues, relatar esos hechos,—que algunos parecieran, a veces, haber olvidado, no obstante lo reciente de la fecha en que ocurrieron—y aunque sea en la forma somera e incompleta en que aquí lo hacemos, para tenerlos presentes y saber cuánta gratitud debemos a sus autores.

Ese ha sido, y no otro,—como simples costarricenses observadores de los acontecimientos, pero sintiendo, eso sí, vibrar nuestra alma de emoción a cada paso, ante la gesta de los Libertadores—, nuestro propósito al publicar este libro, que con toda propiedad hemos llamado “ensayo”, en espera de mejores y más documentadas plumas que traten de nuevo su apasionante asunto.

Quiera Dios que nuestro trabajo cumpla bien su cometido y que se le reciba con benignidad por los lectores, en gracia a la buena intención con que fué escrito.

A. C. E.

Abril de 1955.

I

Fué una de esas cosas que dispone el Destino... y esta vez para gloria y provecho de nuestra Patria: José Figueres Ferrer nació en San Ramón el 25 de Setiembre de 1906, a los pocos meses de haber llegado sus padres de Barcelona.

En la Ciudad Condal se acababa de graduar el Doctor en Medicina don Mariano Figueres Forges, quien había contraído matrimonio con doña Paquita Ferrer Minguella, Maestra Normal, recién graduada también en el Instituto Pedagógico de Barcelona.

El Doctor deseaba venir a América, a gozar de las infinitas posibilidades que su suelo ofrecía a los profesionales jóvenes que quisieran probar fortuna en ella. Por qué no hacer el intento y atravesar el Atlántico, como tantos compatriotas suyos lo habían hecho antes con buen éxito?

Por aquel entonces era nuestro Cónsul en Barcelona, don César Nieto Díez, periodista, sincero amante de nuestra Costa Rica, y hombre de acción. Conoció al recién graduado y escuchó sus proyectos de trabajo y sus deseos de ver otros horizontes, de probar en otros medios menos difíciles que aquella Barcelona de 1906, llena de luchas sociales, de atentados anarquistas y de disturbios sin cuento. Supo que el Doctor Figueres se especializaba en un nuevo sistema de curación, la electroterapia, que estaba obteniendo éxitos en todas partes y que era todavía desconocido en nuestro país. Por qué no se dirigía pues, el novel doctor, a Costa Rica? Allí podría trabajar libre-

mente y con beneficio propio y para el país. Además él le conseguiría ciertas conexiones en el Gobierno y entre sus amigos, que le facilitarían todo, desde el principio.

Y el Doctor no lo dudó más. Y un buen día de Mayo de 1906, la pareja de recién casados, él lleno de optimismo y de deseos de trabajar y ella solidaria y comprensiva con los planes de su marido, y llevando en su seno al primer fruto de su matrimonio, abandonaron su linda ciudad natal, y llegaron a San José, plenos de entusiasmo.

Gobernaba el país, en aquél entonces, don Cleto González Víquez.

El Doctor comenzó pronto a hacer gestiones para su instalación en la capital y el transporte de todos sus instrumentos médicos y aparatos de radioterapia. Las cosas no eran precisamente como se la habían pintado... El sistema terapéutico no era exactamente nuevo aquí. Había encontrado ciertas dificultades para la introducción, de su valioso equipo... Pero qué significaba todo ello, si ya estaba aquí y podía trabajar? Su incorporación a la Facultad de Medicina fue brillante e inmediata. Se le ofreció la medicatura del pueblo de San Ramón. La aceptó como primera providencia, ya que todavía no era conocido, que los reales no entraban, y que pronto habría una boca más en casa que llenar. Se instaló, pues en San Ramón. Aquellas barbas copiosas y fuertes que traía de su país, intensamente negras y cuidadas y su austera levita hasta media pierna, —adorno e indumento indispensables a todo profesional español de aquellos tiempos, y sobre todo médico— tuvo pronto que abandonarlos, ante la sencillez y naturalidad de la vida de sus nuevos clientes y sobre todo la rigurosidad del clima tropical, ventoso y polvoso de aquel pueblo— y pronto se le vió vistiendo simple saco blanco y sombrero de pita, o en mangas de camisa, como cualquier hijo del país...



El Dr. don Mariano Figueres Forges y su señora esposa doña Paquita Ferrer de Figueres, con su hijo primogénito José María, en la época en que vivían en San Ramón, 1906. (foto Paynter)

El San Ramón que conoció el Doctor Figueres a su llegada, era bien distinto del de hoy. Diremos que en ciertos aspectos era mejor... Vivían entonces allí, nuestro gran Lisímaco, el Padre Piñeiro, ingenioso y decidor cura español que pronto fué su amigo, y estaban en la flor de su rendimiento espiritual y cultural los educadores don Nautilio Acosta y don Federico Salas, que fueron los primeros mentores de su hijo, y en general, presentaba aquel centro humano las características que siempre le distinguieron y distinguen todavía, de ser terreno abonado para todas las inquietudes intelectuales, ya fuera en forma de poesía, de arte musical, de pedagogía o de filosofía. Tuvo la suerte, pues, la joven pareja europea, de caer en un pueblecito de Costa Rica en donde a la par que se laboraba con todo empeño la tierra, se cultivaba también el espíritu... cosa no muy corriente en el resto del país en aquellos tiempos, como no fuera en las ciudades capitales de Provincia.

Y en ese lugar escogido, como si dijéramos, en el que Ceres y las Musas se daban la mano, vino al mundo, el 25 de Setiembre de 1906, el hijo primogénito del matrimonio, José María, que tanto lustre le iba a dar, andando el tiempo a su linaje, y tanta gloria a su Patria, Costa Rica. Y acertó a coincidir su nacimiento con el de otro hombre que fué después su ferviente amigo e incansable colaborador en sus lides políticas y revolucionarias, Francisco José Orlich, de quien también, más adelante, se enorgullecería justamente la Patria.

Las madres de ambos, doña Paquita y doña Georgina, eran las dos recién casadas, jóvenes y europeas, y habían abandonado su tierra en pos de su marido, para llegar a la lejana América, llenas de esperanza. Ambas iban a tener su hijo primogénito y eran nuevas e inexpertas en el ambiente distinto y extraño de este rincón tropical. Se hi-

cieron íntimas amigas, inseparables. Y así mismo sus esposos, don José Orlich Zamora y el Doctor. Quién iba a decirles, a los jóvenes casados, que aquellos sus hijos primogénitos, nacidos casi al mismo tiempo y criados como hermanos, iban luego a significar tanto para Costa Rica? Aunque ya doña Paquita, con su ojo de madre, que nunca engaña, había adivinado mucho de lo que sería su hijo, cuando al hacer un anagrama con todas las letras que forman su nombre, obtuvo esta sentencia, que resultó profética: *"Surgiré y reformaré a jefes..."*

Pasaron algunos años de vida activa y beneficiosa para la comunidad, de la familia Figueres Ferrer en San Ramón. Nació ahí su segundo vástago, su hija Luisita. Pronto quiso el Doctor, con la inquietud propia de los hombres de acción y ansiosos de mejoramiento, conocer otro ambiente, probar en otra región del país. Y así se trasladó luego la familia a Escazú, y después a Santa Ana, para sentar sus reales finalmente en la capital. El Doctor ya era entonces suficientemente conocido como profesional de relieve, como hábil cirujano y excelente médico, y enseguida tuvo numerosa clientela... Abrió una Clínica en San José, la "Clínica Figueres", que tuvo mucho renombre y todavía se recuerda como uno de los centros médicos del país de mayor seriedad y competencia. La familia era ya de cuatro hijos: José María, Luisita, Carmen y Antonio.

Y mientras tanto, el primogénito era ya un hombre-cito, y acusaba rasgos de carácter y de inteligencia excepcionales. Era profundamente estudioso, reflexivo e independiente. Se inclinaba al estudio principalmente de las Matemáticas, la Física y la Electricidad. Se pasaba horas enteras encerrado en su cuarto de trabajo, leyendo continuamente y estudiando la ciencia que en aquellos días comenzaba a desarrollarse: la telegrafía inalámbrica. El

mismo había construido un receptor de galena y con él escuchaba emocionado las transmisiones del mundo. Recibía además un curso por correspondencia de Ingeniería Eléctrica, de las Escuelas Internacionales de Scranton, Pensilvania. Costaba trabajo a sus papás sacarlo de aquella habitación para que tomara sus alimentos y para que tuviera un descanso. Luego aprendió inglés: esto le abría un medio fácil de adquirir nuevos conocimientos técnicos y de leer en su propia lengua a Bacon y Spencer... El Colegio Seminario, donde el Doctor, como buen católico y fervoroso creyente, le puso contra su gusto, —porque José María, desde que tuvo uso de razón, amaba la libertad de pensamiento y rechazaba con toda vehemencia las verdades impuestas— no le satisfizo de ninguna manera. Los años que pasó ahí, aunque de mucho le sirvieron luego, pues en ese Colegio se prestaba mucha atención a las asignaturas que precisamente a él le interesaban más, y sus respectivos profesores eran eminencias en la materia, fueron para él de intensa amargura. Estaba allí contra su gusto. Por una imposición de su padre que, aunque bien intencionada, doblegaba su voluntad, irrespetaba su personalidad... El hubiera deseado estar en un Colegio laico, liberal, en donde todas las ciencias fueran objeto de un libre examen, sin prejuicios ni dogmas... Pero, al fin, hubo que respetar la decisión paterna, y en el Seminario obtuvo su título de Bachiller en Humanidades. En aquellas aulas había hecho amistad con un inteligente compañero que parecía tener sus mismos gustos e inquietudes, aunque difería en su vocación: con Alberto Martén, quien estudiaba para sacerdote y que más tarde colgó los hábitos para seguir una brillante carrera en el Derecho y las Ciencias Económicas, siendo después, en los años de lucha política y libertadora que habrían de venir, su fiel y constante colaborador.

Un día José María anunció a sus padres que deseaba irse a los Estados Unidos. A estudiar y a trabajar. A respirar un aire de libertad y de progreso que se le hacía indispensable para seguir viviendo. Y tenía solamente diecisiete años!... La noticia fue catastrófica para la familia: cómo iba a separarse un hijo tan tierno, casi un chiquillo, de los cuidados del hogar? La oposición fue tremenda. La lucha de José María, titánica. Pero al fin venció. El Doctor dió el permiso a regañadientes. Para obtener su pasaporte dijo que era mayor de edad; —su aspecto serio y de persona juiciosa le favorecía— y para corroborarlo, se dejó crecer el bigote.

Boston, New York! Años de trabajo y de estudio.

En Boston siguió un curso libre de Ingeniería, en el Massachussets Institute of Technology y fué un lector asiduo de su famosísima Biblioteca Pública, en las horas que le dejaba libres el trabajo con que ganaba su sustento: chequeador de romanas eléctricas en la Salada Tea Company. En New York, durante el día, hacía traducciones español-inglés y viceversa. Durante la noche, escuela de dicción inglesa, fonética, y en su cuarto de pensión, lecturas, lecturas silenciosas hasta el amanecer: Shakespeare, Whitman, Rousseau, Voltaire, y siempre Bacon, Spinoza, Spencer...

Sus cartas a la familia siempre eran alentadoras y optimistas, llenas de fe en su porvenir. Al tercer mes de haber salido de su casa, escribió a su padre que no le mandara más fondos para su subsistencia, pues ya él ganaba lo suficiente para vivir. Y como el Doctor, con su bondad paternal, insistiera en sus envíos, los cheques le fueron devueltos... "Ya había dicho que no necesitaba nada". Curioso ejemplo de tenacidad e independencia y de conciencia de su propio valer, en un joven de diecisiete años, viviendo solo en una ciudad como New York, sin



Los jóvenes José Figueres Ferrer y Francisco J. Orlich,
cuando eran alumnos del Colegio Seminario, 1920.

un sólo pariente ni conocido y habiendo dejado su hogar por la primera vez en su vida contra el gusto de sus amorosos y preocupados padres!... Pero nada, él era él y saldría adelante victorioso en su lucha contra el mundo y lo desconocido! Maravillosa primicia de lo que iba a ser en adelante la característica de toda su vida: la lucha, la lucha contra la incomprensión, la lucha contra la dureza del suelo, la lucha contra los enemigos de la libertad, la lucha contra las tiranías y los gobernantes irresponsables, la lucha contra la ignorancia y la miseria de su pueblo, la lucha en fin contra todo lo que significara una ofensa o lesión a los derechos humanos!

En New York pronto se le reunió su amigo fraternal de siempre, Francisco J. Orlich. Sus cartas eran tan maravillosas, tan alentadoras, que Francisco —a quien en verdad su amigo hacía muchísima falta, pues no en vano se es amigo de una persona desde el seno materno, pues sus madres, como se dijo, convivían como hermanas antes de traerlos al mundo— decidió seguirlo. Y ahí tenemos a la pareja de hombrecitos audaces, viviendo juntos en un estrecho apartamento de la populosa ciudad, trabajando para llevar su vida con decencia y haciendo frente a todas las dificultades imaginables, gracias a los escasos pero honrosísimos dolarcillos ganados cada semana!

Cuatro años duró la permanencia en los Estados Unidos, de los esforzados muchachos. José María fué el primero en regresar. Ya se sentía maduro en su experiencia de vivir lejos del hogar. Ya había aprendido muchas cosas que deseaba ardientemente saber, y gustado ampliamente la grata sensación de sentirse libre, dueño de sí mismo en toda la extensión de la palabra, en un país de democracia y libertad, de trabajo y progreso, y deseaba volver a su tierra, a la pequeña Costa Rica, para ver si podría servirle de algo, emprender en alguna cosa que,

además de su provecho, representara algún beneficio para ella. Además los requerimientos paternos para su regreso, que a veces eran ruegos y a veces exigencias, se hacían cada vez más apremiantes... El Doctor fue a New York para acompañarlo en su regreso. Era el mes de marzo de 1928.

Una vez en Costa Rica, su espíritu inquieto, de luchador incansable, lo hizo emprender en muchas cosas... Primero la industria, luego el comercio, por fin la agricultura, la actividad que iba luego a apasionarle por toda su vida y darle ese amor entrañable a la tierra, que siente todavía por sobre todas las cosas. Y compró entonces unos terrenos casi abandonados en las montañas de Tarrazú, a siete horas a caballo de San José.

Había en la finca unas máquinas casi inservibles, para hacer mecate de cabuya, y unos cultivos igualmente descuidados de esta planta textil. Esa era la finca que él necesitaba! Había ahí mucho que hacer, estaba todo en ciernes y mal atendido. Además, la finca era de montaña, de escarpados montes y tierras áridas. De escasos y malos caminos y de dificultades sin cuento. Qué más quería para dar curso a sus ansias de lucha, a su energía emprendedora, que hacer de aquella finca, prácticamente arruinada, el laboratorio de sus experimentos? Además, allí había soledad, silencio, algo que él había deseado desde hacía mucho tiempo, para dedicar parte de su vida al estudio y la meditación. Al cultivo de sí mismo. De nada sirvieron las prudentes observaciones que le hicieron parientes y amigos acerca de la esterilidad de aquellas zonas, de la inclemencia de sus suelos, de la distancia a que se hallaban de toda civilización y confort. La finca fué comprada y José María, tesonero y audaz, como buen descendiente de españoles al fin, y lleno de fe en el buen éxito de sus esfuerzos, se fué a vivir en ella, solo,

como un ermitaño. Qué diremos solo? No!, que le acompañaban sus libros, y sus herramientas de trabajo: el Diccionario monumental de Webster en inglés, lindamente empastado y con índice de pulgar, que comprara en treinta y cinco dólares a costa de grandes sacrificios, pues no era fácil ahorrar una suma tan grande en relación con sus entradas, y que le forró en una tela especial pintada a mano, una amiga fraternal en New York; las obras Completas de Shakespeare, El Quijote, las Obras de Spencer, a las que ahora se habían agregado las de Nietzsche, Schopenhauer y Kant, La Historia de la Filosofía, de Durrant, el Diccionario de Voltaire, la Biblia, y además, Tratados de Economía Política, Finanzas, Ingeniería, Matemáticas, etc., junto a la pala, el machete y el hacha, la cinta de medir terrenos y el duro pico extractor de piedras y hacedor de huecos para clavar los palos de las cercas. Qué mejor compañía podía desear este hombre, que siempre amó la soledad meditativa y el trabajo creador?

Sus años en San Cristóbal, —que así se llama el lugar donde está ubicada su finca— fueron de continua lucha. No de otro modo se explica que andando el tiempo pusiera en el portón de su entrada, un letrero forjado en hierro con la leyenda “LUCHA SIN FIN”, (concepción filosófica de la vida, que obliga al hombre a luchar cuando está mal, y a buscar la lucha cuando está bien), de donde proviene su nombre actual de “LA LUCHA”, que se hiciera famoso en nuestra historia. Los terrenos yermos y estériles se hicieron fecundos; los cultivos, viejos y descuidados, fuertes y productivos. Las maquinarias oxidadas y viejas comenzaron a andar con nuevos bríos y con desusado rendimiento. Sus piezas inservibles fueron reemplazadas y las fuentes productoras de energía eléctrica, totalmente renovadas. Para eso José María había estudiado intensamente Hidráulica y Electricidad y con sus conocimientos y su regla de cálculo había hecho los estudios

necesarios para mejorar la caída de las aguas, la localización y la adecuación de las turbinas, etc.

Quince años fueron estos de lucha, del hombre frente a la tierra y sus rigurosidades, que transformaron aquella región, miserable y dura, en un emporio de riqueza y comodidad; y que hicieron del muchacho, lleno de ideales y de fortaleza espiritual, —pero al fin un adolescente—, un hombre completo, en toda la extensión de la palabra: su visión de la vida, unilateral y teórica hasta entonces, se agrandó frente a la tierra y su cultivo directo; su trato con los hombres, circunscrito a los de la ciudad, se ilustró con el conocimiento que le proporcionó la cercanía y el convivir con los campesinos: desde entonces los comprendió ampliamente, los estudió en todos sus aspectos, vio sus aptitudes y necesidades y los amó.

De esta época data también su matrimonio con la ciudadana norteamericana Henrietta Boggs Long, natural de Birmingham, Alabama, quien le dió dos hijos: José Martí y Carmen. De ella se divorció en 1952. (*) Años fecundos fueron estos, de meditación y de trabajo, que fortalecieron su espíritu y aclararon su mente para comprender muchas cosas que andaban mal entre los hombres, y tratar de mejorarlas con valentía. Crisol fué este, de la finca "LA LUCHA", donde se fundió el carácter de acero y el hombre de una sola pieza que pronto iba a dar muestras al país y al mundo, de lo que era capaz...

(*) Al escribirse estas líneas el señor Figueres se encuentra casado por segunda vez, con la señora doña Karen Olsen Bech, con quien tiene un hijo: José María Figueres Olsen, nacido el 24 de diciembre de 1954.

La señora Olsen es también norteamericana, nacida en la ciudad de New York, pero de padres daneses que han residido en los Estados Unidos desde hace muchos años y hoy son también ciudadanos norteamericanos naturalizados.



Don José Figueres cuando comenzaba sus trabajos en la finca LA LUCHA, en 1929. A la izquierda, su hermano Antonio y en el centro uno de los empleados de la hacienda.

II

Corría el año 1942.

Europa se debatía en un mar de sangre, en el que las democracias luchaban contra el totalitarismo...

Costa Rica se había alistado, de las primeras, al lado de la buena causa, declarando la guerra a Alemania y a Italia, y finalmente al Japón.

El país estaba siendo gobernado por el Dr. Rafael Angel Calderón Guardia desde 1940. Pero en ese entonces, ya las cosas no marchaban bien.

El descontento en el país, con los actos del Gobierno, era ya casi general y manifiesto. La hacienda pública estaba siendo expoliada sin pudor ni misericordia. El Congreso Nacional existía sólo de hecho, pues sus actuaciones eran todas de obediencia servil al mandatario. La irresponsabilidad e incapacidad de algunos ministros y funcionarios del régimen era innegable y notoria. La concusión y el cohecho florecían libremente. Además se estaba haciendo sentir demasiado, en las recientes leyes promulgadas, la demagogia y la ingerencia, cada día más creciente, en los actos del Gobierno, de un partido, de extrema izquierda, que más tarde fue el Partido Comunista, francamente tributario de las hordas rusas...

Verdaderamente que en esos días se tenía en nuestra patria, la triste convicción de que íbamos cuesta abajo, rodando cada vez con mayor rapidez hacia un abismo de corrupción en el que iban desapareciendo todos nues-

tros antiguos valores espirituales, morales y cívicos. De que el país iba francamente a la bancarrota. Y nadie se atrevía, por temor al gobernante y sus satélites, y al entronizado comunismo, a mover un dedo, a decir una palabra, para mejorar la situación.

Y llegó el 4 de Julio de 1942.

Un barco de la United Fruit Company, atracado al muelle de Puerto Limón, fue torpedeado por un submarino alemán, mientras obreros costarricenses trabajaban en su descarga, pereciendo varios hombres a consecuencia de la explosión.

El pueblo enfurecido, primeramente desfiló por las calles de la capital, en justa manifestación de protesta, pero luego, azuzado por los dirigentes del Partido Comunista, comenzó a tomar represalias, dañando y saqueando cuanta propiedad o comercio de alemanes e italianos se atravesó en su paso. Durante todo el día y toda esa horrible noche, se vieron las escenas de robo y de saqueo, protegidos y hasta fomentados por la policía, que miraba todo de brazos cruzados, ya que esa era su consigna recibida de los comunistas, que paralizarían de espanto hasta los pueblos más corrompidos. Las vidrieras de las tiendas eran rotas a pedradas, las puertas derribadas a empujones y la chusma entraba a los indefensos establecimientos como una horda de bárbaros, al grito de "*Muera Hitler!*" "*Muera Mussolini!*" "*Vivan las Democracias!*" para robarse la mercadería que, afuera en la calle, era motivo de celebraciones y arrebatijas. Y en esta forma no quedó en San José, —y así debió ser también en provincias— ni una sola casa de comercio italiana o alemana que no fuera despojada totalmente de sus existencias de mercadería y cuyos vidrios de las ventanas y

rótulos luminosos no fueran destrozados. Vergüenza grande para un pueblo civilizado que hasta la fecha había tenido la fama de serlo efectivamente, y que siempre se había distinguido por su respeto a la ley y sus buenas costumbres!

El público esperaba ansioso el castigo inmediato de esos crímenes. Pero no hubo sanción para nadie. Lo hecho "era una reacción natural de los aliados contra sus enemigos, los totalitarios. Estábamos en guerra. El hundimiento del "*San Pablo*" —que así se llamaba el barco torpedeado— estaba vengado. El pueblo ofendido tenía derecho a su botín ganado en buena lid".

José Figueres Ferrer, de paso en la capital, a donde había llegado de su finca para hacer algunas diligencias bancarias, había presenciado todo el espectáculo. Su espíritu justiciero y elevado, su conciencia de ciudadano puro y conocedor de las leyes, se había conmovido hasta lo más hondo y rebelado con gritos de indignación ante aquella miserable hazaña, consentida y alentada por el Gobierno... y no pudo más. Su pecho estalló con violencia volcánica ante aquello y todas las deficiencias gubernamentales que había venido observando desde hacía mucho tiempo, y decidió hablarle al pueblo, comunicarle a sus conciudadanos su indignación, decir al Gobierno la verdad de lo que estaba pasando y conmover así la opinión pública para que se tomara alguna medida salvadora, para que se hiciera algo en pro de la patria descalabrada y ofendida por quienes llevaban tan mal las riendas de su destino... Y entonces, una buena mañana, sorprendió al público un anuncio aparecido en los diarios, en lugar muy visible y enmarcado en gruesos listones, que decía:

*Al Supremo Gobierno
A las colonias de las naciones aliadas
A los ciudadanos costarricenses*

*Invitamos a escuchar el mensaje que hoy a
las 7 de la noche, desde la Estación América
Latina, dirigirá*

DON JOSE FIGUERES

*desenmascarando la verdadera organización na-
cional de sabotaje que mina a la República y
desvirtúa su acción internacional.*

San José, 8 de Julio de 1942.

Francisco J. Orlich

Alberto Martén

La expectación fue general. La curiosidad mucha. Quién será este José Figueres que anuncia que va a hablar de cosas tan importantes para el país? Nadie le conocía. Algunos sabían que era un agricultor muy dedicado a su trabajo y un hombre honrado a carta cabal, que estaba laborando hacía años en las montañas de Tarrazú. Pero ignoraban del todo que tuviera preocupaciones de otra índole, y menos que se atreviera a hablar por radio al gran público de la nación, de cosas tan serias como lo decía el aviso. De qué cosa iría a hablar Pepe Figueres? Nadie lo sabía. En todo caso, sería bueno oírlo. Claro que la plática no sería contra el Gobierno, porque nadie se había atrevido a tanto y además era a todas vistas peligroso exponerse a una represalia o un castigo arbitrario propio del tipo de hombres que actualmente se estaban destacando en el ejército o la policía.

Y la hora del anunciado discurso llegó.

No hubo un ser humano en todo el país, incluyendo al Presidente de la República y sus allegados, que no tuviera sintonizado su radio. Había ansiedad por escucharlo.

Entremos nosotros ahora en la intimidad de un hogar josefino, en donde los mayores se congregan junto al aparato para oír, y oigamos también la esperada transmisión:

El locutor de la Estación "América Latina" anunció que enseguida se escucharía al orador.

Y el discurso comenzó.

Figueres dijo, con pausadas palabras y muy clara voz, que reflejaba la fuerza de sus convicciones y el valor que le animaba para decir lo que estaba seguro de ser la verdad:

"Honorables colonias americana e inglesa; costarricenses:

"Bendigamos el sistema de Gobierno que permite a un ciudadano pensar dignamente y expresar su opinión sobre el manejo de las cosas de todos.

Esto es en gran parte conquista de los pueblos de habla inglesa y francesa, y es rica herencia del pueblo costarricense. Hoy este pueblo participa en una guerra mundial donde se libran a un tiempo diversas disputas de los hombres; donde va a definirse, empero, una cuestión fundamental; si pueden permanecer sobre la tierra, o si van a perecer, la forma de vida y la forma de gobierno que reconocen como lo más sagrado el respeto a la dignidad humana.

Costa Rica milita en el grupo de naciones optimistas en esta gran prueba. Y aquí está un costarricense ocupando libremente la tribuna para decir cosas que pueden disgustar a personas y a grupos capaces físicamente de impedir este acto, o de tomar represalias, si no mediaran esas grandes conquistas de los hombres, porque hoy se está luchando.

Me siento orgulloso de ser hombre y de ser costarricense. Respiro la atmósfera de las cámaras de Inglaterra, donde ahora mismo, en gravísimos momentos, se pronuncian censuras a Churchill, con independencia y dignidad.

Yo vengo a hablar sobre la situación del momento. Sin ninguna idea original, porque cuanto hay que decir se comenta sin cesar en las conversaciones del pueblo, y algunas cosas ya se han publicado. Hay un malestar general, reprimido por diversas consideraciones, contra el Gobierno de la República. El señor Presidente se ha quejado varias veces por la prensa, de que se murmura por todas partes, se llega tal vez hasta la calumnia, y nunca se concretan cargos serenamente. Por otra parte, el público lamenta que nadie tenga la suficiente confianza en el Gobierno, para expresar libremente el sentir general, sin temor a represalias y sinsabores. Creo que yo tengo esa confianza. Yo estoy seguro de que no siento temores. Lo que se dice es esto: que la Administración Pública es deficiente. Que los métodos o los hombres, del Gobierno, son incompetentes para dirigir al país en tiempo de paz, y absolutamente incapaces de conducir la guerra”.

Aquí los radioescuchas se miran unos a otros, con inquietud, y se acercan más al aparato como para no perder palabra.

“Veamos lo que el público dice sobre nuestra actuación en la guerra.

La declaramos a su tiempo, en cumplimiento con el sentir nacional, que era, en gran mayoría, pro-aliado, y que desea continuar nuestra vida de instituciones y de derechos. Pero hemos manejado la guerra ineptamente. Tal vez hasta hecho el ridículo ante nuestros enemigos, como ante nuestros aliados. Empezamos por no tener ningún criterio definido en cuanto a las colonias locales de países enemigos. Este es un problema que no es nuevo en el mundo, y los hombres de gobierno debieran haber sabido cómo se maneja. No dimos jamás garantías a nuestros aliados contra los peligros verdaderos de agrupaciones enemigas tan cerca del Canal de Panamá. Las únicas medidas que se han tomado han sido a instancias directas de la Legación Americana. Y es bien sabido que bajo la política del buen vecino, las legaciones desean intervenir lo menos posible en acciones internas de otros países, a pesar de que somos sus aliados. Y en Costa Rica tienen que intervenir, por la incapacidad de las autoridades locales. Tenemos a nuestros aliados en un estado de inseguridad, como el que se siente en los cuarteles cuando se habla de que hay traidores adentro. Hemos estado lejos de dar toda nuestra entera colaboración.

Con nuestras escasas fuerzas, podríamos al menos haber recorrido nuestras costas palmo a palmo, para sentirnos seguros de que no hay depósitos de aprovisionamiento de submarinos, protegidos de los aviones por las espesas selvas tropicales. Cada uno debe ayudar con lo que tenga.

El Gobierno no procedió a tiempo. Se podrían al menos, haber emplazado pequeños cañones, como dicen que se está haciendo ahora, que ya es tarde. Así pasamos

por la vergüenza de que se metiera un submarino enemigo hasta el puerto mismo de Limón y clavara la puñalada a nuestro huésped, en nuestra propia sala. Nosotros somos los responsables, por imprevisión, por desconocimiento de nuestras incumbencias. No podemos esperar que los Estados Unidos organicen, por sí solos, en unos pocos meses, la defensa de todos los puertos y de todas las costas del Continente. Si cada pequeña nación no hace lo que puede, tanto les da tenernos de aliados, como de enemigos. La peor forma de sabotaje es un aliado incapaz.

En protesta contra el hundimiento del "San Pablo", que la multitud no puede enfocar ni juzgar cuerdamente, se organizó en San José un desfile, la tarde del 4 de Julio. Hubo al principio una hermosa manifestación de duelo por los muertos del barco. Luego la gente rompió los vidrios de algunos establecimientos de casas enemigas, y la manifestación se dirigió a la casa Presidencial. Y entonces, paso por la pena de decirlo, el señor Presidente cometió los errores que luego ha lamentado tanto en los periódicos y en sus actuaciones posteriores. Cayó en la trampa de un discurso político de un jefe de partido, don Manuel Mora; olvidó las lecciones elementales de psicología colectiva o de psicología de las multitudes; hizo derroche, aunque fuera momentáneamente, de una absoluta falta de prevención práctica de las cosas. Pronunció un discurso de buena fé, que enardeció al pueblo inconsciente y desató la tempestad que no pudo luego contener, y la ciudad fue saqueada y la gente destruyó más riqueza pública, (porque pública es en estas circunstancias toda riqueza, especialmente la de las colonias enemigas), destruyó más riqueza, digo, la gente en dos horas, que la mercadería que perdimos en el "San Pablo". En cambio, en los Estados Unidos se trabajó el 4 de Julio, produciendo riqueza que todos necesitamos. Y ahora todos se lavan las manos.

Ni el Partido Comunista tiene la culpa, ni el Gobierno tiene la culpa. Yo creo que los dos son culpables, pero más el Gobierno, porque es el responsable del orden público que no supo mantener. La peor forma de sabotaje es nuestra propia incompetencia.

Y ya nos apartamos del renglón de la guerra, para entrar en asuntos internos..."

La emoción de los oyentes crece. El interés los petrifica.

"Los rumores que preocupan al señor Presidente, han llegado a su máximo en estos días. Se dice que el Gobierno está entregado al Partido Comunista. Y se dice que el Gobierno se ha visto obligado a echarse en brazos de ese partido, porque las clases dirigentes, y los demás grupos, lo han abandonado en su lucha política contra el partido o los partidos que no son de su agrado. Tal vez sea cierto ese abandono político. Pero el Gobierno no tiene por qué estar haciendo política en vez de limitarse a gobernar, especialmente en tiempos de guerra. Si el Gobierno está en manos del Partido Comunista, por razones políticas, y si el Partido Comunista tiene que satisfacer, por razones políticas, a las chusmas de pillos inconscientes, llegamos a la triste conclusión de que esta administración ha entregado el país a esa muchedumbre que saqueó la capital la noche del 4 de Julio.

Veamos las finanzas. Todos sabemos que el Gobierno está atrasando pagos. Y nos dicen que es por la guerra. Creen que somos ingenuos. La verdad es que en los dos años que esta administración ha concluido, las entradas fiscales han sido las más altas de nuestra historia hacendaria. Cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones por año. Oigan las cifras, costarricenses! Y sepan que

en años relativamente recientes, las entradas de la República han bajado hasta diecisiete millones en un año. Y a este Gobierno le han entrado cuarenta y tres y cuarenta y cuatro millones. Y cómo empezó la Administración? Con siete millones disponibles entre las varias cuentas. Y como está hoy? Sobregirado en dos a dos y cuarto millones de colones! Dos a dos y cuarto millones de colones! Y el saldo en descubierto en la calle? Seis millones de colones!

Paremos. Para describir el desastre hacendario en que nos hemos metido, hay que hablar de millones como de cincos de achioté”.

El público hogareño rie, se regocija, pero con risa nerviosa.

“Paremos las cifras —continúa el orador— por la siguiente razón: es cierto que si este gobierno termina su periodo, le habrá costado al país tal vez cien millones de colones, botados fuera de presupuesto. Pero el daño que habrá sido más grave y no se puede expresar en guarismos, es el daño moral de corromper al pueblo con manejos irresponsables de los fondos públicos. La función del Gobierno es educar. Otro ejemplo: la langosta. Con dispensa de trámites se hacen pasar por el Congreso los proyectos de mayor trascendencia, inmediata o futura. Viene la plaga de la langosta, que barre los cultivos como un huracán. Y hay calma. La langosta llegó a San Ignacio: un proyecto de ley destinando cincuenta mil colones a combatirla. La langosta está en Jorco: primer debate del proyecto. La langosta se comió los frijolares de San Gabriel: segundo debate del proyecto. La langosta dejó sin sombra de guineo los cafetales de Rosario: tercer debate. La langosta en los Bajos de Bustamante: el Gobierno no sabe que hacer con los cincuenta mil colones.

En Corralillo!: El Gobierno no tiene los cincuenta mil colones. Sigán con tarros, espantándola, los dueños de milpas de Colpachí. La langosta se murió de frío en el cerro de El Tablazo! El Gobierno tiene la satisfacción de informar que el peligro ha desaparecido. Lo que ha desaparecido son los maizales. Y lo que debiera desaparecer es el Gobierno!"

El auditorio ríe otra vez francamente, pero esa risa dura poco; la corta una extraña inquietud que se apodera de todos.

Y el orador continúa:

"Esto semeja los cuentos de los humoristas franceses, sobre la inconciencia de los políticos de París. Esto recuerda las risas de azúcar de la Francia de ayer. Esto presagia las lágrimas de acíbar de la Francia de hoy.

Yo no estoy especulando sobre la teoría de la Relatividad. El caso es que mis peones no tienen maíz, pero disfrutamos de un decreto que fija el precio a un colón el cuartillo. Pónganlo a diez centavos, si es cuestión de decretos, y lo tendremos más barato. Lo que ignora el gobierno es que con decretos no se hacen tortillas!"

Nuevas risas de todos. Pero son pasajeras. Precisa seguir escuchando:

"Mis peones no tienen zapatos, ni sábanas limpias, ni leche para sus niños, pero el Seguro Social les garantiza una vejez sin privaciones. Señores del Gobierno: acabemos la comedia; asegúrenles a los costarricenses un buen entierro, y déjenlos morir de hambre!"

El auditorio sonríe, pero comienza a sentir la sensación de que algo desagradable va a ocurrir.

“En los comienzos del cine parlante, —continúa diciendo, impertérrito el orador— el aparato consistía en un proyector mudo, corriente, más un fonógrafo de discos. Era muy difícil hacer coincidir el sonido, con la imagen de la pantalla. A menudo se quedaba uno atrás del otro. Y a veces el operador se equivocaba, y sonaba un disco de versos provenzales mientras se proyectaba un match de boxeo. Hoy en Costa Rica, quien ve la realidad de las cosas y simultáneamente escucha a los personeros del Gobierno, recibe la misma sensación de desconcierto; siempre están tocando el disco que no es. Ahora anda la policía con carabinas, para evitar el saqueo del sábado pasado!...”

La hilaridad llega a su colmo, pero también la inquietud. Los oyentes abandonan sus asientos para dar unos pasos de aquí para allá, en la habitación casera, frotándose las manos con nerviosidad. “En realidad es mucho, mucho lo que se ha atrevido a decir este hombre, pero todo verdad, la pura verdad...”

Y la radio continúa:

“Pero señores, el momento no es de risas, ni yo soy hombre de lágrimas. Yo no vengo aquí a llorar calamidades, ni a mortificar por placer sadista a los hombres de Gobierno, ni a censurar actuaciones ineptas que no tengan, a mis ojos, remedio...”

En este momento la voz de la radio calló. Una extraña sensación de frío y de temor entró en todas las almas.

El locutor de la Estación, terminó la radiodifusión con estas palabras:

—“Por orden superior, emanada del Gobierno, nos vemos obligados a suspender esta transmisión”—

Pero todavía la voz del orador se dejó oír en forma apresurada y enérgica:

“Me mandan a callar con la policía. No podré decir lo que creo que debe hacerse. Pero lo resumo en pocas palabras: Lo que el Gobierno debe hacer, es irse!...”

Y se hizo el silencio.

Una indecible angustia se reflejó en todos los rostros.

Qué había sucedido?

Todo se supo después: que un mal Gobierno había sellado los labios, arbitraria y despóticamente, a un buen ciudadano, para decir la verdad, ignorando que al mismo tiempo le estaba abriendo las puertas de una gloriosa carrera política, llena de gestos y hechos admirables, que habrían de colocarlo entre las figuras más brillantes de nuestra Historia!

NOTA.—El anterior discurso, así como los demás que contiene este libro, y todas las producciones de José Figueres de diversa índole como artículos de prensa, ensayos filosóficos y literarios, discursos políticos y de información al pueblo y conferencias en el exterior, conocidos hasta la fecha, están siendo recopilados actualmente por el autor de esta biografía, para ser publicados en uno o varios volúmenes, que verán la luz en fecha próxima.

III

La resonancia del discurso, en la ciudadanía, fue tremenda. El júbilo inmenso, porque había salido un valiente que dijera la verdad, lo que todo el mundo estaba sintiendo, sin atreverse a externarlo, acerca de las torpezas y abusos de un gobierno que ya se hacía insoportable...

Pero naturalmente, la cólera de los que mandaban fué enorme.

Acabando de hablar el orador, tomó el micrófono un miembro del Gabinete, y en desordenadas palabras dijo al público que no debería hacer caso de las falsedades que acababa de oír de labios de un loco, de un "*pobre diablo*" desconocido, que no tenía ninguna autoridad para ello, y anunció que el culpable sería debidamente castigado por su falaz atrevimiento.

Qué había sucedido mientras tanto en la Estación Radiodifusora "*América Latina*"?

El Jefe de la Policía había llegado acompañado de unos cuantos números de ese Cuerpo, y había apresado al orador. Sus amigos íntimos, Francisco J. Orlich y Alberto Martén, que le acompañaron mientras hablaba, nada pudieron hacer ante el atropello. Figueres fue llevado en un automóvil, por la fuerza, al Cuartel, para ser interrogado.

La ansiedad del público, por el destino de quien desde ese instante se convirtió en su héroe, era muy

grande. Qué harían con él, lo torturarían, lo mantendrían preso o lo asesinarían? Tres días se pasaron en esta angustia, durante los cuales muchas personas de las ciudades y del campo, entidades y agrupaciones cívicas, y los peones de sus fincas, en conmovedores memoriales y vibrantes artículos de prensa, instaron al Presidente a dejarlo en libertad, sin ningún éxito, hasta que por fin se supo la decisión gubernamental.

Figueres sería extrañado del territorio nacional a la mayor brevedad, "por haber revelado en su discurso, gravísimos secretos militares, favoreciendo así a los nazis, actuales enemigos de la Patria".

Pero como ello no era posible, por impedir la Constitución el extrañamiento de un nacional, trataron de demostrar que Figueres no era costarricense sino español.

Pero esto no lo consiguieron. El reo era absolutamente nacional, costarricense de origen por haber nacido en Costa Rica y haber adoptado formalmente nuestra ciudadanía. Entonces se le había hecho firmar, ante los militares que lo acuciaban con las armas en la mano y tras dos noches de tenerlo en un oscuro y estrecho calabozo en el que sólo podía permanecer de pie y sobre un charco de agua, pues habían tenido la generosa precaución de empaparle el suelo, para que no pudiera sentarse, una carta en la que solicitaba a sus verdugos ser trasladado fuera del país...

Y la arbitraria sentencia se cumplió.

Vigilado por rudos militares fué llevado al aeropuerto, en las primeras horas de una aciaga mañana de Julio de 1942, y colocado en un avión, en compañía de un oficial del ejército, para ser transportado a El Salvador.

La consternación de toda la ciudadanía fué honda y sincera.

La indignación de todo el elemento consciente y de pensamiento libre fué profunda.

Sólo los allegados al Presidente y su gobierno y los que estaban usufructuando sus favores, los turiferarios y politiqueros de oficio que formaban su camarilla, aplaudieron inmediatamente la medida y respiraron con satisfacción viéndole partir. Era como si hubiesen despertado de una horrible pesadilla en la que un peligro enorme hubiera surgido de repente para su imperturbada tranquilidad, desapareciendo enseguida gracias a la oportuna intervención de su jefe. Pero qué lejos estaba de haber desaparecido aquel peligro para ellos!...

El discurso de Figueres, de aquel 8 de Julio de 1942, fué como un alfilerazo en el cuerpo de un pueblo que hacía ya mucho tiempo que parecía estar dormido... Una clarinada, en la noche tranquila de la indiferencia patria ante los desmanes y concupiscencias del gobierno, que hizo despertarse a la conciencia ciudadana, y de simple espectadora la convirtió en un elemento activo y vigilante que, ya en el futuro, no volvería a dormirse jamás...

Nunca como entonces se sintió en la masa nacional, en el pueblo, en el campesinado, en las mujeres, en los obreros honrados, en los empleados no corrompidos de la administración pública y de las instituciones privadas, una preocupación, un interés por la cosa pública y la forma desastrosa en que se estaba administrando, como entonces se sintió.

Figueres había dicho toda la verdad, había puesto el dedo en la llaga, como se dice vulgarmente, y se le castigaba con el exilio por su honestidad y valentía.

Un sentimiento de admiración y cariño brotó hacia él desde ese instante, y Costa Rica entera tuvo la sensación de que había aparecido el hombre capaz de combatir, en el futuro, por su felicidad, poniendo orden en el caos reinante, sacando a latigazos los mercaderes del templo.

Y en el intervalo, que había sido de aquel hombre singular? De aquel nuevo Quijote que había embestido contra los molinos del desorden y la corrupción gubernamental?

Estaba en San Salvador. Se hospedó en el Hotel Nuevo Mundo. Las autoridades le habían recibido bien. A la verdad, aquel extranjero, de pocas palabras, de modales sencillos y de una bondad y firmeza que se traslucía en sus ojos, no infundió graves sospechas a nadie. Por el contrario, invitaba a respetarlo, a considerarlo con benignidad en su situación de exilado, y hasta a ayudarlo, si fuera posible.

Mientras tanto, en Costa Rica, su hermano Antonio, el menor de la familia, se había hecho cargo de su finca "LA LUCHA", y de todos sus asuntos. Por este lado no tuvo el desterrado nada que sufrir. Tampoco por su joven esposa, que le siguió al destierro tres días después.

Pero en su alma se debatía una lucha tenaz que no le dejaba momento de reposo. Había sido objeto de un acto arbitrario, de una disposición draconiana, propia de una tiranía, que le privaba de su tierra y de todo lo que le era afecto, solamente por haberse atrevido a decir la verdad. Costa Rica, pues, estaba en manos de un déspota sin principios y de una camarilla igualmente delictuosa. Ya no se trataba sólo de una mala administración, de una arrebatfña de los bienes nacionales y de una incapacidad sin cuento para gobernar al país. Había algo más,

existía la tiranía. Y esto no era más que el principio. La horrible sombra seguiría avanzando y pronto su querida patria se vería cubierta totalmente por la oscuridad del más negro despotismo, del irrespeto a vidas y propiedades, a leyes y a instituciones... El comunismo se movería en su ambiente natural y aprovechando la debilidad y corrupción de los mandatarios, tendría el campo abierto para hacer de las suyas... Y todo esto a vista y paciencia de la ciudadanía temerosa e indefensa y de los gobiernos vecinos, que no podrían intervenir. Entonces se hizo un juramento. Un juramento solemne que en aquella ocasión tuvo en intensidad y fuerza el mismo valor que otrora hicieran en circunstancias parecidas otros grandes héroes de la humanidad... El juramento de librar a su patria de aquellas garras, de aquella vergüenza que ya pesaba en su espíritu como una carga muy grande. De luchar sin descanso en el futuro, por dar a Costa Rica otra clase de gobiernos, otra clase de hombres que supieran hacerla grande y productiva y respetar sus leyes y honestas costumbres, para darle en fin, a su país, la felicidad de que había sido siempre merecedor... Y para esto, se juró también, a sí mismo, acabar sin misericordia con los hombres del régimen establecido, combatirlos hasta la muerte si fuera preciso, para que no quedara de ellos ni una sola simiente. Hacer una nueva patria, una nueva Costa Rica, que fuera ejemplo de democracia y de progreso en el mundo!

Y entonces, aquel cerebro, aquella voluntad de hierro que antes transformara las estériles montañas de Tarrazú en sembrados, que abriera arriesgados caminos por entre peñas y alturas en donde no existían sino trillos, que diera cómodas viviendas a sus trabajadores y todas las facilidades de la vida civilizada, mientras él vivía en casi una choza destartalada que hallara en su finca, alimentándose de cubaces y tortillas, se puso a trabajar...

A trabajar intensamente, apasionadamente, por la libertad. Los años venideros se encargarían de demostrar a su país y al mundo, de lo que es capaz la gota de agua de un pensamiento puro y una voluntad de acero, cayendo continua e inexorablemente sobre la roca de la maldad y el despotismo! Y sobre todo cuando ese pensamiento y esa voluntad van unidos al escudo impenetrable de una fé ciega en el triunfo y un optimismo invariable en el buen éxito de las causas nobles!

José Figueres hizo en San Salvador, muchas y muy buenas amistades. En todas partes existen hombres, a Dios gracias, capaces de comprender ciertas cosas... Pero el medio era estrecho. El águila necesitaba volar a más altura. Quiso probar un país más grande. Pasó a Guatemala. Ahí encontró también valiosos y comprensivos amigos.

El Gobierno de Ubico le asignó un guarda que lo vigilara día y noche y diera sus informes con regularidad. Pero el policía se convenció pronto de la calidad de hombre superior que habían puesto a su cuidado, y llegó a estimarlo, mejor dicho a admirarlo. Ambos celebraron luego un extraño acuerdo: el vigilado daría las noches libres a su cuidador, a solicitud de éste y bajo estricto secreto, y con la promesa de tenerle listo al día siguiente el informe de cuanto había hecho durante su ausencia!... Fina penetración en el humilde militar, para calar lo que valía su prisionero, su hombría de bien, y la injusticia que seguramente se estaba cometiendo con él!

Y de Guatemala voló a México, la Ciudad de los Palacios.

Esta iba a ser su residencia habitual en los futuros dos años. Vivió primero en la Colonia de Las Lomas, en

casa de una bondadosa señora costarricense que tenía una pensión, y que como todo el que le conocía, le puso inmenso cariño. Luego se vió precisado a alquilar una cómoda casita en la Colonia Del Valle, calle San Francisco; N° 511, porque venían a visitarlo, su amigo Francisco J. Orlich, unos hermanos, y su mujer, que le traía a su hijo recién nacido, José Martí, para que lo conociera. La madre había ido a dar a luz a Costa Rica, por disposición especial de su esposo, para que el niño naciera en suelo patrio. Sus oficinas estaban en la ciudad, en Calle López N° 37.

Su vida en México fué de intensa actividad. Todo su pensamiento, toda su energía estaba dedicada a la gran obra, a la gran cruzada, a libertar a Costa Rica de sus malos gobernantes.

Por López 37 pasaron grandes hombres, muchos hermanos suyos en ideas y en corazón, que anhelaban así mismo, en el exilio, tiempos mejores y cambios radicales en sus acongojadas patrias... Todos fueron sus amigos y entre unos y otros pasaban los días y aun las noches, planeando campañas y cambiando ideas acerca del gran problema, que afectaba a todos. Porque todos eran hijos de esta América y padecían exilio y privaciones en aras de la Democracia y Libertad que deseaban ardientemente ver triunfar en sus respectivos suelos. Recibía consejos de muchos, promesas de ayuda de algunos, cariño y sincera amistad y solidaridad de todos...

Y mientras tanto, José Figueres, estudiaba, estudiaba también incansablemente. Asistía a la Universidad Libre de México a recibir cursos de Economía Política, de Finanzas, de Sociología, de Filosofía del Derecho y de Teoría General del Estado, y también de Arte y Literatura, porque "no sólo de pan vive el hombre".

También se ocupó el emigrado de algunos negocios, enviando a su país ciertas mercaderías que le hacían falta, debido a la escasez de la Guerra, y que en México sobraban... Pero sobre todo Figueres dedicaba gran parte de su tiempo a estudiar a México, a la nación Azteca que acababa de salir de su gran Revolución Reformadora y estaba comenzando a organizar su nueva vida de agrarismo, industrialización y cultura popular. Observó la campaña de desanalfabetización que se estaba llevando a cabo en el gran país y el progreso en la realización de las aspiraciones obreras. Lo vió y estudió todo, e hizo su juicio, guardando para su acervo intelectual todo lo que le pareció bueno, y desechando todo lo que juzgó errado. Hizo viajes a lugares lejanos de la capital, para conocer fincas, nuevos métodos de cultivo y ganadería, nuevas industrias y sistemas distintos de realizarlas, que tal vez podrían ser aplicadas con provecho más adelante en Costa Rica. Se especializó en el estudio del cultivo del henequén y otras plantas fibrosas de México. Esto le interesaba directamente, ya que en su hacienda "LA LUCHA" se cultivaba su pariente cercano la cabuya, y sospechaba que no se hacía en la forma correcta que se necesitaba, o que la variedad de esta planta, que se había escogido, no era precisamente la mejor y más adecuada al país... Pidió muestras de henequén y la cabuya mexicana a los finqueros y las mandó a Costa Rica. Ordenó que se hicieran experimentos, que se cambiara el sistema de abonamiento, que se probara a desfibrar en otra forma, y que se le informara de todo... Pero al propio tiempo y al contacto con sus compañeros, los exilados de otros países hermanos de América, se abrió a su espíritu una nueva ruta, un nuevo camino más largo y difícil para su destino, pero no por eso menos realizable: su patria, Costa Rica, era uno de los tantos suelos de América que se hallaban bajo la planta de los tiranos. Por qué luchar sólo por ella y no a la vez por la libertad y Democracia de todos

los pueblos oprimidos de este Continente? La concepción de su destino en la vida, se amplió así enormemente ante la consideración de esa amarga verdad, del triste espectáculo de los pueblos latino-americanos, regidos por tiranos de pistola al cinto y machete en la mano, y en el fondo de su corazón se hizo su juramento, también, de combatirlos con todas sus fuerzas. Sus proyectos eran grandes y ambiciosos, quizá demasiado atrevidos e imposibles, sueños de una mente acalorada, pero tenían todos la marca de fuego de su espíritu creador, la incandescencia luminosa de sus ideas definidas y concretas acerca del bien y del mal, y no podrían jamás morir en el vacío...

IV

En México tuvo tiempo, así mismo, el exilado, de escribir. De trasladar al papel mucho de su pensamiento. De esa época data un ensayo en el que concretó sus inquietudes filosóficas, sus ideas definidas acerca de tres grandes temas que desde antiguo preocupan a la Humanidad: *Libertad, Democracia, Socialismo*. Lo tituló, con cierta amarga ironía, "*Palabras Gastadas*" y lo remitió a su amigo de juventud, Lic. don Alberto Martén, para que fuera publicado en Costa Rica.

El ensayo vió la luz en San José, en enero de 1943, pulcramente editado.

Su dedicatoria decía así:

"A Ricardo Jiménez Oreamuno, que encarna el ideal platónico del rey filósofo; a la nación costarricense, que es a la vez su madre y su hija; a la humanidad, que en el instante de pocos milenios ha forzado su camino, a la luz de hombres como él, desde las hordas hasta las repúblicas; dedica estas meditaciones anhelantes, fruto de media vida de observación y actividad, El Autor".

La carta de envío del original, al Lic. Martén, decía así:

"Sr. Lic. don

Alberto Martén Chavarria

San José, Costa Rica, C. A.

Querido amigo:

Te envío para su publicación en Costa Rica, esta exposición más o menos metódica de las ideas que tanto hemos discutido, en más o menos socráticas viglias.

Mi deseo hubiera sido que escribiéramos en colaboración los dos. Menos completo que otros hombres, yo siento en casi todas mis actividades la necesidad de complemento. Otros amigos me son indispensables en la ejecución de otras tareas; tú en las de naturaleza cultural. Por ser tu especialidad la Economía; por ser tu profesión la Abogacía, que es el cultivo de la lógica; por ser tu intelecto tan preclaro como es sereno y justo tu juzgar; nadie más apropiado que tú para recorrer conmigo la senda que en este estudio sigo sobre materias sociales y económicas tan trilladas que es facilísimo perderse a cada paso en las callejuelas del lugar común o del prejuicio.

Más las circunstancias han querido que estemos separados, y que yo disponga ahora del tiempo y del estado de ánimo necesarios para esbozar estos ensayos. Tendré que resignarme a que reflejen, en sus limitaciones, las diversas lagunas de mi ser.

Otro deseo sería conceder algún período de maduración, no a la ideología, que es bien añeja en mí, sino al estilo, para suavizar un tanto las crudezas de la composición atropellada, y hacer más incisiva la expresión.

Pero no quiero por más tiempo entretener una ilusión que siento hace años: la de ofrendar en vida a don

Ricardo, uno de los hombres que más han contribuido a trazar el camino hacia la democracia en América, unas flores, violetas si no tengo rosas, del jardín que yo cultivo. Aquí están, en informe ramillete, a los pies del roble enhiesto de juventud inmarcesible. Y le juran, para aliento de su alma en las negras tempestades del presente, que no araron en el mar él y don Cleto. Porque yo conozco y veo, creciendo sobre los surcos que sus labores fecundaron, una juventud de fuertes hombros y columna vertebral erecta, sobre los que puede descansar, segura, el arca de la República.

Y ahora,... pensamientos míos, a la brega! Llevad a la tierra de la guaria morada mi saludo, escrito con pluma del águila azteca, y ojalá le sirváis de algo!

Para tí, amigo Alberto, mi afecto.

JOSE FIGUERES

México, D. F., diciembre de 1942.

Y el prólogo del cuidadoso publicador, que se inserta por su valor intrínseco literario y porque dá un juicio, en pocos trazos, acerca del autor y de su obra, decía así:

"A mis Conciudadanos:

La publicación de estos ensayos de un ilustre compatriota en el exilio, tarea de si ya grata y honrosa, es para mí —el amigo— una satisfacción profunda, y para mí —el costarricense— un imperioso deber cívico.

En todos los países y en todos los tiempos, situaciones como la que atraviesa Costa Rica, propicia, por una coincidencia histórica de factores personales y culminacio-

nes críticas de la evolución social, a la degradación acelerada del civismo, requieren el bálsamo esterilizador de las proclamas visionarias y optimistas.

No un opúsculo más en el anaquel congestionado de las declamaciones literarias que el mundo lee con desapego y olvida con facilidad, este mensaje está llamado, lo profetizo, a ser asimilado fructuosamente por las juventudes patrias, no sólo por la elevada nobleza de sus concepciones y la oportunidad de su proclamación, sino porque ese misterioso transubstanciador del verbo, el sacrificio personal, ha convertido las palabras, una vez más aquí, en alimento del espíritu.

No dejarán, empero, de sentirse defraudados por su lectura los profesionales de la oposición personalista, que esperan un ataque apasionado, ni aquellos despechados de la política que cultivan el masoquismo del rencor perenne. Tampoco encontrarán en estas páginas de vigoroso pensamiento, estilismo que conmueva su artificial sensibilidad artística, los snobs de la intelectualidad plegada siempre a la última edición de la moda literaria.

Evangelio de convicciones cívicas y humanas es esta obra donde palpitan, imprimiendo al estilo alternativas simplicidad o grandilocuencia, las emociones de un patriota que escribe en el destierro, junto a la reflexión serena del pensador situado en los excelsos planos de la filosofía social.

No obstante la intensidad emocional dentro de la cual escribe, el pensador se impone sobre el hombre, y su mensaje es eminentemente racional, en busca de reacciones no emotivas sino inteligentes. Y si alguna vez la idea, por honda, viene bañada de las linfas poéticas que anidan en lo profundo de las almas grandes, la emoción estética no

es sino el coronamiento lírico de esa ola de fondo, el análisis dialéctico, que constituye el nervio de la exposición.

Conciudadanos, leed con respeto estas serenas "páginas de amor". Leedlas, jóvenes, con emocionada devoción. Tienen para los sociólogos la virtud de exorcizar el espantable "espectro" del Manifiesto Comunista, entronizando el "Ángel" bienhechor del Socialismo. Escritas en el ostracismo, no contienen recriminaciones personales, pues Víctor Hugo no se ocupa ya de Napoleón III, efímero y pequeño, sino de los destinos de Francia, grande, inmortal. No es otra la misión de estos ensayos sino inflamar, con renovada llama de optimismo, la inquebrantable fe de todo ser consciente en el definitivo triunfo de la libertad, la dignidad y el bienestar humanos: fe natural en quienes recibimos, con el privilegio, la responsabilidad de pertenecer a la generación del siglo veinte, obligatoria en quienes disfrutamos el orgulloso honor de ser costarricenses.

ALBERTO MARTEN

Los Espinos, cerca de Barba, 1º de enero de 1943.

La obra, en general, fué bien acogida por el elemento pensante del país, e interpretada como un mensaje del apóstol ausente para sus amigos y fervientes admiradores desde la noche aquella de su discurso radial del 8 de Julio de 1942. Los temas tratados por el autor podrían ser ciertamente, "algo gastados", para usar sus propias palabras; pero la forma en que los desenvolvió, sus nuevas concepciones y el estilo transparente, claro y elegante del escrito, eran originales y tenían el perfume de flores recién cortadas; además, por aquel ensayo, el público comprendió también que el valiente agricultor sabía escribir muy bellamente y tenía mucho de poeta...

Es de esa época, también, una carta suya que remitiera a un grupo de intelectuales, respondiendo a una encuesta que ellos formularon a muchos ciudadanos conscientes del país, acerca de la difícil situación de Costa Rica y el modo de ponerle remedio, y que más tarde fuera publicada, junto con todas las respuestas recibidas, en un libro denominado "IDEARIO COSTARRICENSE".

Dicha carta dice así:

"México, Marzo 29 de 1943.

Señores:

Don Angel Coronas Guardia, don Daniel Quirós Salazar, don Eduardo Calzada Bolandi, don Fernando Cañas Vargas, don Froylán González Luján, don Santos Quirós Navino, don Carlos Sáenz Herrera, don Arturo Castro Esquivel.

Señores:

Contesto gustoso su interesante encuesta en que solicitan opiniones sobre cuál ha de ser el proceder de nuestro país en el mundo de la post-guerra.

Yo creo que la mejor contribución que nosotros podemos aportar es, PONER ORDEN EN NUESTRA PROPIA CASA. A continuación cito unas cuantas de las medidas que podrían tomarse:

1.—ABOLIR LA POLITIQUERIA EN LA ADMINISTRACION PUBLICA.—*Esto es fundamental. Por qué no se ha de administrar el país como se administra el Banco Nacional de Costa Rica, para citar una institución del Estado? Por qué, si tenemos en la mayor parte de nuestras actividades (los negocios privados y las instituciones*

autónomas) normas de cordura y eficiencia, o al menos la honesta aspiración de ellas, por qué, pregunto, hemos de consentir que la superestructura administrativa sea un continente descubierto a donde vayan los aventureros a probar fortuna?

2.—**RESTABLECER LA LIBERTAD.**—Entiendo genéricamente por libertad todas las normas tendientes a elevar la dignidad del hombre. Esta necesidad no se discute; se siente, o no se siente. Este sentimiento florece más allá de los prados donde pastan nuestros orejudos politiqueros. Es el sentimiento que periódicamente ha demostrado con sangre, en toda la historia, su capacidad de persistir sobre la tierra; y que hoy lo está probando aún en Europa, con elocuentes bombas de ocho mil libras. Es el sentimiento de nuestros abuelos del 56, de nuestros padres en el 18, de nuestros afrentados compatriotas de hoy. Hemos sido un país de instituciones, y no hemos de resignarnos fácilmente a verlo convertido en una orgía de machetones.

3.—**IMPLANTAR**, con la rapidez que se pueda, el tecnicismo profesional y el servicio civil en todos los organismos administrativos en sustitución del empirismo y del compadrazgo.

4.—**DAR AL PAÍS UNA ORIENTACIÓN SOCIAL**; hacer que el Estado asuma gradualmente, y técnicamente, la dirección de toda actividad económica, con estos objetivos: mayor producción de riqueza y más equidad en su disfrute.

5.—**ADOPTAR UNA POLÍTICA EXTERNA INTE-LIGENTE**, que mantenga inquebrantable nuestra adhesión a las causas nobles de la humanidad, entre las cuales está el principio de la soberanía irrestricta de las naciones

pequeñas. Una política que garantice ampliamente las inversiones de capital extranjero en nuestra economía, asegurándose al mismo tiempo de que contribuyan a nuestro mejoramiento social, y de que no extraigan más riqueza que el legítimo interés del capital. Para ser independiente hay que ser competente.

6.—AUMENTAR LA POBLACION, favoreciendo la inmigración de sangre europea fácilmente asimilable, y combatiendo eficazmente la mortalidad infantil.

7.—REORGANIZAR LA EDUCACION PUBLICA, que ya es bastante buena, intensificarla y adaptarla más a las necesidades y nobles anhelos de nuestro país. Extender sus beneficios a la población adulta, en forma que mejore las costumbres de vida y las relaciones sociales, y que levante el espíritu cívico. Formar un pueblo donde los aspirantes a tiranuelos no encuentren sicarios que los secunden; donde nadie se preste a intervenir sin asepsia en las entrañas venerables de la urna electoral.

La lista podría continuar y hacerse larga; más lo indispensable es esto: QUE HAYA UNA META, un resultado definido que se persiga y hacia el cual se orienten todos los esfuerzos. Ese objetivo podría ser el siguiente: tener, dentro de un término de veinte años, un país verdaderamente independiente y verdaderamente democrático, con una población de un millón de habitantes, todos calzados, bien nutridos, bien alojados, sanos, cultos y libres. Las palmeras dan fruto a los veinte años. Un programa así lo empezaría a dar desde el primer día.

Señores de la encuesta: esta inquietud de ustedes —hombres jóvenes ya formados y de prendas por todos conocidas— no es un fenómeno esporádico, desconectado en nuestro país; es más bien la primera ondulación avan-

zada de una ola incontenible de generaciones nuevas, que viene dispuesta a extirpar del suelo patrio todos los males conspicuos de la politiquería y la ineptitud, imponiendo normas de competencia y responsabilidad. Nos vienen majando los talones los muchachos nacidos en los tres o cuatro lustros siguientes al nuestro, dispuestos todos a terminar la zarabanda. Juzgando por mi experiencia con jóvenes campesinos costarricenses, y por mis relaciones actuales con nuestros univertarios en el exterior, llego a creer que resultará pequeña para tantas fuerzas, la tarea de nuestra regeneración patria. Iremos más allá: demostraremos, en la retorta diminuta de nuestro laboratorio socio!ógico, a un mundo flagelado por la duda y la discordia, hasta dónde puede ser eficiente un régimen de respeto y libertad.

Reciban ustedes, y el país, mi saludo cordial,

J. FIGUERES.

Interesante respuesta, en verdad, en la que ya da muestras de la profundidad de su pensamiento y la amplitud de sus miras para el engrandecimiento de la lejana Patria, exhibe ardorosamente su fé inquebrantable y constante en los jóvenes, en las nuevas generaciones y su fuerza renovadora, y esboza el programa de regeneración patria que habría de lograr más adelante, precisamente gracias al apoyo entusiasta y frenético de esa Juventud invencible!...

V

Mientras tanto, en Costa Rica, se perfilaba ya la próxima campaña presidencial, para el período 1944—1948.

Teodoro Picado Michalski, joven miembro del Foro nacional y muy adicto al régimen de Calderón, era el candidato del Gobierno; debido a su carácter débil y a su falta de malicia para darse cuenta de la situación, era el hombre escogido por los actuales gobernantes y su camarilla, y por el Partido Comunista, para suceder a Calderón y hacerle enseguida el juego a éste, para un nuevo período. El candidato de la oposición y el hombre del pueblo, el más querido de la ciudadanía y el que indudablemente tenía más arraigo en ella, era don León Cortés Castro, quien había sido anteriormente su presidente y dado muestras de ser un magnífico gobernante y honrado administrador de la hacienda pública.

Los fuegos de la campaña política se habían roto con inusitada actividad, de un lado y otro, y el país observaba su desarrollo pacientemente, aunque con cierto temor e inquietud, pues bien se daba cuenta de que la próxima lucha sería encarnizada y violenta, ya que se trataba de un debate, entre el gobierno existente, que deseaba a todo trance perpetuar sus métodos, y un partido cuyos postulados eran precisamente combatirlos, implantando en Costa Rica una nueva era de paz y de respeto a la ciudadanía y sus instituciones.

Las malas intenciones de Calderón Guardia y el Comunismo, de llevar al triunfo a su candidato a como hu-

✓ biera lugar, se hicieron patentes en el mes de Mayo de 1943, cuando el Presidente envió al Congreso un proyecto de reforma al artículo 66 de la Ley de Elecciones existente, por la cual las juntas receptoras de votos no harían en lo sucesivo el recuento de las papeletas recibidas para cada Partido, una vez terminadas las elecciones, sino que se limitarían a contarlas solamente, *sin desdoblarlas*, para remitirlas luego, para su custodia, a los despachos de Gobernadores y Jefes Políticos. Desaparecía en esa forma la posibilidad de la fisealización de la votación por parte de los diversos partidos, quedando el resultado de la votación a merced del Ejecutivo y el Congreso, quienes declararían electo al Presidente. El país, por consiguiente, no sabría el resultado de la votación sino hasta semanas después, cuando hubieran sido sustituidos los votos legítimos por los falsos.

Burdo atentado contra la libertad de sufragio!

La noticia del proyecto cayó como una bomba en la ciudadanía, y las protestas se dejaron oír, airadas, por todas partes. Los estudiantes liceístas y universitarios, y las mujeres, se organizaron inmediatamente, y en nutridas manifestaciones, desfilaron por la Avenida Central y llegaron hasta la Casa Presidencial, pidiendo a voces el retiro del proyecto. Eminentes personalidades del país, interpeladas públicamente por el *Centro para el Estudio de Problemas Nacionales*, —asociación de jóvenes inteligentes y preparados que desde hacía tiempo venían haciendo campaña de orden y mejoramiento en las cosas públicas—, dieron su opinión francamente adversa al proyecto. El septuagenario ex-Presidente de la República y eminente hombre de Estado, Lic. don Ricardo Jiménez Oreamuno, la había repudiado enérgicamente y calificado como una sentencia de muerte para el sufragio. Pero el Presidente

y el Partido Oficial insistían en que tal reforma no implicaba ningún peligro para la libertad de elegir, y mantenían el proyecto.

Y el 15 de Mayo de 1943, las valientes mujeres de Costa Rica y los estudiantes, organizaron un grandioso desfile hacia la Casa Presidencial, en el que hubo vibrantes discursos de Ana Rosa Chacón y otras damas más, y por fin, ante la amenaza de nuevas agitaciones y en presencia de la fuerza de la opinión pública irrefrenable, el Presidente cedió. El proyecto fué retirado del conocimiento del Congreso.

Este triunfo de un pueblo consciente, en defensa de su derecho primario de elegir libremente a sus gobernantes, base de la Democracia, fué celebrado en todo el país con resonancias de una fiesta nacional.

Después de su victoria, las mujeres, alma y nervio de todo el movimiento, acompañadas de la multitud, fueron a hacer visita al viejo estadista, a su casa de habitación, para darle las gracias por su valiente apoyo y su magnífica actuación en el conflicto. Le llevaron flores, a él y a su distinguida familia, y le expresaron con sentidos discursos, toda su admiración y afecto.

Jornada gloriosa e inolvidable fué esta de las mujeres del 15 de Mayo, que dió lustre y fama a las damas que participaron en ella y que las distinguió para siempre con ese nombre, de *MUJERES DEL 15 DE MAYO!*

A raíz de esa jornada, don León Cortés mencionó por primera vez en la historia política de Costa Rica, la necesidad de otorgar a las mujeres costarricenses el derecho del sufragio, que tan merecidamente se habían ganado, y de que hoy disfrutan.

Y llegaron las elecciones del 13 de Febrero de 1944.

Y sucedió lo que todo el mundo temía. De nada valieron promesas gubernamentales de respeto al sufragio, y la vigilancia cívica llevada hasta el extremo. Cortés, tenía una mayoría abrumadora, como nunca la había tenido ningún candidato en la historia de Costa Rica. Pero el gobierno imperante, valiéndose de artimañas y de fraudes sin cuento y llegando hasta la violencia más inaudita y al crimen, —pues hubo víctimas de sus atentados en *Llano Grande* y *La Ceiba de Alajuela*, que cayeron bajo las balas de las autoridades locales previamente instruídas— burló el sufragio popular, el sagrado veredicto del pueblo, externado en los comicios, e impuso al candidato oficial. Amargo día ese, de Febrero de 1944, de escarnio para la santidad de los principios democráticos, que llenó de vergüenza e indignación a todos los ciudadanos del país! Horrible afrenta y cruelísima burla a la institución más alta de la vida republicana, que conmovió hasta lo más hondo, con sentimientos de repudio y de verganza, hasta el último de los costarricenses decentes!

Pero, ese tajo, esa herida feroz en el árbol de la Democracia, fué como una poda, porque años después, sus ramas renacerían con más fuerza, y la ofensa recibida sería vengada con creces!

La fuerza de los delincuentes, pues, se había impuesto con sus armas y con la ayuda del Partido Comunista, cada vez más insolente y poderoso, y el candidato del Gobierno no tuvo inconveniente en recibir de sus manos aquel poder, espúrio y delictuoso, como si hubiera sido ganado en buena lid.

Y su período comenzó.

Coexistiendo con el Centro para el Estudio de Problemas Nacionales, otros ciudadanos habían formado una agrupación cívica con el nombre de *Acción Demócrata* y fundado un periódico con ese nombre, que veía la luz cada semana. En esa hoja, los miembros de Acción Demócrata y los “*glostoras*” —como despectivamente llamaban las gentes del gobierno y los comunistas, a los muchachos del Centro, creyendo ofenderlos con el mote de gomosos y almibarados, ya que *Glostora* era el nombre de un cosmético para el cabello, muy conocido—, hacían restallar el látigo de su indignación contra el nuevo presidente y el origen vergonzoso de su gobierno. También trabajaban sin descanso en el programa de un mejoramiento nacional, basado en la técnica y el estudio científico de todos los problemas del país, con el fin de llevar un plan definido a las próximas elecciones de diputados, con sus propios candidatos, mediante la fundación de su partido, o con los del partido de la Oposición que les pareciera más capaz de realizarlo. Razón tenía Figueres cuando había puesto en esos muchachos, en esa juventud vibrante, toda su esperanza, toda su incommovible fé!

Entonces fué cuando el solitario emigrado, que lo había observado todo con profundo dolor, pero que se revolvía en su aislamiento con la cólera y la impaciencia de un león enjaulado, decidió abandonar México y volver a Costa Rica.

Comprendió que su hora era llegada. Que la época de estudio y meditación había pasado. Que era el momento de actuar, de llevar a la obra todo el cúmulo de enseñanzas y experiencias que había adquirido, para la consecución de su gran ideal.

La noticia de su próximo regreso, fué recibida con inmenso júbilo en todo el país.

El eco sólo de su nombre era un rayo de esperanza en el cielo oscuro de la afligida patria.

Se organizaron varios grupos para recibirle. La gente, mujeres y hombres de todas partes, del campo y de la ciudad, del taller y del colegio, de la oficina y el laboratorio, vibraban de entusiasmo ante la perspectiva de volverlo a ver pronto, de saludarlo tras dos largos años de ausencia. José Figueres, en aquellos momentos, era un símbolo, era la única esperanza de lucha y de salvación contra los males que afligían a Costa Rica.

Y el esperado héroe, llegó por fin a San José, en la mañana del 23 de Mayo de 1944.

Desde temprano se agrupaba la gente en el aeropuerto, en espera del avión.

El pueblo aflucía, como un torrente, por el Paseo Colón, hacia La Sabana. Las caras eran todas jubilosas y alegres. Era como un día de fiesta.

Y por fin, el avión se perfiló en el horizonte.

Mil gritos de "*Viva Pepe Figueres!*" y "*Viva Costa Rica!*" atronaron los aires. Los brazos se levantaban hacia el cielo, agitando pañuelos y banderines como un campo de espigas azotadas por el viento.

El avión tocó tierra. Miles de personas invadieron el campo de aterrizaje. La emoción anudaba las gargantas. Una gritería atronadora, frenética rompió los aires cuando el héroe asomó por la barandilla del avión. Lo sacaron en hombros. Las mujeres daban saltos de alegría. Figueres estaba pálido y silencioso. Su emoción sólo le permitía sonreír ligeramente y agitar su brazo saludando. Los vivas a Figueres, se hacían cada vez más estruen-

dosos. El recién llegado fué puesto en un automóvil descubierto en el que le acompañaron sus amigos, Francisco J. Orlich, Alberto Martén, Fernando Valverde y otros más, y sus admiradores, que, sentados en los guardabarros, el estribo y la capota amenazaban con su peso, destrozarse el coche.

Y el inmenso desfile se encaminó hacia la ciudad, hacia el centro de la capital, por todo el Paseo Colón y la Avenida Central, hasta que el público hizo detenerse al recién llegado en la esquina del "*Diario de Costa Rica*", para que hablara al pueblo desde los balcones del edificio de ese periódico, afiliado entonces a la buena causa. Figueres apareció en las ventanas del "*Diario*" y nuevas y estrepitosas salvas lo saludaron. Luego pidió silencio, con sus manos extendidas y comenzó a hablar. Su discurso, dicho a viva voz, y con una entonación enérgica y vibrante que no dejaba traslucir la emoción que lo embargaba, fué como sigue:

Señores:

Saludo en ustedes a Costa Rica.

Antes que todo, hagamos un minuto de silencio en homenaje a los muertos de la presente campaña nacional...

Descansen en paz. Cayeron víctimas de la vanidad y de la insensatez de un hombre. Cayeron en las fosas de sus antepasados del 56, y del 18. Su carne y su sangre abonon esta tierra, para que no dejen de crecer en ella los lirios de las cívicas virtudes. Para que algún día vuelva a florecer el café de Costa Rica, en la REPUBLICA de Costa Rica.

Es triste, pero es al mismo tiempo alentador, regresar a la patria en estas condiciones. Triste porque la encuentro empobrecida, vilipendiada y deshonrada. Alentador porque los encuentro a ustedes, mis compatriotas, evidenciando en este acto la misma elevada aspiración hacia la vida digna que caracteriza siempre a los costarricenses.

Amarga como es la experiencia que hoy vivimos, es sin embargo un fruto de la vida democrática. Es el resultado de un fatal error electoral. Cuando en 1940 los costarricenses ocultábamos la pereza mental de aquella época bajo el superfluo lema de que "esto lo maneja cualquiera", incurrimos en un verdadero acceso de locura colectiva y elegimos presidente a un ciudadano que ya había demostrado en posiciones anteriores su absoluta ineptitud administrativa, y su mentalidad exclusivamente politiquera.

Producto de esa livianidad temeraria, que puso al país en manos de algo peor que cualquiera, fue el cataclismo apocalíptico mayor de nuestra historia, comparable tan sólo al que hoy aflige a otra tierra que yo adoro: Francia.

Desesperada sería la situación en que hoy estamos, para quien no conociera a Costa Rica. Ah, si yo no hubiera vivido quince años en las chozas del campesino tico, con más goteras que ventanas; si yo no hubiera tenido tan estrecha relación con nuestros hombres de negocios, y con nuestros profesionales de todas las edades; si yo no hubiera sentido, en el país y en el exterior, las palpitaciones de nuestros gallardos estudiantes, si yo no tuviera aquí los amigos que tengo, para quienes no se me ocurre ahora una frase laudatoria, porque su solo recuerdo me emociona; y la mujer costarricense... si yo no supiera

que es de seda y de acero su corazón, capaz de muchos quince de mayo, capaz de mantener vivo el recuerdo de otras mujeres que, en día luminoso de la Historia, marcharon por un camino de Francia... en fin, si yo no fuera costarricense, mi único mensaje para mis compatriotas en esta hora sería una frase dantesca: "Abandonad toda esperanza".

Pero nada más lejos de mi actual estado de espíritu que un mensaje pesimista. Señores, yo no he tenido que aprender en libros, para estimar a nuestro pueblo, la historia de Juan Santamaría, de Rogelio Fernández Güell, o de los héroes de Llano Grande. Yo recibí de viva experiencia la lección, hace ya muchos años, de que el campesino costarricense no se sienta a llorar cuando se vuelca la carreta. Con más sabiduría que ciencia, con más diligencia que palabras, la para, la desembarreala y sigue. Y bueyes y boyeros se sienten superiores a la adversidad.

Hoy que la carreta de la patria está volcada, yo apelo a esas virtudes nacionales. Mucho podemos hacer mientras transcurre la noche. No todo se ha ido con el viento. Ahí está todavía ese suelo que produce buen café y hombres decentes. Ahí está todavía ese pueblo que lo cultiva con esmero, y que al caer de la tarde pide al cielo, más que bienestar, dignidad. Con este suelo y este pueblo, la reconstrucción nacional es segura. Trabajemos. Produzcamos más que nunca el pan nuestro de cada día. Con nuestros brazos y con nuestra mente, trabajemos. Pero los ojos del corazón mantengámoslos muy alto, más alto que las brumas de las dudas, más alto que las flechas del escepticismo, más alto que las del cinismo. Si así trabajamos en la tierra, y así mantenemos en el cielo nuestra noble aspiración, yo juro que algún día, sea mañana, sea dentro de meses o de años, al levantarse el sol sobre el oriente patrio volverá a alumbrar, para regocijo nuestro

y para aliento de las demás naciones, el espectáculo grandioso de la Segunda República de Costa Rica".

Aquel recibimiento y este discurso, marcaron para José Figueres la confirmación de su ya iniciada carrera política.

VI

Apenas llegado a Costa Rica, Figueres se dedicó a la atención de su finca y sus negocios. Previamente había hecho una jira por esos lugares, con el fin de saludar a su gente, en la que cada visita había sido una imponente manifestación de cariño y de admiración a su jefe y amigo. Al anuncio de su llegada, habían salido a encontrarlo nutridas cabalgatas y multitudes a pie, portando banderas de Costa Rica y carteles alusivos, y gritando "*Viva Figueres!*"

Dichosamente todo iba bien, gracias a los cuidados de su hermano Antonio y a la valiosa colaboración del competente y fiel personal de la Empresa.

A la primera finca, dedicada principalmente al cultivo de la cabuya y la fabricación de cuerda, se habían agregado otras, sembradas de café y que tenían un "*beneficio*", en Santa Elena. A todo había que poner atención en adelante, para mejorar las plantaciones, si era posible, y aumentar las cosechas. De suerte que su centro de trabajo no era ya solamente "*La Lucha*", en San Cristóbal Sur, sino también Frailes de Tarrazú, El Rosario, Río Conejo, Bustamante... Todo debería vigilarse y hacerse progresar cada día, eso sí, con provecho para todos, para dueños y colaboradores. Porque Figueres había puesto en práctica desde que tuvo a su servicio a otros hombres, la máxima cristiana de amar a su prójimo y hacerlo feliz, si lo merecía, a la medida de sus posibilidades... "Todo el que trabaja tiene derecho a vivir dignamente, —pensaba— y nadie debe enriquecerse a costa de otros

si no remunera justamente a quienes le prestan ayuda". Y esta ayuda no debería ser dada solamente en forma de salarios. Había otros muchos medios de hacer feliz a la gente además de dándoles dinero: instruyéndolos, haciéndoles vivir en casas decentes, mejorándoles su dieta pobre —de plátanos verdes, frijoles y tortilla— con un poco de carne, de huevos y leche; educándoles en fin, para una vida civilizada y sana, que mejorara sus cuerpos cansados y enfermos y elevara su espíritu un poquito más allá del duro suelo que rompían sus herramientas de trabajo.

Y así le vemos, junto a sus campesinos, estudiando sus problemas y poniendo en práctica sus soluciones, construyéndoles viviendas cómodas, limpias y abrigadas para su familia, haciéndoles calzarse sus desnudos pies, comprando vacas para que los niños tomen leche, inaugurando una escuela de primeras letras dentro de su finca, para que no crezcan analfabetos, trayéndoles mercaderías de la capital para vendérselas a precio casi de costo en el comisariato, para librarlos de la especulación de los comerciantes cercanos; haciéndoles una plaza de deportes en la cumbre de un cerro, que hubo que cortar de cuajo, con el trabajo paciente de los peones de la finca y la colaboración de las carretas, que transportaron la tierra a lugares distantes, —pues en aquel entonces no había allí tractores—, dotándolos de una biblioteca pública en un salón apropiado encima de las bodegas del café del beneficio, y proporcionándoles, en fin, un teatro, donde dos veces por semana se exhibían películas escogidas, alquiladas por cuenta de la finca a una empresa de San José.

Pero no sólo esto ocupaba su atención por entonces. También se mantenía vigilante, preocupado y alerta, por los altos destinos de la Patria, y del mundo, que todavía se ensangrentaba en la más tremenda de las guerras...



Don José Figueres acompañado de su amigo Lic. don Alberto Martí. Foto tomada el mismo día del regreso del primero de su exilio en México, 23 mayo 1944. (foto A. Castro)

Y entonces escribió varios artículos, que publicó en *ACCION DEMOCRATA*, el semanario valiente de los jóvenes. Trataban todos de los problemas nacionales, del aumento de la producción, del mejoramiento del suelo, del combate de las plagas de la agricultura, del perfeccionamiento de los métodos de cultivo del café y su beneficio para obtener mejores precios, del bajo rendimiento que nos dejaba nuestro grano de oro de exportación, debido a los bajos precios que nos pagaban en el exterior, de la necesidad imperiosa que existía en fin, para el país, de que la ciudadanía consciente y el gobierno se ocuparan de todas estas cosas... (*).

Pero por parte de los gobernantes y su Presidente, toda observación parecía caer en el desierto...

El desorden administrativo seguía igual, la incapacidad la misma, la irresponsabilidad peor que nunca.

El Mandatario no daba señales de vida. Parecía como si se lo hubiera tragado la tierra... Por él sólo hablaban Calderón Guardia y su camarilla, que se ocultaban tras las bambalinas, moviendo la marioneta a su antojo, y el Partido Comunista, que se estaba imponiendo a los dos...

Y comenzaba a agitarse nuevamente la política...

Los inquietos "*glostoras*" convocaron a una gran convención Democrática que se celebró en el Teatro Latino, en San José, el 10 de Marzo de 1945, en la que se

(*) Fueron estos artículos cinco en total y llevaron por nombre: "Nuestra Contribución a la Victoria"; "Enemigos de nuestra producción: I.—El Gobierno. II.—La Naturaleza. III.—El Café. IV.—Los sofismas; y fueron publicados en los números de Acción Demócrata correspondientes al 9, 23 y 30 de diciembre de 1944 y al 6 y 20 de enero, y 11 de marzo de 1945.

declaró oficialmente fundado su Partido Doctrinario Permanente, el Partido Social Demócrata. A esta convención fué invitado José Figueres, quien pronunció —según informó el periódico del Partido, *ACCION DEMOCRATA* del 17 de Marzo de 1945— el discurso de clausura. "Sus palabras fueron memorables" dice el periódico, y da a continuación la siguiente reconstrucción:

"Un nombre nos bautiza: "Social Demócrata". Y un lema nos dirige: "Vamos a establecer la Segunda República". Fieles a estos principios, nos aprestamos a luchar por las conquistas del futuro, sin menoscabo de mantener y perfeccionar las conquistas del pasado.

En febrero de 1944, murió la primera República de Costa Rica. Queremos conquistar con nuestro esfuerzo la Segunda, porque no podemos vivir sin las instituciones libres que forman el marco de nuestras vidas.

Como en el lenguaje popular, digamos: "Borrón y cuenta nueva"! Esto significa la fundación de la Segunda República.

Costa Rica quiere nacer de nuevo, con la fisonomía que le fijen las nuevas aspiraciones de la época.

La haremos nacer nosotros, sacando energías de una situación aborrecible, para marchar llenos de fe, rumbo al futuro.

Si somos hombres dignos, habremos de devolver el golpe que a la Patria le han dado los irresponsables.

Nuestros abuelos del 56 lo hubieran devuelto; nuestros padres del 18, lo hubieran devuelto; nuestros hijos y nuestros nietos esperan que nosotros lo devolvamos también.

De este pueblo costarricense, que tiene sus raíces profundamente enclavadas en un pasado glorioso, nace hoy un retoño prometedor, que habrá de producir, para bien de la patria y en un futuro próximo, nuevo tronco, nueva flor y nuevos frutos”.

Y termina el cronista:

“Las aclamaciones de la Asamblea ahogaron la voz del orador, que anunciaba, esperanzado, el advenimiento de la Segunda República de Costa Rica”.

Profético discurso en el que ya desde 1945 anunciaba, punto por punto, con ojos de clarividente, iluminados por su fe, lo que habría de suceder exactamente tres años después!

Se avecinaba la próxima elección de diputados al Congreso y Municipales. En los comicios se enfrentarían dos bandos bien definidos: de un lado la *Oposición*, compuesta del Partido Unión Nacional, dirigido por don Otilio Ulate; el Partido Social Demócrata, encabezado por el Dr. Antonio Peña Chavarría, y el Partido Demócrata, de don León Cortés, que se habían unido todos bajo el nombre de “*COMPACTACION NACIONAL*”; y del otro lado, el Partido Republicano Nacional, jefado por el Dr. Rafael Angel Calderón Guardia, y el Partido Comunista, dirigido por Manuel Mora, que integraban el partido oficial, y como tal, tenían la plena protección del Gobierno, con repetición inícua de todas las arbitrariedades, todas las violencias y todas las promesas de imparcialidad gubernamental no cumplidas, que caracterizaron la campaña presidencial recién pasada.

Las elecciones se celebraron el 10 de Febrero de 1946, y fueron una nueva burla para el sufrido pueblo.

Hubo fraudes, expulsión de fiscales de los partidos compactados de la mesa de votación, robos en masa

de cédulas electorales, *chorreos* de votos, heridos de la Oposición y toda clase de atentados de parte de las autoridades contra los ciudadanos indefensos. La votación fué casi igual para ambos bandos, cuando en la conciencia de todos estaba que la mayoría de la Oposición era verdaderamente aplastante. Quedaba el Congreso, pues, integrado en gran parte por elementos del oficialismo. El derecho del sufragio caía una vez más, bajo la bota de la imposición gubernamental.

Calderón Guardia y el comunismo habían puesto ya la primera piedra del edificio de infamia para la patria que proyectaban construir dentro de dos años, pero que no llegó a levantarse nunca, gracias a las profundas convicciones democráticas de un pueblo altivo, y al valor indomable de sus hijos.

Como consecuencia de la nueva imposición electoral, adolorida su alma con tanta maldad contra su querido pueblo, agotado su cuerpo con las prolongadas campañas, y abatido su espíritu y desilusionado ante la imposibilidad material de triunfar, en dos ocasiones seguidas, contra las fuerzas del mal, don León Cortés Castro, el caudillo del pueblo, murió el 3 de marzo de 1946, en la Villa de Santa Ana, donde se hallaba reponiendo su quebrantada salud, a consecuencia de un derrame cerebral.

Acababa así su noble vida el gran estadista y vibrante tribuno, como un héroe más de la lucha por la Libertad y la Democracia!

Profundo fué el dolor de la Patria por esa pérdida, pero el nombre de su preclaro hijo, vivirá ya eternamente en el corazón de los ciudadanos, como un símbolo de civismo e hidalguía, corporizado luego en los mármoles y el bronce del hermoso monumento que Costa Rica agradecida erigió después a su memoria, en la ciudad de San José.

VII

Con la muerte de don León Cortés Castro, Jefe del Partido Demócrata, la Oposición compactada había quedado prácticamente acéfala. La unidad de ideales de todo el grupo subsistía incólume, pero los dirigentes de los partidos reunidos, parecían no entenderse entre sí. Había resentimientos, resquemores, desconfianzas entre ellos, y esto, naturalmente, lo estaba aprovechando el bando oficialista para atraer agua a su molino.

En presencia de la discordia, el Gobierno buscaba un entendimiento con unos y otros, fingiendo que estaba arrepentido de los errores cometidos en las campañas pasadas, y que estaba dispuesto a dar para la futura, verdaderas garantías. Y algunos ingenuos estaban dando muestras de creer en ellas, sin darse cuenta de que lo que los contrarios buscaban era sembrar la cizaña, dividir las fuerzas de la oposición, para hacer nuevamente de las suyas. Entonces fué cuando José Figueres se dirigió nuevamente al pueblo, al grupo opositor a que pertenecía, para abrirle los ojos, para descubrirle la trama enemiga, y pronunció por radio el trascendental discurso que se reproduce íntegramente a continuación, porque es una página brillante de análisis sagaz y valiente, de la situación política de ese entonces, en relación con el doloroso pasado, y una exhortación alentadora y viril para el porvenir, en cuyo cielo ya él veía amenazadores nubarrones negros.

El discurso fué radiodifundido en la noche del 25 de Agosto de 1946, y dice textualmente así:

Ciudadanos:

Hace seis años que nuestro país está sufriendo una crisis política. En vez de existir la unión necesaria entre el gobierno y el pueblo, hay una pugna entablada, en la que el pueblo ha perdido hasta ahora las batallas.

Sin embargo las derrotas han tenido la virtud de robustecer una fuerza espiritual que a la larga resulta incontenible. Una fuerza que es temida por todos los delincuentes políticos. Una fuerza que continuamente recuerda sus responsabilidades a los gobernantes honestos, y que no deja dormir en paz a los malhechores. Esa fuerza, señores, es la opinión pública.

La opinión pública que se ha fortalecido, y se ha depurado, en Costa Rica, con los sufrimientos de los últimos seis años. Una verdadera selección se ha venido efectuando, en la que todo hombre que sólo tenía un barniz de ciudadano, ha sucumbido ante la influencia corruptora del gobierno, y todo ciudadano que era hombre, le ha mostrado su repudio.

Fácil es comprender que los políticos del gobierno quieran destruir a toda costa esa fuerza, que de otro modo acabará por destruirlos a ellos. Así han venido desarrollando un plan concebido para ese fin, que consiste en crear un clima de aparentes libertades, en abstenerse de las violencias que antes usaban, en dejar que todo mundo diga lo que quiera, siempre que ellos puedan continuar sus andanzas en las alturas y siempre que puedan perpetuarse en el poder mediante elecciones fraudulentas, que cada vez se perfeccionan más.

Y ahora han llegado al momento que ellos juzgan oportuno para rematar su plan. Ahora quieren darle el golpe de gracia a la opinión pública que tanto les estorba.

Ahora han venido con proposiciones inocentes a los dirigentes políticos de la oposición, diciéndoles que están arrepentidos, que quieren dar garantías electorales y no saben cómo hacerlo, que necesitan del consejo de sus víctimas, que piden al pueblo un pliego de condiciones para entrar en el camino de la reconciliación.

Es muy probable que si esta proposición se hubiera hecho directamente al público, o a los partidos representados en convenciones nacionales, la respuesta hubiera sido que ya los señores del gobierno son mayores de edad, y no necesitan consejos para cumplir con su deber. Que el sentimiento nacional no admite otro desagravio que su rendición incondicional.

Pero los políticos oficiales supieron manejar las cosas, y ante los ojos atónitos del país se ha repetido un fenómeno que ya es viejo, pero que es siempre sorprendente: los mismos hombres que en la campaña electoral de 1939 pregonaron las virtudes de un candidato que era casi un santo, y lograron sorprender la buena fe del pueblo; los mismos hombres que desde entonces han venido incumpliendo sistemáticamente todas sus promesas, hoy han logrado hábilmente sorprender la buena fe de los dirigentes opositoristas, simulando un espíritu de contrición. Los han hecho entrar en entendimientos con ellos para unas supuestas garantías electorales, los han puesto a pelear unos contra otros, y los han hecho dar al país la impresión de que todo aquello por que se ha venido luchando y sufriendo tanto tiempo, era solamente un juego de ajedrez, donde la situación puede cambiar en cualquier momento con sólo mover una ficha, quitar un gobernador, o permutar un comandante machetón.

Eso se llama un golpe dirigido a deshacer la opinión pública consciente, a destrozarse lo único que vale en esta pobre Costa Rica!

Mis estimados compañeros del Comité Ejecutivo del Partido Demócrata, dicen que ellos trataron directamente con los dirigentes de los partidos que están en el poder. Don Otilio Ulate los censura por esto, y dice que él en cambio trató directamente con el ciudadano que ocupa en nombre de esos partidos minoristas la Presidencia de la República. La verdad es que el grupo gobernante es uno solo, que todos sus hombres son coautores de los mismos delitos, y que los reproches de don Otilio para el Comité Demócrata, si razón hay para reproches, debe compar-tirlos él.

Yo creo que hubo error en uno y otro lado, pero no mala intención. Yo creo que se equivocó el Comité al tratar con un grupo, y que se equivocó don Otilio al tratar con otro, y que acertó en cambio el Partido Social Demócrata, al negarse a tratar con cualquiera. Pero yo creo que los tres partidos de oposición han procurado honradamente buscarle solución al grave problema político y que sus errores son disculpables en vista de las condiciones de inferioridad material en que luchamos.

Por de pronto el gobierno ha conseguido su primer objetivo: don Otilio ataca a don Eladio Trejos; don Fernando Lara disculpa al Comité; don Fernando Volio ataca a don Otilio; don Eladio se defiende; y mientras todos entablamos la lucha entre nosotros mismos, los políticos de arriba, y la prensa oficial, se mueren de risa, como Nerón, viendo arder a Roma bajo sus pies.

Y lo grave es que en esa Roma que arde no se están quemando simplemente los intereses políticos de la oposición, que sería cosa secundaria, sino los intereses vitales de la nación. Mientras los políticos del gobierno juegan naípe, ganando las partidas, con los dirigentes de la oposición, el país se empobrece, el país se desmoraliza, el

país se desacredita. Y al debilitarse así la opinión pública, el país se degenera.

*
* *

Hay en el mundo dos criterios definidos, respecto a lo que debe ser un gobierno. Está de un lado el sentir de los pueblos, y de los apóstoles, que ven en el gobierno un organismo cargado de responsabilidades y sinsabores, cuya misión es coordinar las actividades de los hombres de manera que produzcan el máximo posible de bienestar; y conjurar las fuerzas negativas de la naturaleza, para reducir a un mínimo el dolor.

Está por otro lado la tendencia de los políticos profesionales, que ven en la administración pública el campo donde se libran sus lides personales, donde hacen sus negocios, donde se satisfacen sus apetitos y sus vanidades.

Dos estadistas de América han expresado cada uno, en una frase corta, los sentimientos que animan a estas dos grandes tendencias. Un estadista dijo: "gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo..." Otro gran estadista dijo: "gobernaré con mis amigos" ().* »

Las personas que saben lo difícil que es administrar cualquier cosa, grande o pequeña, aun contando con sanas intenciones y con las capacidades necesarias, comprenderán bien el desastre a que está condenada una administración donde priva el criterio de gobernar para los amigos.

(*) Palabras del Lic. Teodoro Picado M. en un reportaje para "La Tribuna", que causaron pésima impresión.

Para qué analizar el desbarajuste administrativo de los últimos seis años? Para qué describir la situación fiscal; para qué comentar el problema cambiario, para qué recordar que en Costa Rica cuando no falta el dulce, falta la manteca, que cuando llega a haber comestibles, se pudren en las bodegas públicas; para qué censurar las medidas que pretenden crear riqueza, aumentando la venta de licores; para qué repetir que la mitad de nuestros niños mueren antes de alcanzar un año, y que la otra mitad llegan a las aulas escolares en tal desnutrición que la enseñanza es casi imposible; para qué ocuparnos de los sueldos que reciben los maestros; para qué señalar la enfermedad que llena nuestros hospitales: el hambre; para qué admitir que en muchísimos hogares costarricenses al parecer satisfechos, impera la tristeza que produce la penuria; para qué deplorar la intromisión de la política en la escuela; para qué indignarnos cuando se minan las bases mismas de la sociedad, haciendo nombramientos políticos de los altos funcionarios judiciales?

Para qué todo esto? Dado el pecado original, todos los desastres son simples consecuencias. Consecuencias de la fatídica tendencia, hoy imperante en Costa Rica, a convertir las actividades administrativas en el festín de los politiqueros.

Nada se arreglará en Costa Rica mientras no cambie el espíritu de la administración. Esto debiera decirse tres veces. Nada se arreglará en Costa Rica mientras no cambie el espíritu de la administración.

Pero ahora es día de fiesta. Ahora los actores de esta danza macabra nos invitan a bailar con ellos. Le abren las puertas a los jefes de la oposición, para que entren al grupo selecto de los amigos. Los instan a colaborar en los planes para mover las fichas del juego.

Les solicitan candidato para la administración del Ferrocarril o para la integración del Gran Consejo Electoral. La cruda realidad es, que les están pidiendo ayuda para ganar, con el menor esfuerzo, las elecciones venideras.

*
* *

Andando por otros países de América se puede valorar mejor que desde aquí, una riqueza espiritual que los costarricenses poseemos. La riqueza de haber tenido gobernantes civiles y no militares. La riqueza de haber tenido gobernantes honestos, y no venales; la riqueza de haber tenido gobernantes ceñidos a la ley, y no dictadores. Se llena uno de orgullo cuando oye comentar en los países hermanos que en Costa Rica existe una ley que fija una pensión de quinientos colones mensuales a las viudas de los expresidentes, para aliviar sus pobreza; cuando oye comentar que la familia costarricense acaba de pasar por la pena, por una pena honrosísima, de que León Cortés, el hombre que manejó incontables millones del Estado, al fallecer súbitamente en su casa, cayó sobre un humide catre de treinticinco colones.

De todo esto se habla en Centro América con cariño, como de cosa propia. Yo me he dado cuenta de que todo el tesoro de esa tradición ya no es solamente nuestro, como no es nuestro el sol que nos alumbra, como no son nuestros los mares que nos bañan. Ese es ya el patrimonio de los pueblos de América que luchan por acabar con los cacicazgos primitivos, y que vuelven los ojos hacia esta pequeña Costa Rica diciendo: ahí está la prueba de que el sistema eleccionario no es un mito, si los gobernantes lo respaldan; ahí está la prueba de que el sistema de vida democrático puede subsistir, trayendo un sentimiento general de bienestar, creando un aire de dig-

nidad que es grato al corazón humano, con tal que haya una opinión pública poderosa que lo resguarde, que lo cultive, que le de aliento.

En esta grave crisis de la vida nacional, el deber de los costarricenses es guardar ese tesoro que nos ha sido encomendado, y ocultarlo dentro del pecho, como fruto del ayer para el disfrute del mañana. Así se guardan las reliquias en los santuarios; así se esconden bajo tierra las grandes obras de arte, en épocas de guerra.

Nosotros no tenemos derecho a exponer esas riquezas; no tenemos derecho a entrar en componendas destinadas a quebrantar la opinión pública, que es el único guardián que las defiende. Nosotros no podemos jamás arrojar esos tesoros, a cambio de un mendrugo de mentidas garantías, a las botas enlodadas de los hombres del gobierno.

*
* *

Hay una tendencia nacional que quiero señalar en capítulo aparte, porque la considero de la mayor importancia. Es una tendencia que distingo yo con claridad, porque ya he vivido sus efectos en otra tierra que yo quiero, en donde han regido mucho tiempo las mismas fuerzas políticas que están deshaciendo a Costa Rica, y donde la degeneración cívica se encuentra mucho más adelantada.

Me refiero a la tendencia a dividir, a separar, a distanciar, las leyes del país, de la vida y las costumbres que en realidad se siguen.

Es indudablemente saludable que la legislación, como producto de las mentes superiores, marche un poco

adelante de la vida del país, para que ésta evolucione, y se vaya modelando en los mejores moldes. Pero este delicado proceso requiere que prevalezca un espíritu general de progreso, y alguna comunidad de ideales entre el legislador y el pueblo.

Hay un mundo de diferencia entre esa sana situación, que es muy deseable, y la tendencia perjudicial que trato de señalar ahora.

Sucede a veces que los hombres de un gobierno de amigos se dan cuenta de que llevan encima, como una pesadilla, la tarea de gobernar. Qué lástima, se dicen, que toda esa zarabanda en que vivimos tan a gusto, se encuentre conectada con una responsabilidad, con un trabajo. Hay que gobernar el país. O hay que hacer ver que se gobierna. Hay que hacer algo. Y ese algo suele ser una ley, que les suena como una cosa muy indicada para que la hagan quienes se llaman gobernantes.

Por ejemplo, si nos ha tocado vivir en la época de la transformación social, dictemos leyes sociales. Proclamémonos legisladores avanzados, que suena muy bien y nada nos cuesta. Llamemos a quienes saben de esas cosas, a quienes han manifestado que las aman, a quienes las han peleado, y digámosles que somos unos convencidos, y pidámosles que nos redacten unas leyes bien buenas, para que la posteridad nos juzgue como grandes entendidos.

Por otra parte, si el país se queja de que manejamos mal la hacienda pública, mandemos a formular unas Leyes de Ordenamiento Fiscal. Eso será la prueba ante nacionales y extranjeros de que las intenciones son muy buenas, aunque las cuentas que damos sean muy malas. Y si esas leyes resultan una barrera impasable por algún toro de los nuestros, ya les encontraremos el portillo,

En fin, si el pueblo es tan terco que se indigna por la burla repetida de las elecciones, no hay más que encargarle a los expertos una nueva ley electoral. Quién podrá probar que no creemos en los comicios, y que pensamos seguir la juerga aquí arriba todo el tiempo que nos dejen, si promulgamos una ley que tiene la virtud de convertir las cinchas de los sicarios en espadas de la justicia ciudadana? A esta ley poco le faltará para hacer vivir los muertos de Sabanilla de Alajuela y Llano Grande de Cartago.

Y así por el estilo. A medida que la administración va siendo más mala, las leyes van siendo mejores. Y aquí viene, precisamente, la gravedad del asunto. Porque en los países que sufren esta anomalía, se va creando un divorcio, se va abriendo un abismo, entre la legislación vigente y la vida de la nación. Y el resultado es que los ciudadanos acaban por sentir, que ninguna ley tiene valor alguno.

Y luego la farsa de la ley se generaliza a todo. Poco a poco cada funcionario va teniendo su precio. Las declaraciones de los mandatarios van siendo cada vez más falsas. Y los periódicos oficiales describen un mundo que no existe, para el consumo exterior, o para el consumo interno de quienes saben que están simplemente asistiendo a una comedia.

Y en este momento en Costa Rica, en el asunto que estamos discutiendo, los comediantes quieren dar función de gala. Han pedido a los dirigentes de la oposición que contribuyan a la lucidez del espectáculo, ayudándoles al menos en la formación del reparto. Gobernador, don Fulano. Miembro del Consejo, don Zutano. Y mientras tanto, el público no muestra otro interés que el de asistir al momento en que se diga: "La comedia ha terminado".

* * *

Cuando un gobierno impopular resuelve abandonar el poder, le entrega el mando a un hombre honrado, o a un organismo provisorio, junto con la fuerza pública.

Por otra parte, cuando un gobernante honesto se aproxima al final de su período, y se encuentra frente a un nuevo presidente electo, se apresura a brindarle garantías, que consisten en poner en sus manos la fuerza militar.

La fuerza militar es la única prenda real, a la vez que simbólica, de la buena fe con que se ofrecen o se otorgan garantías.

Qué fuerza militar se ha puesto en manos de hombres que no sean estrictamente de los partidos oficiales, durante la presente y comentada concesión de garantías?

Qué hacemos con un Consejo Electoral honorable, si la fuerza pública está en poder de los mismos hombres del 13 de febrero de 1944, del 10 de febrero de 1946? Dónde están las garantías? Dónde está la buena fé?

Recuerdo que una vez unos gansters de Chicago idearon una maniobra astuta para conseguir el endoso de gentes honorables, y cobrar cheques falsos. Así el oficialismo pretende ahora que su próxima maniobra electoral, lleve el endoso de los mejores ciudadanos.

Y cuál es esa nueva maniobra? Hay un cuento muy viejo en Costa Rica, de un hombre de campo que vió salir del corral de su casa a otro, con un saco lleno a la espalda. Qué lleva ahí? le preguntó. —Un violín, señor;

es que yo soy músico. —Pues envuelva mejor su violín, señor músico, porque se le van saliendo las orejas. Y cuando vaya a comer lechón asado, me convida.

En medio de todo el jolgorio político de las últimas semanas, el pueblo de Costa Rica se está preguntando: Qué violín se traerán en el saco, los músicos del gobierno?... No se le estarán saliendo las orejas a algún candidato de transacción?

Un candidato de transacción que les guarde otra vez las espaldas, es la salida ideal para los políticos oficiales. Es una salida ideal para todas las personas que creen que el gobierno es una mesa de poker. Para todos los que creen que lo único importante en todo esto, es pertenecer al grupo de los amigos.

Un candidato de transacción, atado de pies y manos a toda clase de compromisos, es el piloto que dirigirá la nave maltrecha, en este mar de calamidades nacionales! Un piloto de transacción, atado por toda clase de compromisos!

Debo aclarar, entre paréntesis, que en el seno del Comité Demócrata no se ha discutido ninguna candidatura de transacción, porque se sabe que la idea es repulsiva. Que yo no creo que don Otilio Ulate tampoco haya pensado en semejante desacierto. Y que no es necesario mencionar al Partido Social Demócrata, que ni siquiera aceptó proposiciones. Pero yo sí creo que un candidato de transacción, que sea hombre del gobierno, es el gato encerrado que se tienen los dirigentes oficiales, en toda esta campaña de apaciguamiento de la oposición.

Lo que buscan con todas estas llamadas garantías, es que la oposición les elija el candidato de ellos. Que nos hagamos otra vez todos hermanitos repartiéndonos



Un aspecto de la hacienda LA LUCHA, en 1947. Los edificios en primer término—casa de máquinas y comisariato—fueron destruidos durante la revolución de 1948 (foto A. Castro).

el pastel así: el pueblo se queda con los palos, con las injurias, y con las deudas. Y ellos se quedan con los millones, con la impunidad, con la aprobación nuestra, con el poder, con Inés y con el retrato.

* * *

Un error no se corrige con otro error. Nos equivocamos en la elección presidencial de 1939; no nos equivocamos otra vez en la componenda de 1946. Es un error tratar con el gobierno, como fué un error ir a Munich. ✓

Es un error que los dirigentes de la oposición le hagan el juego al gobierno discutiendo unos con otros prematuramente, como si existiera un ambiente de lucha democrática por el poder. El pueblo está unido por el dolor, y por la indignación. El pueblo está unido, y los dirigentes deben imitar al pueblo. Hay que dar un solo frente al enemigo común. Hay que luchar, precisamente, porque se llegue el día en que podamos sin peligros dividírnos en grupos, según las inclinaciones de cada cual.

No hay que precipitarse a buscarle una solución al problema, y caer en una solución meramente política. El pueblo no está cansado de sufrir. Seis años no son nada, en la historia de los martirios de los pueblos. Ante toda idea de componenda, el pueblo prefiere seguir sufriendo con honra, que sufrir con deshonor.

Asumamos una actitud digna, altiva, inflexible. La resistencia salvó el honor de Francia, y muchos de sus tesoros materiales y espirituales, durante la reciente ocupación. Costa Rica también está ocupada, Costa Rica también debe resistir.

Ningún régimen aguanta indefinidamente la fuerza de una opinión pública consciente; la presión de un sentimiento de repudio general; las miradas de un pueblo

sufrido, que acusan y fustigan. Y menos aún en Costa Rica, donde esas son precisamente las armas con que estamos acostumbrados a pelear. Con esas armas hoy, debemos resistir. Resistir y resistir. No reconocer al gobierno. No tratar con él. No volver a votar por nadie. No colaborar con nada. Resistir!

Abandonemos de una vez la idea de una simple lucha política personal, por ocupar curules o magistraturas. Aquí ya nada se arregla con cambiar las fichas. Aquí lo único que anda mal es todo. Todo un sistema político-social en decadencia que no admite más puntales. Aquí sólo debemos buscar una transformación total, peleando unidos, todo un pueblo contra todo un régimen.

No merezcamos jamás que el pueblo de Costa Rica tenga que decirnos: Hombres de poca fe!, por qué os quejáis? Creéis acaso que el pueblo está en un lecho de rosas? Por qué tembláis, si el pueblo está con vosotros? Por qué os descorazonáis? No habéis acaso oído decir que todo lo alcanza, que todo lo funde en el mundo, la llama incandescente del espíritu?

25 de Agosto de 1946.

Este discurso de Figueres fué una voz de alarma muy oportuna en el amanecer de una nueva campaña presidencial, que puso alerta a toda la ciudadanía y debió de llenar de inquietud y rabia a los contrarios.

Para ellos, que ya se regodeaban con la promesa de un nuevo banquete en la mesa de unas próximas elecciones presidenciales fraudulentas, gracias a una ciudadanía que juzgaban adormilada e indiferente, o quizás atemorizada, ese llamamiento fué una amenaza para sus planes, un aviso que los enardeció y los hizo redoblar en el futuro, su cadena de iniquidades y vejaciones al pueblo.

VIII

Y comenzó el año 1947.

La oposición, libre ya de los velos que oscurecieran su horizonte sin dejarle ver la verdad; terminadas las pequeñas rencillas que existían entre sus jefes, y consciente del gran papel que le correspondía desempeñar en el futuro y de su enorme responsabilidad ante la Patria y la Historia, se había aunado por fin, en una gran convención celebrada el *13 de febrero de 1947* (fecha simbólica!) en el Estadio Nacional, para elegir su Jefe. Otilio Ulate Blanco salió electo, por escasa mayoría, sobre sus copartidarios Fernando Castro Cervantes y José Figueres —que le seguían en número de votos— para desempeñar tan delicado puesto.

La elección del señor Ulate fué recibida con beneplácito de todo el mundo, con regocijo unánime; apenas terminada la elección, recibió el abrazo fraternal y la adhesión sincera de todos los jefes opositoristas, con el ofrecimiento de su apoyo más decidido para llevar adelante la dura campaña que se avecinaba.

Miles de telegramas recibió el Jefe de la Oposición, de dentro y fuera del país, congratulándolo por su nombramiento y alentándolo para luchar con brío por el restablecimiento de los principios democráticos y la salvación de la República, que propugnaba su partido.

La Oposición, pues, estaba aunada, formaba ya un solo frente, poderoso y decidido, contra los partidos oficiales del calderonismo y del comunismo, que también se habían unido bajo una misma bandera, la de la violencia

y el crimen, que cada día daba mayores muestras de su nefanda existencia.

Pero esto no bastaba. Había que obtener del Gobierno una promesa formal, evidente e inviolable de que las próximas elecciones serían libres. El pueblo lo exigía así, y con un empuje y energía que no dejaban lugar a dudas acerca de su decisión inquebrantable de conseguir su propósito. Las manifestaciones menudeaban en pueblos y ciudades, en que miles de ciudadanos pedían a gritos esas garantías, dirigidos por encendidos oradores, hombres y mujeres, partidarios de la Oposición.

Pero el Gobierno contestaba a esto disolviendo los desfiles, a ruido de metralla y disparo de fusiles, manejados por las propias autoridades militares que, instruidas por él y azuzadas por el caldero-comunismo, se convertían en enemigos del pueblo y aterrorizaban a las multitudes indefensas.

Tal sucedió el domingo *20 de Julio de 1947* en la ciudad de Cartago. Una inmensa manifestación opositorista fué dispersada por la policía con balas, golpes de *black-jack*, atropellos y gases lacrimógenos. Hubo muertos y heridos de la Oposición. Al atardecer, los comunistas locales y los que habían llegado de San José, se dedicaron a destruir las ventanas de los establecimientos comerciales y a saquearlos sin misericordia, a vista y paciencia de las autoridades.

La indignación en todo el país, por estos hechos, fué inmensa.

En el propio Cartago y a raíz de esos brutales atentados, la Oposición local se declaró en *huelga de brazos caídos*, paralizando todo género de actividades ciudadanas, hasta tanto no se les garantizase el orden y respeto a sus propiedades y vidas.

Al día siguiente, en la ciudad capital, se improvisó frente al edificio del DIARIO DE COSTA RICA, el periódico propiedad del Jefe de la Oposición, una enorme manifestación, de miles de personas, que protestaban a gritos contra los excesos de Cartago y clamaban enfurecidos exigiendo el otorgamiento inmediato de garantías electorarias.

José Figueres, que acababa de llegar de Cartago, a donde había ido a conferenciar con dirigentes de la Oposición acerca de lo sucedido, subió al balcón del edificio, y después de trazar con tiza en las pizarras del periódico y con letras del mayor tamaño que pudo, la palabra *HUELGA!*, pronunció un discurso incitando a los josefinos a solidarizarse con la huelga de brazos caídos decretada en esa ciudad; sus palabras fueron la tea encendida que comunicó a los capitalinos el fuego cívico que ya abrazaba a los cartagineses desde la noche anterior, y su iniciativa cundió como un incendio, pues ya no se oyó otro grito que el de "*Huelga!*" "*Huelga!*", por todas partes.

La manifestación frente al DIARIO DE COSTA RICA, fué disuelta también a punta de bala y *black-jack*, y en la refriega hubo un muerto y dos heridos.

Entonces fué cuando el espíritu cívico y bravura de los costarricenses se puso de manifiesto, pues la huelga fué acogida con delirante entusiasmo no sólo en San José y Cartago, sino en todo el territorio de la República y pronto se vió que los bancos, las casas de comercio, las escuelas y colegios, la Universidad, cerraron sus puertas, y los servicios públicos de transporte aéreo y terrestre se paralizaron.

La resistencia pasiva, decretada el 22 de Julio de 1947 por el Comité Ejecutivo que se creó súbitamente para organizarla, continuaba todavía inalterable ocho días después.

Mientras tanto, se sucedían hechos delictuosos de toda clase en el territorio nacional perpetrados por las autoridades militares y los caldero-comunistas, en perjuicio de los alzados. Los robos, asesinatos y saqueos continuaban.

Y el Gobierno, en vez de buscarle enseguida una solución pacífica al conflicto —otorgando a su pueblo lo que tan justamente pedía— estaba sometiendo a las ciudades a un régimen de terror sin precedentes.

No fué sino hasta el 3 de agosto de 1947 —es decir, después de doce días de paralización completa de todas las actividades del país— que el gobierno se había decidido, por fin, a transar, a firmar un *pacto de honor* con los jefes de los partidos Unión Nacional (que así se llamaba ahora la Oposición) y Republicano Nacional (que era el caldero-comunismo), por el que el Presidente de la República, en unión del Secretario de Seguridad, Jefes y Oficiales Militares, y diputados de ambos bandos, *se comprometían a aceptar como definitiva e inapelable la resolución que sobre las elecciones del mes de Febrero de 1948, emitiera el Tribunal Nacional Electoral, y a entregar el control de las fuerzas públicas al Candidato triunfante, dentro de las veinticuatro horas subsiguientes a la declaratoria de elección hecha por dicho Tribunal.*

También se comprometía el Gobierno en ese pacto, a someter las fuerzas de la policía nacional a la vigilancia y control del Tribunal Electoral en cuanto a sus actividades relacionadas con las elecciones, y se convenía, ade-

más, entre las partes, que los partidos suspenderían, por el término de ocho días, toda actividad política, incluyendo propaganda oral y publicaciones, con el fin de llevar la tranquilidad al público.

Esa fué la batalla que ganó la ciudadanía en esa memorable fecha de Agosto de 1947; pero para ello había sido preciso, además de la resistencia pasiva de todo un pueblo viril, la intervención decisiva y no menos valiente de un grupo glorioso de mujeres, —otra vez las mujeres!— que el *2 de Agosto de 1947*, dieron un ejemplo admirable de bravura y temple cívico, que no olvidará jamás nuestra historia. La gesta se había realizado así:

El 31 de Julio de 1947 las damas, encabezadas por Emma Gamboa, habían publicado una proclama invitando a las mujeres a asistir a una manifestación y desfile que harían el 2 de Agosto a la Casa Presidencial con el fin de pedir al mandatario las garantías eleccionarias.

El desfile saldría del Parque Central después de hacer una visita a la Catedral con el fin de implorar de la Virgen de Los Angeles, Patrona de Costa Rica, cuya Fiesta Religiosa se celebraba precisamente en esa fecha, su protección para la jornada y el buen éxito de su misión.

Al día siguiente apareció otro aviso suspendiendo la manifestación en vista de que el Presidente se había mostrado anuente a oír las proposiciones de la Oposición. Pero como en realidad no se había llegado a ningún acuerdo, —por la acostumbrada malicia del Gobierno y los partidos que lo dominaban—, el desfile se hizo el día dos, como estaba anunciado.

Fué aquella una manifestación conmovedora. Ocho mil mujeres de la Oposición, de todas clases sociales y de

todas edades —habían allí ancianas esposas de ex-presidentes, viejas educadoras, maestras jubiladas— concurren a la Iglesia, a las nueve de la mañana, y después del rezo, se dirigieron en silencio y en ordenado desfile hacia la casa del Presidente. A la cabeza iban las organizadoras, acompañadas de una joven abanderada, Felicia Quirós, cuyo nombre no podrá olvidarse en el futuro. Llegaron frente a la mansión presidencial y pidieron ver al Mandatario. Pasaron las horas, y éste no se dignaba salir a recibirlas. Por fin salió al balcón. Miles de voces femeninas le saludaron respetuosamente y le pidieron las garantías tan deseadas. El se limitó a decirles cuatro palabras insulsas, y que había que pedirle un milagro a la Virgen de los Angeles para que se arreglara el asunto.

Su discurso sonó a burla... Ellas deseaban algo más, las garantías, la promesa formal de que no habrían más fraudes... Pero el presidente sonreía, terminando por retirarse al interior del edificio, sin haberles dicho nada. Entonces las manifestantes resolvieron no moverse de su sitio, no dejar aquél lugar, hasta obtener lo que pedían. Se situaron en el Parque Nacional, frente a la entrada de la mansión presidencial, y allí esperaron, esperaron horas sin cuento, alentadas y animadas por Emma Gamboa y sus colaboradoras y su valiente abanderada, hasta que llegó la noche...

Algunos oficiales, militares y de la policía, se les habían acercado, invitándolas a retirarse prudentemente. Pero ellas no cejaban... Los padres, maridos y hermanos de las manifestantes también habían llegado con el propósito de convencerlas de que quizá aquel no era el camino indicado para conseguir lo que buscaban, y hacerlas volver a casa... Pero todo fué en vano. Allí permanecían, inmovibles, como estatuas de piedra... Los soldados del gobierno y los comunistas habían comenzado

a burlarse de ellas, a hacer chacota de su gesto, a insultarlas y finalmente a gritarles las cosas más obscenas e indecentes... De pronto se apagó la luz. El parque y los alrededores quedaron en tinieblas. Sonaron algunos disparos y las carcajadas bárbaras de los matones del Gobierno... Luego se dejó oír la metralla y las mujeres comenzaron a desbandarse despavoridas y dando gritos de indignación y de rabia. La abanderada fué herida por una de tantas balas. La sangre corría por una de sus piernas empapando sus vestidos, pero ahí estaba ella, con la bandera en alto, sin moverse de su sitio —aunque querían llevarla para hacerle una curación—, al lado de Emma Gamboa y gritando sin cesar, "*Viva Costa Rica!*" "*Viva la libertad de sufragio!*" "*Abajo los tiranos!*"... Por fin, el Parque quedó desierto. Eran las doce de la noche. Quince horas eternas, de espera y de inquietud, de vejámenes y de burlas, de terror y de martirio, habían sufrido pacientemente aquellas bravas mujeres en pos de la consecución de un gran ideal! Pero qué fué todo aquello en comparación a la gloria que ganaron aquél día, y el beneficio que su temple le trajo a la Patria adolorida? Su nombre ya sería inmortal: benditas por siempre sean las heroicas "*Mujeres del 2 de Agosto!*"

IX

Conseguidas las garantías electorales, y en disfrute de la tregua política de ocho días acordada entre los partidos, el país parecía descansar de las tormentas pasadas, como el enfermo que convalece de una crisis aguda...

La alegría y satisfacción del pueblo, por el triunfo tan duramente obtenido, era general, y menudeaban los artículos de prensa laudatorios y los homenajes de gratitud a los autores de la gesta, y sobre todo a las "*Mujeres del 2 de Agosto*". También a la Junta Nacional Electoral, que había servido de mediadora entre el Gobierno y sus partidos, y el grupo de la Oposición, para resolver el asunto.

Pero, pasada la tregua, pronto la hidra amenazadora del caldero-comunismo volvió a levantar sus cabezas, y los insultos y mentiras de su propaganda política y los vejámenes al pueblo y sus violencias, comenzaron de nuevo, con redoblado furor.

El Diario *LA TRIBUNA*, de triste recuerdo, era la cloaca máxima por la que desahogaban la inmundicia de sus escritos y sus calumnias; y sus oradores placeros y radiales eran también conducto no menos pestilente de esos desahogos.

El 2 de Noviembre de 1947, que era domingo, como a las seis de la tarde, el ruido de una tremenda explosión conmovió a la ciudad. Una bomba dinamitera había estallado en las oficinas de ese periódico, destruyendo parte de su edificio y algunas máquinas de su imprenta.

Los caldero-comunistas, inmediatamente culparon del atentado a los miembros de la Oposición, y se entregaron a las más feroces represalias, dañando por su parte, las imprentas del DIARIO DE COSTA RICA y de LA PRENSA LIBRE, periódicos que les eran adversos. Se necesitaba un culpable, alguien a quien acusar del atentado, y se ordenó poner preso a Federico Apéstegui, un joven de la sociedad, recién casado y amigo de don Otilio Ulate, que en esos momentos se hallaba con su esposa en un cine, según se probó después ampliamente. Pero el Gobierno y el partido oficial se ensañaron en el muchacho y lo mantuvieron en la Penitenciaria, —sin pruebas de ninguna clase y sin que valieran los recursos interpuestos por su abogado defensor ante un juez venal y entregado al caldero-comunismo—, por espacio de tres meses, hasta que, en 1948, los nuevos acontecimientos cambiaron la faz de la República.

La Oposición, mientras tanto, trabajaba en silencio y con ardor inusitado, por el triunfo de su causa. Los partidos componentes se habían finalmente fundido para ir a las elecciones bajo una sola bandera, la del *PARTIDO UNION NACIONAL*, y sus electores habían designado para candidato, en Asamblea celebrada el 6 de Diciembre de 1947, a don Otilio Ulate Blanco, quien llenaba las aspiraciones de todos los opositores para ocupar ese puesto y había dado evidentes muestras de energía y de civismo, desde su puesto de Jefe de la Oposición.

La lucha se entablaría, pues, entre el Partido Unión Nacional, de una parte, y de la otra, el Partido Republicano Nacional que postulaba la candidatura de Rafael Angel Calderón Guardia, y el Partido Comunista, llamado ahora Vanguardia Popular, que se habían unido mediante un pacto formal que nadie conocía, pero cuyos alcances todo el mundo adivinaba...

El furor de su malsana pasión lo habían dirigido ahora los caldero-comunistas contra el Director del Registro Electoral, Lic. don Benjamín Odio, y su Primer Oficial don Marco Livio Ramírez, haciéndolos culpables de innumerables cargos falsos de parcialidad, en su trabajo, a favor de la Oposición y de alteraciones graves en los registros de votantes y atrasos voluntarios en la emisión de las cédulas y demás documentos eleccionarios, con el fin de ir creando un ambiente de desconfianza y animadversión de su partido para esos nobles funcionarios, que en verdad, nunca habían faltado a su deber.

Las amenazas de palabra y de hecho del caldero-comunismo contra ellos, invitando a la violencia en su contra, habían llegado a principios de Diciembre de 1947 a tal extremo, que en vista del peligro para sus personas y la absoluta pasividad del Gobierno para defenderlos, presentaron su renuncia, que no se les aceptó.

Y así llegaron las elecciones presidenciales del 8 de *Febrero de 1948.*

Como se preveía, la mayoría de la Oposición había sido enorme, y su triunfo, arrollador. La misma noche de las elecciones, el Tribunal, compuesto por los Licenciados Gerardo Guzmán Quirós, José María Vargas Pacheco y el Sr. Max Koberg Bolandi, habían anunciado provisionalmente que don Otilio Ulate llevaba sobre sus contrarios una mayoría cercana a los 9000 votos. El entusiasmo de la ciudadanía fué delirante. Pero la fiera del caldero-comunismo no dormía. El propio señor Ulate había declarado a los periodistas: "Se me ha asegurado en fuentes fidedignas que los comunistas, en connivencia con algunos militares, tratarán de dar un golpe de Estado".

El once de febrero comenzaron a oirse los rumores de que el Congreso podría anular las elecciones en su próxima sesión del 1º de Marzo, que habría de celebrarse

conforme al artículo 82 de la Constitución, para hacer la calificación y escrutinio de los sufragios.

Miembros importantes del calderonismo, interpelados por la Cámara de Industrias, manifestaron que el fallo que vertiera el Tribunal Electoral, tendría que respetarse.

Calderón aseguraba, furioso con su fracaso, que había sido derrotado mediante un "escandaloso fraude de los Ulatistas".

Pretextando cínicamente que se había cometido tal fraude, varios diputados calderonistas comenzaron a dar reportajes en *La Tribuna*, indicativos de que su "respeto a la Ley y a la Constitución" los haría faltar a su palabra, comprometida en el *pacto de honor*.

Miles de votos, procedentes de las urnas electorales, fueron quemados por manos criminales en la Escuela Vitalia Madrigal. Naturalmente los caldero-comunistas acusaron de ese hecho a los partidarios de Ulate. Las investigaciones posteriores demostraron que ellos mismos habían sido los autores de tan vandálica obra, con el objeto de crear confusión para el Tribunal Electoral.

Las hordas comunistas recorrían las calles portando banderas del Partido Republicano Nacional y Vanguardia Popular, vociferando que había habido fraude, que "*Querían votar!*"

El Tribunal Electoral declaró que lo que decían los caldero-comunistas, "que 124.000 ciudadanos no habían podido obtener sus cédulas electorales ni votar", era absolutamente falso. Cerca de 1500 mujeres caldero-comunistas, embanderadas y maldicientes, fueron a la Casa Presidencial, gritando "*queremos nuevas elecciones!*"

Pero la Oposición, tranquila y consciente de su enorme triunfo, sólo esperaba serenamente el fallo definitivo del Tribunal Nacional Electoral.

El 15 de Febrero de 1948, el país esperaba todavía, anhelante, dicho fallo... Hasta familiares de Calderón Guardia le pedían por adelantado, no manchar su nombre irrespetando el fallo del Tribunal.

El 18 de Febrero, los comités directivos del Partido Unión Nacional, lanzaron un manifiesto al país, diciendo que no entrarían en ninguna transacción. Que no aceptarían ninguna solución como no fuera el acatamiento de la voluntad popular claramente manifestada en las elecciones del 8, en las que fué electo Presidente de la República Otilio Ulate Blanco, y el cumplimiento del *Pacto de Honor suscrito el 3 de Agosto de 1947*, que llevaba las firmas del Presidente de la República, Secretario de Seguridad Pública, de los jefes y oficiales militares y de los jefes y diputados de los partidos Unión Nacional y Republicano Nacional, pacto que en su oportunidad fué transcrito por el Sr. Presidente al Honorable Cuerpo Diplomático acreditado ante su Gobierno.

El 19 de Febrero de 1948, dijeron prestigiados miembros del Foro Nacional: "El Congreso actual no puede llamar a nuevas elecciones porque en las del 8, Ulate obtuvo un margen superior al 50% de los votos emitidos. La única misión del Congreso no puede ser otra que la de aprobar el escrutinio general practicado por el Tribunal Electoral y consagrar el triunfo de la mayoría expresado en las elecciones".

El día 20, continúan los atropellos y agresiones de los comunistas enfurecidos, contra la ciudadanía indefensa.

Se publican vibrantes manifiestos de los médicos y farmacéuticos, a sus colegas del Congreso, para que ha-

gan honor a su firma en el Pacto, reconociendo el fallo del Tribunal Electoral.

El 28 de Febrero, se conoce, por fin, el fallo del Tribunal Electoral, declarando provisionalmente electo, para Presidente de la República en el período 1948-1952, al Sr. OTILIO ULATE BLANCO.

El miembro de ese cuerpo, Max Koberg Bolandi, había salvado su voto, manifestando "que el Tribunal no había tenido tiempo suficiente para efectuar el escrutinio correctamente".

El escrutinio había dado para el candidato Ulate, 54.931 votos, y para Calderón Guardia, 44.438. Había, pues, una mayoría para la Oposición, de 10.493 votos sobre sus contrarios. Su triunfo era por consiguiente, rotundo y completo.

Al día siguiente, un grupo de ex-Magistrados de la Corte Suprema de Justicia y la Junta Directiva del Colegio de Abogados, manifiestan, por la prensa, que "el fallo del Tribunal Electoral es perfecto y efectivo, definitivo y completo".

Un miembro destacado del Foro Nacional, perteneciente al partido perdidoso, declara hidalgamente: "Le he dicho a mi hijo que vaya al Congreso a hacerle honor a su firma, aunque lo maten".

Una Junta de notables, de ciudadanos de prestigio, convocados a una asamblea, proclamaron, con excepción de uno de los presentes, que debería respetarse el fallo del Tribunal Electoral y acatarse el resultado de las elecciones.

Pero todo esto no significó nada para los hombres del Gobierno y del partido derrotado. Su plan estaba ya bien trazado y no faltaba más que ejecutarlo.

X

Y amaneció el 1º de Marzo de 1948.

Las huestes caldero-comunistas, armadas de *black-jacks*, y las turbas de "*mariachis*", (*) con sus pobres uniformes y sus caras pálidas de malaria y alcoholismo, recorrían las calles, embravecidas e insolentes... El Congreso había sido convocado para las dos de la tarde y precisaba mantener a los ciudadanos atemorizados y quietos. Las barras del Congreso, desde temprano, habían sido ocupadas por los caldero-comunistas y sus amigos militares, armados hasta los dientes.

La sesión comenzó, turbulenta y vociferante, con la lectura del fallo del Tribunal Electoral. El voto de la mayoría de sus miembros, dando la victoria a Ulate, fué recibido por las barras con griterías ensordecedoras y rechiflas estridentes. Jamás se había oído un estruendo igual dentro de los ámbitos de la Cámara. La lectura siguió, luego, con el voto salvado del Sr. Koberg, que fué recibido con prolongada salva de aplausos, gritos y vivas a

(*) Se llamaba de esta manera,—por el parecido que su indumentaria tenía con la de los trovadores mejicanos de ese nombre, muy populares entre nosotros en esos días, por haber venido un grupo de ellos a amenizar las Fiestas Cívicas de diciembre de 1947—a los soldados improvisados que el Gobierno había hecho traer a la capital, procedentes de las regiones bananeras del Atlántico, y a quienes se habían dado frazadas de vivos colores para librarse del frío, que usaban a toda hora, cruzadas sobre el pecho y la espalda, a manera de zarapes, y sombreros de palma de anchas alas.

Por generalización, el pueblo llamó después "*mariachis*" a todos los partidarios del régimen imperante y enemigos de la Revolución. Por su parte y en desquite, éstos llamaron luego "*figueriachis*" a los partidarios de Figueres.

Calderón Guardia; y después con la demanda de nulidad de las elecciones presentada por el candidato perdidoso, que también fué frenéticamente aplaudida.

Los oradores del caldero-comunismo vaciaron su encono y sus mentiras desde sus curules, en medio de vivas y aplausos de la chusma, casi histérica.

Los diputados de la oposición contestaban sus ataques con enardecida voz, que apagaba la estruendosa algarabía de insultos soeces y vulgaridades sin nombre, proferidas por las barras.

Oída por radio, aquella sesión parecía provenir de una sala de endemoniados, en la que un ruido infernal apenas dejaba percibir de vez en cuando, el eco airado de las voces honradas, pidiendo dramáticamente a las barras silencio y libertad para hablar.

Pero los diputados de la buena causa enronquecieron en vano, y el asunto se sometió a votación.

El Congreso declaró anuladas las elecciones y la declaratoria provisional hecha por el Tribunal Electoral el 28 de Febrero a favor del Sr. Ulate, por veintisiete votos favorables contra diecinueve negativos, y decretó que el Tribunal continuara los escrutinios sobre la elección de diputados.

El atentado estaba cometido. El nuevo crimen contra la democracia, perpetrado.

Así cumplían su palabra, su solemne promesa hecha a la ciudadanía en un *pacto de honor*, conquistado a sangre y lágrimas, un Presidente de la República, un Secretario de Seguridad y veintisiete diputados al Congreso, cuya deslealtad recordará nuestra Historia con sonrojo!

Pobre y sufrido pueblo el de Costa Rica, triste y adolorida Patria, tres veces escarnecidos, tres veces vilipendiados, y tres veces ultrajados por las mismas manos homicidas! Hasta cuándo tendría el país que soportar tanta crueldad, tanta vileza? Ya pronto se sabría, porque, de esta vez, la redención andaba cerca; se presentía en el aire el batir de sus alas poderosas, portadores del bien para los justos y del castigo implacable para los culpables!

El mismo 1º de Marzo de 1948 —fecha negra en nuestra historia!— las fuerzas del Gobierno, acabando de terminarse la trágica sesión descrita, atacaron la casa de habitación de uno de nuestros más grandes hombres, por su prestigio profesional y sus virtudes cívicas, miembro valiosísimo de la Oposición y que había trabajado sin descanso por la causa (había sido el principal organizador y mantenedor de la "*Huelga de Brazos Caídos*") el Dr. don Carlos Luis Valverde Vega, con el pretexto de que ahí se encontraban acuartelados numerosos hombres armados, y al oponerse él valientemente a que su casa fuera hollada por la soldadesca, fué herido de gravedad, muriendo dos días después. Y como si eso fuera poco, los sicarios del Gobierno y del caldero-comunismo habían llevado su saña contra el insigne ciudadano a tal extremo, que no tuvieron inconveniente en ametrallar, durante la noche del 3 de Marzo de 1948, a la multitud que esperaba turno en interminable cola frente a la Facultad de Medicina para tributar un último homenaje a su cadáver, que se velaba en capilla ardiente en esos momentos, en una de las salas de la Institución.

Enorme pérdida fué esa para la Patria, que todavía llora el corazón de todos sus ciudadanos! Pero, que razón tuvo quien dijo que "*el árbol de la Libertad se riega con sangre!*" Aquella muerte atroz, aquél sacrificio cobarde

de un magnífico ciudadano, por todos estimado y querido, en manos de bandidos al servicio de un gobierno espurio y sus protegidos, fué una chispa violenta, una llamarada intensa que puso fuego desde ese instante en el alma nacional para aprestarla a una nueva lucha, a un nuevo esfuerzo por su libertad!

En casa del Dr. Valverde, en los momentos de su caída, se hallaba reunido con otras varias personas, don Otilio Ulate. Hablaban precisamente del nuevo golpe de estado perpetrado por el Congreso, del nuevo ultraje inferido, por tercera vez en pocos años, a la libertad ciudadana de elegir sus gobernantes, y del partido que se habría de tomar para salvar a la República.

Sólo por un milagro se libró el Sr. Ulate de caer también asesinado por las balas enemigas, porque la casa fué violada por los asaltantes y registrada hasta en sus últimos rincones.

Se había puesto a salvo momentos después del atentado, pasando a una casa vecina amiga, de donde al fin fué sacado preso, más tarde, para ser internado en la Penitenciaría.

José Figueres había salido el día anterior de la capital, burlando temerariamente la vigilancia de los esbirros, a sus montañas de Tarrazú, donde lo esperaba ansioso un grupo de hombres valientes, con las armas en la mano, que aguardaban su señal para empezar a actuar.

Ulate fué puesto en libertad al día siguiente, y permaneció en la capital, en espera del desarrollo de los acontecimientos.

Sin embargo todavía había en el país quien creyera en la bondad de los hombres del Gobierno y del caldero-

comunismo, en la posibilidad de hacer recapacitar a los delincuentes sobre la maldad de su obra y obligarlos a entrar por el camino de la decencia y la paz... Monseñor Sanabria, Arzobispo de Costa Rica, convencido de que actuaba en ejercicio de su ministerio de fraternidad y reconciliación entre las ovejas de su grey, había iniciado una mediación de su parte para llegar a un acuerdo pacífico.

El 6 de Marzo de 1948, la Asociación de Banqueros se dirigió a los Jefes de los partidos políticos mayoritarios, solicitándoles su anuencia para que Monseñor Sanabria continuara las gestiones de arreglo de la delicada situación política, en la forma por él sugerida, y anunciaba con satisfacción que los señores Jefes de los Partidos Unión Nacional y Republicano Nacional habían aceptado gustosamente la intervención del eminente Prelado costarricense. Como sus gestiones (de la Asociación) comprendían la necesidad de formalizar de previo una tregua política como base del movimiento que se había puesto en manos de Monseñor Sanabria, el Sr. Arzobispo dispuso la supresión de publicaciones y propaganda política hasta el lunes 8 de Marzo de 1948, a las doce de la noche.

Los bancos, mientras tanto, habían cerrado sus puertas, y la Asociación dispuso que deberían continuar así hasta el 10 de Marzo de 1948.

Los médicos del Servicio de Salubridad, en señal de protesta por todo lo que estaba sucediendo, y por el asesinato del Dr. Valverde, habían puesto la renuncia irrevocable de sus cargos, ofreciendo desempeñarlos ad-honorem, en cumplimiento de su deber profesional, mientras no se les encontrara sustitutos.

El Pbro. Benjamín Núñez había publicado un hermoso artículo condenando la actitud del Congreso y lla-

mando a todos a la cordura... Pero ya era tarde para todo. La herida sufrida era muy honda, y no había salvación posible.

Y el 11 de Marzo de 1948 se oyeron, en las montañas del sur, los primeros disparos de un pueblo sobre las armas, que para hacerse respetar, había decidido cambiar las palabras y los ruegos, los pactos y las transacciones burladas, en algo más efectivo...

Y en esa memorable fecha, los periódicos anunciaron que la Villa de San Isidro de El General, situada a 140 kilómetros al sur de la ciudad de San José, había sido tomada por las tropas de Figueres.

Así comenzaba una *Guerra de Liberación Nacional* que habría de durar más de 45 días y cuyas incidencias seguía la nación paso a paso, con emoción conmovedora, gracias a la voz de una radio clandestina que operaban los revolucionarios y que todos oían como un mensaje de esperanza y de profunda fe en la cercana salvación de la Patria.

Oh días gloriosos de la Guerra de Liberación Nacional! Oh gesta admirable de José Figueres y sus bravos muchachos! Quién pudiera tener las cuerdas bien templadas, en inspirada lira, para cantar con el acento homérico que ellas merecen, todas sus hazañas admirables, todo su valor indomeñable, toda su resistencia física y moral nunca vencida, toda su decisión inquebrantable de llevar a un triunfo definitivo la bandera de su gran Ideal!

Todavía recuerda la Patria emocionada aquellos ecos solemnes y vibrantes de los primeros compases de la *Quinta Sinfonía de Beethoven*, con que la radio del ejér-

cito revolucionario comenzaba sus enérgicas proclamas y daba sus informaciones cada día! Aquellas palabras alentadoras y encendidas con que los jefes del movimiento comunicaban a los ciudadanos su incommovible fé en la victoria, y les daban ánimo y aliento para seguir sopor-tando con paciencia la angustiosa espera!

Nada podrá olvidarse, nada podrá morir en la conciencia ciudadana, por muchos años que pasen, de todo lo realizado por José Figueres y el Ejército de Liberación Nacional en esos gloriosos días!

XI

Cuando José Figueres, desde el exilio, había visto el vergonzoso fraude cometido en las elecciones del *13 de Febrero de 1944*, en perjuicio de don León Cortés; y más tarde cuando ya en el país, presencié el no menos oprobioso escamoteo de votos perpetrado en las elecciones para diputados del *10 de Febrero de 1946*, su criterio estaba ya bien definido acerca de lo que habría que hacerse en un futuro no lejano, para librar a la Democracia costarricense de nuevos atropellos.

Había comprendido claramente que los males que estaba padeciendo la República tenían un solo origen: la clase de hombres que la venían gobernando desde hacía seis años, caracterizados, en su mayoría, por su falta de principios morales, por su ausencia absoluta de preparación para el gobierno, por su deshonestidad en el manejo de los fondos públicos, y sobre todo, por su carencia total de sentido cívico, de conciencia ciudadana.

Precisaba, pues, cambiar las cosas, terminar con esos individuos, con esa enfermedad de la República; y el medio para realizarlo no era otro que destruyéndolos, extirpándolos por medio de las armas, como se combate una plaga de voraces alimañas en un sembrado. Porque ya se había visto sobradamente que ellos no entendían palabras, ni exhortaciones ni ruegos, y se burlaban cínicamente de las cosas más sagradas para la vida de la República.

Y con esa convicción, firme en su mente, había comenzado a trabajar, en silencio, casi desde su regreso al

país, en la organización de un pequeño ejército, de un grupo de hombres armados que, en la hora llegada, supieran exponer sus vidas en pos de un ideal.

Y para eso había pensado, de primero, en los jóvenes, en los brotes nuevos de nuestra ciudadanía, que no estuvieran contaminados, en lo más mínimo, de la corrupción ambiente; que tuvieran sus mentes libres de todo prejuicio conservador dañino y creyeran sinceramente en la posibilidad de abrir una nueva era para Costa Rica, en la que fructificaran los altos valores del espíritu y se diera a la Patria, tan maltratada y ofendida, la paz y prosperidad que justamente merecía.

Y sus ideas, sus palabras, habían encontrado eco en esos jóvenes y también en muchos hombres de más edad y de todas condiciones sociales y de cultura, que lo siguieron resueltamente desde el primer día, dispuestos a luchar.

Largos años fueron estos, de preparación revolucionaria, en los que Figueres viajó continuamente por países hermanos, en busca de un apoyo moral y material para su obra... Años de labor oculta e incesante, que culminaron, de una parte, con la compra de armas en el extranjero y su transporte e introducción clandestinos en el país, y de la otra, con la obtención de la cooperación decidida de muchos elementos valiosos extranjeros, expertos en cuestiones de guerra, que estaban resueltos a seguirle en el momento en que los llamara.

Las armas eran llevadas a sus fincas, venciendo la vigilancia del Gobierno y mil dificultades, y conservadas en absoluto secreto. Cuando el Gobierno entraba en alguna sospecha y ordenaba hacer un registro, era preciso hasta enterrarlas. Y todo al abrigo de la oscuridad de la noche, porque no faltaban espías.

Y desde los últimos meses de 1947, comenzaron a llegar a "*La Lucha*" los jóvenes, voluntarios y amigos más íntimos, a entrenarse en el manejo de las armas. Los altos parapetos de las montañas de la finca, eran blancos admirables para las prácticas de tiro. El grupo de futuros combatientes se sometía dócilmente a una recia disciplina militar. Se levantaban temprano, a practicar sus ejercicios, y en ningún momento se les permitía hacer uso del licor. Su jefe era absolutamente abstemio, por sincera convicción, y les hubiera reprobado duramente el más pequeño desliz. Además, estaba demostrado que el alcohol y la habilidad para el tiro, —la claridad de la mente para el ataque y la defensa—, eran completamente irreconciliables.

Sabia experiencia ésta, que tuvo confirmación más tarde, cuando las miserables tropas del Gobierno iban al frente, faltas de alimento, pero embrutecidas por el "*guaro*" que les suministraban sus jefes, "*para darles valor*". Los infelices caían como moscas, bajo el fuego del Ejército Libertador, en gran parte por no tener sus cabezas despejadas para defenderse.

El tiempo transcurría pues en "*La Lucha*", como en una academia militar, bajo el régimen estricto y al mismo tiempo amistoso y amable de Figueres: porque no todo había de ser sacrificio continuo: había sus horas de sano esparcimiento, de música agradable y provechosa lectura, sin que faltaran tampoco las alegres conversaciones y los amenos chascarrillos... cuando, por fin, llegó el momento de actuar.

Un día, el 28 de Febrero de 1948, el Jefe había regresado a toda prisa de la capital, por entre montañas y veredas, para no ser visto, diciéndoles que se aprestaran a una pronta lucha; que la chispa incendiaria llegaría

de un momento a otro, por medio de un aviso que recibiría de San José.

Los muchachos saltaban de contento, ansiosos de poner ya a prueba su valor.

Pero el aviso se hacía esperar. Era tanta la impaciencia!

Al fin se dió orden de pelear.

Y comenzó la guerra, una guerra santa que iba a salvar a Costa Rica, y que justamente se llamó de *"Liberación Nacional"*!

XII

La campaña de Liberación Nacional había sido previamente estudiada hasta en sus más pequeños detalles, y hábilmente planeada.

Figueres, en esta fase preparativa, y más tarde con las armas en la mano, descubrió una nueva faceta de su personalidad, que era completamente desconocida para todos: se mostraba un estratega habilísimo y audaz, y un soldado de un valor a toda prueba, rayano a veces en la temeridad. No era pues, el solo director intelectual del movimiento, sino también su comandante militar. Únicamente así se podía dar digno ejemplo a todos sus colaboradores y mantener muy en alto la moral de sus hombres, que en ningún momento flaqueó, ni aún en los instantes de mayor peligro.

Como agricultor avezado en el escalamiento de las montañas de sus fincas y de una resistencia física extraordinaria, obtenida en sus años de trabajo al aire libre, bajo la caricia del sol y respirando el aire puro de los bosques de aquella región fría y nebulosa la mayor parte del año, marchaba a la cabeza de sus soldados sin dar señales de cansancio y con el ánimo siempre dispuesto a continuar las duras caminatas, ya fuera de día o de noche, con un calor abrasador en las hondonadas, o temblando de frío en las cumbres de la sierra, envueltas en espesa niebla o azotadas por el chubasco. Con un jefe así, que no rehuía jamás el sacrificio de su persona y que aparecía cada día más fortalecido y con más aliento para continuar la lucha, cuya fé en el triunfo nunca flaqueó, por-

que estaba convencido de que marchaba en pos de un noble ideal y de que las buenas causas siempre alcanzan la victoria, aquél ejército, de unos pocos hombres al principio y de otros muchos después, que iban llegando de todas partes a engrosar sus filas al grito de "Viva Pepe Figueres!", realizó en pocos días una campaña increíble, verdaderamente admirable, en que las victorias se sucedían una tras otra. Parecía aquel un ejército de hábiles veteranos, probados en el fuego de cien campañas!

No había un paso mal dado, una acción imprudente, una sola muestra de que sus soldados fueran muchachos inexpertos en las artes de la guerra u hombres hasta entonces ocupados sólo en la atención de sus oficinas profesionales o en sus negocios civiles! Todos se habían convertido, por igual, en indómitos combatientes que obedecían a la sola voz de Figueres, con una disciplina y un arrojo increíbles. Había que ver a Alberto Martén, a Benjamín Odio, a Fernando Valverde, a Francisco J. y Cornelio Orlich, a Bruce Masis, a Manuel Camacho, al Presbítero Benjamín Núñez... y a tantos otros en fin, abogados, médicos, agricultores, ingenieros y eclesiásticos, en el frente de batalla, empuñando sus armas y exponiendo su vida, con una audacia y una decisión como si nunca hubieran hecho otra cosa! Y que decir de Frank Marshall, de Vico Starke, de los hermanos Juan y Jorge Arrea, Guillermo, Tuta y Fernando Cortés, Hernán y Alvaro Rossi, de Edmond Woodbridge, de Domingo García, de Renato y Pepino Delcore, de Carlos Gamboa, de Marcial Aguiluz, y tantísimos otros bravos muchachos que en todos los frentes peleaban como leones, como verdaderas fieras, dando muestras de una acometividad y desprecio a sus vidas verdaderamente heroicos? Y cómo referirse en fin, con la vehemencia que merecen, a los bravísimos legionarios extranjeros, en su mayoría exilados por sus gobiernos despóticos, que vinieron a exponer sus vidas al

llamado de Figueres y también en pos de un ideal, que deseaban ver realizado en sus afligidas patrias? Quién olvidará jamás los nombres de Miguel Angel Ramírez, de Francisco Morazán, de Jorge Ribas Montes, de José María Tercero, de "El Indio Sánchez", de Horacio Ornes?

Todos pasarán a nuestra Historia con caracteres de oro y como verdaderos hijos de Costa Rica.

Y cómo describir con palabras apropiadas, las increíbles proezas realizadas por nuestra incipiente aviación?

Guillermo Núñez, Otto Escalante, Manuel Enrique Guerra, Jorge París, Francisco Vanolli y otros muchos más, realizaron verdaderos milagros desde el aire —en aviones viejos y demasiado grandes para el objeto, dedicados al transporte civil—, que envidiarían los ases de cualquier ejército de la Guerra Mundial. Y todo sin una pérdida, sin una falla que pudiera atribuirse a nerviosismo, a impericia o a falta de valor. Sus acciones eran todas precisas, oportunas e infalibles. Oh bendita aviación y sus maravillosos hombres! Cuánto puede el valor humano cuando lo sustenta una buena causa, la fuerza de un ideal!

Y esto en el frente de guerra: qué decir de la acción civil, de la resistencia oculta y pasiva y el trabajo intenso y fecundo de los habitantes de la ciudad?

Porque el frente interno estaba librando también su gran batalla: los bancos y los comercios cerraron sus puertas, los periódicos a excepción de *La Tribuna*, que era el órgano del oficialismo, dejaron de editarse, las oficinas públicas iban siendo abandonadas por sus empleados y los transportes ya no funcionaban. Las mujeres trabajaban intensamente repartiendo boletines clandestinos

con noticias del frente. Los viejos facilitaban a los jóvenes el camino de unirse a los combatientes, dándoles sus armas de cacería y sus municiones, sus zapatos de campaña, usados, y sus vestidos de kaki. Los hogares daban asilo transitorio y secreto a los figueristas que huían perseguidos por los sicarios del gobierno y los caldero-comunistas, mientras tenían oportunidad de escabullirse para el frente; las organizaciones secretas de civiles trabajaban sin descanso, destruyendo un puente por aquí, dinamitando una estación eléctrica por allá, lanzando una bomba contra una casa de comunistas más adelante, en fin sembrando el pánico y la desmoralización de las fuerzas del Gobierno, a como hubiera lugar: porque las proclamas lanzadas por el Jefe de la Revolución, y que la radio clandestina repetía sin cesar, eran terminantes. No había tiempo que perder.

Véase si no, lo que decía la primera, lanzada desde el Cuartel General de Santa María de Dota, el 23 de Marzo de 1948:

LIBERACION NACIONAL
Cuartel General del Ejército

—PRIMERA PROCLAMA—

Costarricense, está usted haciendo lo que puede por la victoria de la libertad?

El Ejército de Liberación Nacional está batiéndose brillantemente en el teatro de la guerra. Usted puede ayudar eficazmente a la jornada patriótica atravesando palos y piedras en los caminos, cortando líneas telegráficas y telefónicas, acorralando sorpresivamente jefaturas políticas y resguardos, intentando por todos los medios desorganizar y desmembrar el gobierno usurpador.

Está usted haciendo lo que puede?

Usted dijo una y mil veces que no permitiría una nueva burla a la voluntad popular. Usted ha jurado que está dispuesto a contribuir a la formación de una nueva Costa Rica. Cumpla ahora sus promesas y juramentos. No use el pretexto de que no tiene armas. En la más humilde cocina existe un "ras-padulce", en cada casa de campo hay un chuzo, en todo hogar unas tijeras, y en el corazón de cada hombre y de cada mujer de Costa Rica existe un héroe.

Haga usted lo que pueda, sea mucho o sea poco, por respaldar al Ejército ahora, y por tener lista y preparada nuestra entrada triunfal a todos los pueblos del país. Ya vamos; pronto, muy pronto, llegaremos.

Ayúdenos desde lejos y repita esta promesa que se debe propagar de pecho en pecho como una conflagración divina:

FUNDAREMOS LA SEGUNDA REPUBLICA!

JOSE FIGUERES

Comandante en Jefe del Ejército de
Liberación Nacional.

santa María de Dota, 23 de marzo de 1948.

Maravilloso documento que enardeció a la ciudadanía y le centuplicó su valor y fé para seguir luchando!

Del mismo Cuartel, se dejó oír también la segunda proclama, fechada el 1º de Abril de 1948. Esta proclama tenía unos alcances mucho mayores que la primera. Era algo más que una incitación a la lucha. Era todo un mensaje político a la ciudadanía, en el que ya se esbozaba el gran programa de renovación social y de mejoramiento económico, que se iba a realizar más adelante. Decía así:

LIBERACION NACIONAL
Cuartel General del Ejército

—SEGUNDA PROCLAMA—

NUESTRO MOVIMIENTO RENOVADOR
Y LA CUESTION SOCIAL

En nombre del Ejército de Liberación Nacional, cuya misión es fundar la Segunda República, niego todo derecho a calificar de reaccionario, burgués o retrógrado al movimiento nuestro.

Sólo puede juzgársenos así por mala fe o por incomprensión. Contra la mala fe tenemos baías, y contra la incomprensión tenemos razones.

Un movimiento tan noble, tan esclarecido y a la vez tan popular como el nuestro no podrá jamás implantar un régimen injusto. Aquí están los trabajadores y aquí están los estadistas. A todos nos mueve el espíritu del siglo veinte que es el siglo del pueblo.

El día en que terminemos la guerra contra la mala fe, iniciaremos una nueva guerra: la guerra contra la pobreza.

La victoria del Ejército será la Segunda República; y la victoria de la Segunda República será el bienestar del mayor número.

El hombre tiene ya medios de producción capaces de colocar en un plano elevado, material y espiritual, a todos los miembros de la comunidad. Los economistas de la Segunda República, en colaboración con todos los costarricenses de buena intención, sabrán aplicar esos medios

para que desaparezca el espectáculo de las grandes mayorías empobrecidas por la ineficiencia y por el privilegio.

Dejen de combatirnos los incomprensivos. Abandonen esta lucha que por parte nuestra va solamente dirigida contra los hombres de mala fe.

Abran todos los costaricenses los brazos a los gloriosos soldados de la Segunda República, que juran, sobre la sangre vertida, dedicarse a construir una Patria sin miseria!

JOSE FIGUERES

Comandante en Jefe del Ejército de
Liberación Nacional.

Santa María de Dota, 1º de abril de 1948.

Así marchaba la revolución. Formando los combatientes y los civiles un solo ejército, cuyas únicas divisas eran: "*Ni un paso atrás!*" y "*Fundaremos la Segunda República!*"

Las victorias del Ejército de Liberación Nacional eran continuas y decisivas: primero San Isidro de El General, luego La Sierra, San Cristóbal, Los Frailes, Santa Elena, El Empalme, Santa María de Dota...

Y mientras tanto, el Gobierno y los caldero-comunistas comenzaban a descontrolarse... Sus asaltos a las casas indefensas en busca de supuestos rebeldes ocultos, los apresamientos de ciudadanos en las cárceles de las ciudades so pretexto de que eran sospechosos, sus atropellos a las mujeres valientes que creían comprometidas con la distribución de boletines del frente o que portaban mensajes a los enemigos, eran innumerables. Los saqueos a los establecimientos comerciales, los robos de café y azú-

car que se llevaban de las fincas diciendo que eran para necesidades del ejército, pero que luego eran vendidos por cualquier precio a compradores sin conciencia, se sucedían sin cesar.

Y mientras tanto, el Ejército Libertador seguía triunfando...

Puerto Limón fué tomado por la *Legión Caribe*, (*) grupo de muchachos costarricenses que se había organizado con ese nombre para luchar en los frentes del noreste, en sólo cuatro horas de combate, ayudada por la aviación, y haciendo gala todos de una táctica y una audacia insospechadas.

Después... hubo dos días de silencio, dos días de ansiedad, sin nuevas noticias, hasta que en una mañana brumosa y fría precisamente el 12 de Abril de 1948, las tropas de Figueres, con él a la cabeza, amanecieron en la ciudad de Cartago!

Seiscientos hombres, guiados por Figueres a través de las montañas, por veredas ocultas que sólo él conocía, a un tiro de piedra del enemigo, que no pudo adivinar tanta audacia, habían andado durante dos noches y un día —en fila india, sin hablar una palabra, sin encender un cigarrillo para no llamar la atención, sin comer bocado ni beber gota de agua, muertos de frío y sin descansar ni un instante— para caer por sorpresa sobre las tropas gubernamentales, acantonadas en la antigua metrópoli!

(*) El nombre de "*Legión Caribe*" ha servido después para crear una organización internacional fantástica que nunca ha existido sino en la imaginación acalorada de algunas gentes mal intencionadas.

Hazaña fué ésta, llamada "*La Marcha Fantasma*", digna de los antiguos conquistadores españoles, que consagró la victoria del Ejército Libertador, y que cantaron los poetas con sus mejores versos!

Los triunfadores se encontraron ya, de este modo, a veinte kilómetros de la capital, ocupando Cartago tras reñida batalla, en la que los enemigos incendiaron edificios y se defendieron en cada calle, hasta rendirse incondicionalmente en su último reducto, el Cuartel de Policía de la ciudad! La revolución, pues, había triunfado en toda la línea!

Pero todavía faltaban a los revolucionarios algunas duras pruebas: las tropas enemigas que habían quedado dispersas en los caminos del sur, en la carretera panamericana y en otras direcciones, se acercaban a Cartago y había que exterminarlas. También de San José venían algunos grupos hacia la vieja ciudad y era preciso detenerlos. Se libraron entonces rudísimos encuentros en El Tejar, en Paraíso y en el Alto de Ochomogo, que culminaron todos con el triunfo de los libertadores. La campaña entonces pudo considerarse terminada y ganada con el más brillante y merecido de los triunfos.

XIII

La noticia de la toma de Cartago fué recibida en el país con un júbilo indescriptible.

Por fin terminaba la guerra, y con ella la tiranía, el régimen oprobioso que la nación había venido padeciendo desde hacía ocho años! Figueres y sus hombres habían triunfado. Habían ganado la batalla desde tanto tiempo planeada. Costa Rica volvía a ser el país libre de otras épocas, que el caudillo y sus valientes soldados se habían propuesto restablecer!

El Presidente Picado y su hermano René, el líder comunista Mora y sus principales adláteres, los mercenarios del Gobierno, Tavío, Aureo Morales, y López Masegosa, habían huído a tiempo hacia diversos países; lo propio había hecho el Dr. Calderón Guardia y su hermano Francisco y también algunos ministros del régimen que no se sentían con su conciencia suficientemente limpia para soportar la presencia de los triunfadores. Ocupaba ahora el Gobierno de la República el Tercer Designado a la Presidencia, Ing. don Santos León Herrera.

El ejército revolucionario sentó sus reales en la ciudad de Cartago, instalando su cuartel General en el edificio del Colegio San Luis Gonzaga. Ahí habían ido a visitar a Figueres, en los primeros momentos, Monseñor Sanabria y algunos diplomáticos, para hacerle proposiciones y sugerirle arreglos con los vencidos, que todavía esperaban alguna posibilidad de continuar el régimen... Pero la respuesta a todos había sido negativa, y la única

condición aceptable, que abandonaran el poder inmediatamente a los libertadores.

De esos días fueron unas declaraciones que hizo Figueres a un periodista que lo visitó, y que vale la pena reproducir aquí, en sus puntos esenciales, porque resumen todos sus propósitos revolucionarios y sus ideas acerca del futuro del país.

Dicen así: (la redacción es del periodista).

196
✓ *"Queríamos derrocar el régimen nefasto, simplemente. Esa era la tarea que nos impusimos. Lo que venía después, no nos detuvimos a considerarlo.*

Durante las seis semanas de guerra hubimos de ocuparnos de las cuestiones políticas y se fué produciendo en nuestros ánimos una evolución en vista del empobrecimiento del país y la destrucción de riqueza pública que se operaron en los dos períodos de gobierno anteriores.

También captamos el anhelo nacional de renovación.

Durante los últimos tiempos ha habido constante demostración de que los costarricenses desean una renovación de sistemas. Muestra de ese anhelo son las fundaciones de centros para estudio y otras actividades intelectuales tendientes a ilustrar al país en cuanto a sus posibilidades y sus aspiraciones.

También se ha puesto de manifiesto el deseo de mejoras materiales; esa legítima aspiración de los pueblos fué una de las causas determinantes de la gran popularidad de don León Cortés, y la opinión pública se sumó al Sr. Ulate como exponente de oposición al anterior régimen.

Ante la gravedad presente de la situación, nos juntábamos durante las noches en que las operaciones bélicas nos lo permitían, y aprovechamos esas oportunidades para pensar en el bien del país, contemplando entonces el problema político posterior al triunfo de nuestras armas.

Nuestro país tuvo una época de vida institucional, en la que predominaba la ley, en la que había respeto por las instituciones y mejora de éstas. A esa época podríamos llamarle la época de Don Cleto. En ese tiempo, en las ideas fundamentales de ese tiempo, fueron educados los costarricenses de hoy.

Sobre esas bases de ley e instituciones democráticas, podría haberse fundado la estructura económica del país. Pero no hubo tiempo. Porque vino la crisis del bandolerismo político, o sea el calderonismo, que puso fin a toda esperanza de vida institucional, porque se entronizó como norma de gobierno el irrespeto a la hacienda privada y pública, especialmente a la hacienda pública; adquirió carta de naturaleza permanente el atropello a la ley, particularmente de sufragio.

Podemos decir, sin que sea un eufemismo, que el 13 de Febrero de 1944, Costa Rica perdió su soberanía, y que ya antes de esa época había perdido sus tradiciones de gobierno decente y probo.

La Primera República, la de don Cleto y de los otros recordados próceres, falleció el 13 de Febrero de 1944. Desde entonces Costa Rica vivió como país ocupado y nosotros estamos en condiciones y obligación de devolver al país su vida institucional.

Para que la Segunda República tenga base jurídica y no encuentre tropiezos en su fundación y en su desarrollo, es indispensable una nueva Constitución.

Actualmente, con la Constitución que nos rige, cuesta mucho avanzar, porque todo resulta inconstitucional. La ley constitutiva está llena de parches y de remiendos, lo que la hace de aplicación difícil, si es que no está rigiendo con medio siglo de atraso.

Tomando lo bueno, lo que la experiencia ha dicho que es bueno, redactaremos una nueva Constitución, con medio siglo de avance en vez de retraso, para que no constituya un estorbo a la vida nacional.

Para llegar a ese resultado, planeamos sea nombrada una comisión de juristas y de economistas que redacte el proyecto de Constitución, tomándose para su labor el tiempo que sea necesario. Una vez listo el proyecto será convocada una Asamblea Constituyente, la que dirá la última palabra.

Entre tanto, la organización que alcanzó la victoria asumirá el mando y tendrá como principal misión, preparar el advenimiento de la Segunda República.

Durante la elaboración del proyecto y mientras la Asamblea Constituyente perfecciona la nueva Carta Fundamental, el Gobierno aprovechará el tiempo para tomar medidas administrativas de buen gobierno, todas ellas dentro de las más absolutas garantías de respeto a las personas y a los bienes, de parte del Estado, y de sus funcionarios y empleados.

Para el buen éxito de la tarea en que estamos empeñados, yo hago un llamamiento al patriotismo de los

costarricenses; que ese patriotismo llegue a convertirse en apostolado. Que cada uno que sea llamado a funciones públicas, se olvide de su tranquilidad personal y de sus intereses particulares y corra a prestar sus servicios; gratuitamente si puede; con la justa remuneración en todo caso.

Capitalicemos en favor del país la mística de la guerra y el espíritu de renovación, y así lograremos que el país recupere inmediatamente su vida institucional.

Esa es la ideología de la revolución triunfadora.

Necesitamos la colaboración de todos los buenos costarricenses. Que dentro de los opositores desaparezca toda discriminación entre los que pelearon y los que no pelearon. Unos desarrollaron sus actividades en el campo de batalla, donde se condujeron con heroísmo encomiable. Otros las desplegaron en campos de lucha distintos, en los que también se condujeron como buenos ciudadanos. Todos los costarricenses de buena voluntad deben cooperar para que el país se rehaga de los daños sufridos y para que se reanude su vida de progreso y de paz, reconstruyendo nuestra nacionalidad maltrecha por el régimen de gobierno al que, con la ayuda de Dios y con el coraje de todos, hemos puesto fin.

En esta cruzada renovadora, contamos, tenemos que contar, con la colaboración de todos los buenos costarricenses". ()*

También apareció en los periódicos un comunicado de prensa, igualmente trascendental, que decía así:

(*) "La Nación", 23 de abril de 1948.

"Cartago, Cuartel General, 22 de Abril de 1948.

El Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional, DECLARA:

- 1) *Nuestro ejército permitió que se organizara un gobierno provisorio para pocos días, a solicitud del Honorable Cuerpo Diplomático, para evitar una toma sangrienta de San José, por la fuerza.*
- 2) *La prensa del país no ha estado bien informada, y ha pintado una situación de ambigüedad que no existe.*
- 3) *La misma organización que alcanzó la victoria, asumirá en breve el mando total del país, y garantiza a los ciudadanos una rápida reorganización nacional y el restablecimiento de la normalidad.*
- 4) *Luego se empezará a poner en ejecución los grandes planes constructivos de la Segunda República.*

(f) *José Figueres*
Comandante en Jefe"

Esa "situación de ambigüedad" inexistente, a la que se refería el Comandante Figueres en el comunicado anterior, era la que pretendía crear el rumor que comenzaba a circular, de que los revolucionarios, como secuela de su triunfo, planeaban instaurar una dictadura militar en Costa Rica.

A tan absurda y procaz mentira, el Jefe de la revolución contestó con una declaración pública fechada el 24 de Abril de 1948, que es toda una profesión de fé en el gobierno democrático y en el imperio de la ley por sobre el de las armas, que ellos habian tomado precisamente para defender esos principios, y dice así:

"Lamentamos que ciertas disposiciones nuestras impuestas por las circunstancias hayan creado la impresión entre ciertos ciudadanos de que pretendemos instaurar en Costa Rica una dictadura militar. Nada más ajeno al temperamento y a las inclinaciones de los hombres que inmerecidamente hemos dirigido el movimiento libertador. Creímos interpretar el sentir nacional al lanzarnos a la guerra y creemos interpretarlo ahora de nuevo en el sentido de que nuestra patria herede de esta lucha las cualidades de disciplina, sacrificio y esfuerzo continuado que serán saludables en la reorganización de la paz sin contaminaciones de prácticas militares abusivas, que están en pugna con los gustos y la tradición de los costarricenses.

Por otra parte los hombres que hemos tenido la fortuna de formar el Ejército de Liberación Nacional de ninguna manera pretendemos tener el monopolio del buen sentido ni la capacidad administrativa. Nuestra labor sería nula si no contáramos con la colaboración entusiasta de todos los costarricenses, así como hubiera sido nulo el mismo esfuerzo de la guerra sin el aporte valiosísimo del pueblo entero que, no teniendo el privilegio de empuñar las armas, prestó en mil formas su apoyo material, personal y espiritual al esfuerzo bélico.

Necesitamos prevenir a la ciudadanía contra la impaciencia que naturalmente provoca la situación de anomalía existente. El Ejército no ha terminado su labor.

Debemos consolidar el orden en todo el país en el término más corto posible, antes de entrar a tomar las medidas de carácter civil y político que han de llevar a su debido tiempo a la vida institucional que todos amamos.

JOSE FIGUERES

Comandante en Jefe del Ejército de
Liberación Nacional.

Consolidado el triunfo del ejército en Cartago, se pensó inmediatamente en traer las tropas a San José, para ocupar los cuarteles y hacer los cambios militares necesarios en sus guarniciones y dar los pasos necesarios para la instalación del Gobierno.

El transporte se hizo durante la noche, rehuendo toda demostración exhibicionista y todo alarde triunfal, para no provocar disturbios o aglomeraciones de gente entusiasta que hubiera roto la tranquilidad de la ciudad, tan necesaria para el cumplimiento de los grandes pasos preliminares de instalación de autoridades y organización del gobierno, que sus jefes iban a llevar a cabo.

Y el 24 de abril de 1948, a las cuatro de la mañana, las tropas del Ejército de Liberación Nacional entraron a la capital, ocupando los cuarteles de armas y desmovilizando las fuerzas voluntarias que ayudaron a abrirle el camino a los libertadores.

Interesante y de todo punto digno de figurar en estas páginas, por lo sagaz y exacto, es el retrato que de José Figueres hizo en esos días un periodista, y que dice así:

“La impresión que deja en el ánimo José Figueres, es la de un hombre sencillo, de trato agradable, aún cuando a veces, poco expansivo.

De estatura más bien baja, tiene una mirada penetrante, viva. En él se adivina el hombre de estudio, acucioso, investigador, que desea analizar bien los asuntos que llegan a sus manos.

Especialmente fuera de Costa Rica, puede que llegue a confundirse a Figueres con alguno de tantos políticos de oficio o militares ambiciosos de mando o de poder. Por eso es necesario destacar que se trata de un hombre eminentemente civil, que nunca ha ocupado cargos políticos porque ha sabido trabajar y levantar una empresa agrícola e industrial que es orgullo de nuestro país. Al conocer de sus hazañas, que no tienen nada que envidiar a las más gloriosas que se hayan librado por la libertad de los pueblos, muchos creen que Figueres es un hombrón de modales rudos, acostumbrado a gritar antes que hablar. Pero nada más alejado de la realidad, pues Figueres es de las personas que siendo superiores pasan ante todo el mundo como un ciudadano cualquiera. Es hombre modesto, como que es inteligente en grado sumo. Pero entre sus muchos atributos está el de ser un hombre de carácter, dotado de un temple de acero, con una energía poco conocida en nuestro medio, que le permite llevar a la realidad cuanto se propone". (*).

(*) A. Vega Aguiar. "La Nación", 24 abril 1948.

XIV

Terminada la revolución, fué necesaria una transición en el orden político de la nación, mediante un convenio celebrado entre las fuerzas revolucionarias y el Gobierno de la República, presidido por el Ing. don Santos León Herrera, Tercer Designado a la Presidencia y actualmente en ejercicio de la misma.

Se acordó, entre José Figueres y el Jefe del Ejecutivo, la organización de un gabinete netamente revolucionario que se encargara de las funciones respectivas hasta el 8 de Mayo de 1948, fecha en que expiraba el período del Sr. León Herrera como gobernante.

Tal medida tuvo por objeto principal el ir organizando los diversos departamentos de la administración pública, de conformidad con las ideas que sustentaban los vencedores en la revolución, quienes irían a formar el nuevo gobierno, a partir del 8 de Mayo de 1948.

Los nombramientos del nuevo gabinete del Sr. León Herrera salieron publicados en La Gaceta del 24 de Abril de 1948, y sus integrantes fueron juramentados y tomaron posesión de sus cargos al día siguiente, 25 de Abril, según lo había dispuesto el Sr. Presidente.

La ceremonia se llevó a cabo a las dos de la tarde de ese día, en el despacho del Presidente, dentro de la mayor sencillez, exponiendo el Sr. Herrera su ánimo de devolver al país cuanto antes la tranquilidad. Manifestó así mismo el Sr. Presidente, que dejaba a los señores Secretarios de Estado recién instalados, en la más com-

pleta libertad de acción para que empezaran enseguida a poner en ejecución su plan de trabajo.

Figueres respondió que todos se habían hecho el propósito de secundar al Jefe del Ejecutivo y que sentían mucha complacencia en ponerse a sus órdenes y colaborar con él.

Firmada el acta respectiva y prestado el juramento de ley, los nuevos Secretarios de Estado, se trasladaron a sus respectivos despachos para darse cuenta de cómo andaban las cosas y emprender de inmediato la tarea. (*)

El Gabinete había quedado integrado así:

José Figueres Ferrer, Secretario de Estado en los Despachos de Relaciones Exteriores, Gracia, Justicia, y Culto, con recargo de la Secretaría de Estado en el Despacho de Seguridad Pública.

Fernando Valverde Vega, en Gobernación y Policía, Trabajo y Previsión Social.

Lic. Alberto Martén Chavarría, en Hacienda y Comercio.

Francisco J. Orlich, en Fomento.

Dr. Raúl Blanco Cervantes, en Salubridad Pública y Protección Social.

Bruce Masís Dibiassi, en Agricultura e Industrias.

Comenzaba, pues, para Costa Rica, en esos momentos una era de paz, de trabajo y de orden, y así se lo comunicó Figueres a su pueblo en la misma noche del 25 de

(*) Para la descripción propiamente de los detalles de esta ceremonia y otros actos públicos que se consignan en los capítulos XV, XVI y XVIII de esta obra, el autor se ha servido, en parte, de las crónicas publicadas en los periódicos "La Nación" y "Diario de Costa Rica" de la época, respetando en algunos casos, sus propias palabras.

Abril de 1948, mediante un discurso radial, que todo Costa Rica escuchó emocionada, y que reproducimos a continuación por su inmenso valor histórico, político y literario. Dice así:

Costarricenses:

Que Dios y los tribunales de Justicia juzguen a los malhechores. Nosotros debemos ahora mirar adelante. Nos encontramos en el lugar donde el camino se divide en dos: o vamos al caos o vamos a una reconstrucción total de la nación. No hay sendas intermedias.

Tenemos un país arrasado por ocho años de desgobernio y pillería. Tenemos a la vista el resultado de una guerra civil en que uno de los ejércitos no buscaba otro objeto que el saqueo, el incendio y la profanación. Tenemos las instituciones desprestigiadas y el crédito nacional perdido. Tenemos una situación político-jurídica imposible de esclarecer por las vías ordinarias, después de que un congreso anuló las elecciones y se anuló a sí mismo. Tenemos abiertas ampliamente las puertas del caos. No es cosa rara en la historia el colapso definitivo y permanente de un régimen institucional, de todo un sistema de vida, de toda una nacionalidad; la degeneración hacia una horda sin estructura y sin espíritu.

Pero si escogemos el otro camino, el que va hacia arriba y conduce a la montaña, nuestro trabajo hará que allí florezca, sobre las ruinas del presente, una vida superior. Contamos con gran parte del bagaje necesario en esa marcha. Contamos con un pueblo joven y digno que quiere vivir, que quiere superarse y que no sabiendo expresar en palabras adecuadas sus aspiraciones, recurre al lenguaje superior de los gestos nobles y heroicos.

Contamos también con una generación de hombres y mujeres cultos y honestos que se han hecho sentir durante los últimos años en nuestra literatura política, económica y social, expresando una vigorosa filosofía que constituye la moderna enciclopedia de un gran movimiento de regeneración nacional. Unos y otros, el pueblo que siente y el estudiante que piensa, se encontraron juntos durmiendo sobre las mismas rocas, en las filas del Ejército Libertador. Unos y otros pelearon también de este lado del frente, donde no se tenía la suerte de empuñar las armas, haciendo casi imposibles los movimientos del gobierno usurpador. Unos y otros, intelectuales y trabajadores, recibieron injurias y culatazos, y presenciaron la destrucción de sus hogares, y vieron llorar de indignación a sus madres. Unos y otros han alcanzado la victoria, en toda la extensión del territorio nacional.

Con esos elementos contamos, de seguro, para emprender el camino de la dignidad en esta crisis. Pero hay algo que nos falta. Algo que está a nuestro alcance si queremos, pero que quienes están en condiciones de darlo no se deciden todavía. Es algo que faltó también para ir a la guerra libertaria y que la hizo difícil, tardía y peligrosa. Nosotros tenemos el deber de señalar eso que falta, aunque nos sea una labor desagradable.

Lo que falta es la fe. La fe en la clase dirigente, cuyos exponentes son los hombres de negocios y los políticos. Esa clase social se encuentra en estos momentos en todos los países en una situación especial. Se siente anacrónica. Por todas partes ve venir su destrucción si no cambia, si no se transforma, y no se decide a cambiar. Esa clase no ha terminado de comprender dos cosas: la primera, que su misión en el pasado, económica y política, está cumplida; y la segunda, que dentro de su seno, dentro de su grupo, dentro de su familia, se encuentran

los hombres y mujeres que son indispensables para una nueva organización eficiente de la sociedad. Esa clase social tiene todo: educación, riqueza, experiencia; sólo le falta la fe. La fe en sí misma. La fe en que los miembros de su clase tienen mucho que dar al mundo porque no son seres abstractos, ni elementos de una aristocracia olímpica, sino las personas de carne y hueso con quienes hablamos todos los días, a quienes el pueblo ama y no odia, a quienes el pueblo les está pidiendo a gritos, con los gritos del alma, que lo dirijan hacia una vida mejor, que abandonen la mentalidad politiquera y mercantil y que se entreguen con desinterés a la causa de la paz, como al fin se entregaron a la causa de la guerra. Que tengan altura, que tengan inspiración, que tengan fe.

Repito que Costa Rica cuenta en este momento con el pueblo y con los intelectuales. Y si la clase dirigente da su aporte, se habrán solucionado de una vez muchos problemas. Lo que hay que hacer a un lado no es a los hombres, sino a los sistemas. Esos mismos hombres de las clases privilegiadas, en lo económico y en lo político, si en vez de tejer telarañas mentales de posibles diputaciones y otras combinaciones, si en vez de planear negocitos y consorcios más o menos confesables, se dedican todos, con el aporte de sus facultades innegables, a la obra de la reconstrucción nacional, se encontrarán con que no sólo se rehace en poco tiempo el daño de los últimos ocho años, sino que de una vez se afrontará para siempre al problema más grande del siglo veinte, que es la lucha de clases.

La guerra que acaba de pasar es casi inexplicable dentro del reino de los acontecimientos humanos ordinarios. Había una fuerza divina que lo guiaba todo, como si estuvieran siendo escuchadas las plegarias de ochocientos mil costarricenses. Hombres modestos y descono-

cedores de las artes bélicas planeábamos las operaciones. Oficiales en su gran mayoría improvisados dirigían los pelotones. Soldados que llevaban en las manos las huellas frescas de la macana o de la pluma de fuente, tras una preparación rapidísima se convertían en guerreros acertados y valientes. Los planes se ejecutaban con precisión aritmética. Las victorias se alcanzaban casi sin bajas. Y cada vez que necesitábamos ocultarnos contra la observación enemiga, las nubes nos cubrían.

Mientras tanto, esas mismas fuerzas sobrehumanas que dirigían la guerra, inspiraban nuestros planes para la paz. Una profunda transformación se efectuaba en nosotros, los que inmerecidamente dirigíamos la campaña. Todos sabíamos antes, teóricamente, que un régimen político sin una filosofía, es como un puente sin ingeniería. Todos sabíamos que en Costa Rica se había venido gestando, tal vez con contribuciones pequeñas de nosotros mismos, una filosofía política y social. Pero en aquellas noches estrelladas en que el silencio parecía profundo porque habían dejado de rugir las ametralladoras, nosotros sentíamos que la ideología se estaba transformando en vida, que la guerra era el parto doloroso, y que nuestra misión es garantizar ante el pueblo, ante América y ante el mundo, que ese niño será digno de tan gloriosa gestación.

Por eso consideramos que nuestra misión no ha terminado. En la situación caótica actual, nuestro deber es tomar por una vía expedita todas las medidas conducentes al restablecimiento del orden y de la vida institucional, conforme al gusto de los costarricenses y conforme a las nuevas exigencias de la época. Debe haber un período de transición en que el país sea regido por una junta de hombres que garanticen todos los respetos ciudadanos que las instituciones democráticas confieren, sin que se tro-

piece con los escollos legales de una constitución anticuada, que ya resultaba inadecuada a las necesidades normales del país y que hace imposible toda labor eficiente en momentos de tan grave anormalidad.

Durante ese período de reajuste administrativo, debe redactarse una nueva constitución para Costa Rica. Los costarricenses de hoy tenemos derecho a darnos la carta fundamental que nos parezca más acorde a las necesidades jurídicas y de todo género, del presente y del futuro. Por eso pensamos llamar oportunamente al pueblo para que, por medio de una constituyente que sea lo más perfectamente posible representativa de todos los altos intereses nacionales, entregue formalmente al país esa nueva base de su vida institucional. Esa será la constitución de la Segunda República. Cuando la tengamos lista, los hombres que en ese momento ejerzan el poder en forma transitoria y de emergencia, lo traspasarán a quien la nueva constitución señale, en la forma y en el día legalmente prescritos.

Los hombres que integren esa junta provisional, que se llamará "Junta Fundadora de la Segunda República", no tienen que ser necesariamente los soldados de la guerra pasada. Comprendemos que hay en el país ciudadanos de mayores capacidades y de mayor representación política, cuyo deber es darnos su aporte en esta gran tarea. Los invitamos formalmente a que ocupen su puesto en nuestras filas y se consagren patrióticamente al trabajo intenso que tenemos por delante.

Lo importante es que ese período de transición sea bien aprovechado. Para ello tenemos programas creadores de trascendencia extraordinaria en todos los campos: en economía, en materia social, en agricultura e industria, en salubridad, en educación pública, en relaciones

exteriores. Si el país nos otorga su confianza y nos da su apoyo, ahora como en la guerra, para que el desarrollo de esos programas sea una labor de todos los costarricenses, cuando venga el restablecimiento de la normalidad institucional tendremos el mecanismo administrativo funcionando con un alto grado de eficiencia y entregaremos al nuevo gobierno legal el carro andando.

No podemos extendernos hoy lo suficiente para dar a conocer como es debido, esos programas del gobierno provisorio, pero prometemos hacerlo gradualmente con la rapidez que las circunstancias nos permitan. Adelantamos sí, y pedimos que se nos crea, que están basados en un criterio netamente científico y de eficiencia y que están inspirados en la misma mística heroica, de sacrificarse y de intentar lo aparentemente imposible, que iluminó la guerra.

En nombre de los soldados combatientes, en nombre de los muertos, en nombre de los huérfanos, en nombre de todos los héroes que sufrieron de este lado de las líneas, que son los más, nosotros pedimos en este momento un amplio voto de confianza al pueblo de Costa Rica. No podemos hacerlo todo en un día, pero sí lo tenemos todo previsto. No podemos hacer nada con sólo nuestras débiles fuerzas, pero sí lo podemos hacer todo con el aporte desinteresado de quienes puedan darlo. Nosotros solamente somos los humildes portadores de un mensaje que viene de las montañas de Santa María de Dota para el pueblo de Costa Rica, y tal vez para el de América. No pudiendo escribir ese mensaje en el cielo, lo consignamos aquí. El Mensaje dice así: "Con la ayuda de todos se ganó la guerra, y con la ayuda de todos se ganará la paz". Con la ayuda de todos, es decir, con la ayuda de usted que nos escucha o lee. Con la ayuda de todos, es decir, con la ayuda de Dios".

Como se vé, en ese discurso, confirmaba Figueres lo que ya había ligeramente comunicado a la prensa, respecto del futuro gobierno de la República, y hablaba por primera vez de la próxima instalación, a partir del 8 de Mayo de 1948, de una Junta Fundadora de la Segunda República, que gobernara al país por un período transitorio, necesario para llevar a cabo la elaboración del proyecto de una nueva Constitución y para iniciar todos los planes de reorganización administrativa e institucional que planeaban los revolucionarios.



El desfile del DIA DE LA VICTORIA, (28 de abril de 1948) pasando por la
Avenida Central, esquina de la Botica Ideal.

XV

Pocos días después, el 28 de Abril de 1948, la ciudad capital se había engalanado de guirnaldas y banderines, para celebrar el *Día de la Victoria*, con un grandioso desfile en el que la ciudadanía pudiera festejar dignamente a las fuerzas que combatieron en todos los frentes, militares y civiles, para ganar la revolución. El gobierno había declarado de asueto ese día, para que todos sus empleados pudieran asistir al homenaje, y los bancos habían cerrado sus puertas con el mismo fin.

Según aviso publicado en los periódicos, a las nueve de la mañana de ese día, el Ejército de Liberación Nacional desfilaría por las calles de San José, saliendo de la Plaza González Víquez, pasando por el Paseo de los Estudiantes, Avenida Central y Paseo Colón, para terminar en La Sabana.

Fué ese un día de alegría, de aplausos y vivas a Figueres, a las tropas y a sus jefes, que no se olvidará jamás. Una verdadera apoteosis.

Los diferentes batallones, con su oficialidad al frente, abrían la marcha, comenzando con el Batallón El Empalme. Seguía a éste el Alto Mando, y en un amplio automóvil, el Jefe del Ejército de Liberación Nacional, José Figueres, vistiendo su uniforme de kaki y puesta su típica cachucha revolucionaria. Saludaba a todo mundo, de pie en su vehículo, visiblemente emocionado y teniendo que estrechar las manos a cada paso, que le extendían las gentes, locas de entusiasmo. Las mujeres le lanzaban ramos de flores en el camino y alguna que otra, se había

subido al estribo del automóvil para besarlo sorpresivamente.

Seguían en la comitiva, la policía militar, los que habían sido presos políticos del último régimen, la Cruz Roja Costarricense, las unidades mecanizadas del ejército, los trofeos bélicos tomados a los vencidos, la oficialidad de los diferentes cuarteles, las "Mujeres del 2 de Agosto", los empleados bancarios, y por último el público en general, que formaba un verdadero océano de gente a lo largo de todo el Paseo Colón, hasta el Aeropuerto Internacional.

Al pasar frente a las oficinas del DIARIO DE COSTA RICA, cuya sirena atronaba los aires saludando a los triunfadores, el Comandante Figueres hizo detenerse el desfile, y salió a los balcones del edificio el Presidente Electo don Otilio Ulate Blanco, quien desde allí pronunció unas hermosas palabras de salutación a las tropas y a su Jefe, que merecieron delirantes aplausos. Luego el Comandante Figueres invitó al señor Ulate a que se sentara a su lado en el automóvil y juntos continuaron en el desfile. Un fuerte abrazo fué el recibimiento de Figueres para Ulate frente al asiento que iban a ocupar, todo lo cual se desarrolló entre frenéticos aplausos de la multitud, cuyo empuje parecía incontenible.

Las tropas que habían actuado en el sur, en las montañas de San Cristóbal, desfilaron con sus sacos de yute puestos, improvisado abrigo que habían tenido que procurarse para protegerse del frío, y los más de los soldados y jefes tenían todavía sin rasurar sus hirsutas barbas, crecidas desmesuradamente durante la campaña.

Bandas y músicas alegraban los ánimos con sus aires marciales y tonadas populares, entre los que descollaba

el "Corrido a Pepe Figueres", recién compuesto, durante la Revolución, que los espectadores cantaban a coro:

*"Allá en la Lucha y en San Cristóbal
un estandarte yo ví flotar,
el estandarte Pepe Figueres,
que no ha caído y nunca caerá!"*

*"Viva Pepe, Vivan sus hombres,
todos muchachos de gran valor,
vivan "glostoras" y "medallitas"
que por la Patria saben luchar!"*

El desfile era interminable. Porque a los vehículos de guerra de los victoriosos se habían sumado los automóviles de todos los josefinos y los de provincias, los camiones de transporte de pasajeros, los jeeps, las motocicletas, las bicicletas y hasta los camiones de carga de las fincas, que iban llenos de campesinos. La cabeza había llegado ya a La Sabana cuando todavía había gentes que estaban pasando frente a la Iglesia de La Soledad.

La mañana era espléndida y el sol abrasador. Pero nadie daba muestras de cansancio, y el río de gente continuaba su marcha lenta por el Paseo Colón hacia el Aeropuerto Internacional.

Cuando la comitiva llegó a este lugar, eran las doce del día. Figueres y su Estado Mayor bajaron de sus vehículos casi en brazos de la gente y subieron a la terraza del edificio del aeropuerto, siendo aclamados nuevamente cuando se asomaron a la barandilla de ella. Ahí estaban, junto con el Comandante, don Otilio Ulate, el Padre Benjamín Núñez, Francisco J. Orlich, Benjamin Odio, Alberto Martén, Fernando Valverde, Edgar Cardona y todos los héroes de la revolución.

Los gritos, vivas y cantos eran ensordecedores. De pronto se hizo silencio. Figueres iba a hablar...

Tomó el micrófono en una mano, y dijo, con bien timbrada voz:

"Costarricenses:

En nombre de los soldados del Ejército de Liberación Nacional saludo al pueblo de Costa Rica. También en nombre de todos los combatientes que a este lado de las líneas de fuego nos prestaron ayuda material y espiritual, en toda la extensión de Costa Rica.

Rindamos antes que todo un homenaje a los dos muertos más ilustres de la presente epopeya nacional: Don León Cortés Castro y el Dr. Carlos Luis Valverde. Un homenaje también a todos aquellos muertos de la primera etapa de la contienda, como los de Llano Grande y Sabanilla de Alajuela. Esos son muertos de una batalla librada durante varios años, en la cual el pueblo de Costa Rica no había podido todavía recoger el guante, a pesar de que la guerra le había sido abiertamente declarada por los usurpadores. Un homenaje a los caídos de nuestro lado durante la última intensa campaña, ya fueren soldados del Ejército de Liberación, o voluntarios heroicos que en todo el país se batían. Un homenaje también a los pobres "mariachis" que fueron víctima de una dirección monstruosamente irresponsable.

Yo quiero elogiar una vez más ante los oficiales y soldados del Ejército de Liberación las cualidades de disciplina y austeridad que mil veces les recomendé en la campaña, y que tanto contribuyeron a darnos la victoria. Muy en especial quiero referirme (para pedirles que esa virtud siga presente durante la celebración, y luego en la



El Comandante en Jefe del Ejército de Liberación Nacional, en el desfile del
DÍA DE LA VICTORIA, 28 de abril 1948.

vida corriente) a la abstención de los excesos alcohólicos que caracterizó en todas partes la marcha de nuestro ejército. Muchas veces les hice ver que mis recomendaciones no emanaban de un puritanismo insulso, sino de razones de profunda conveniencia práctica. Hoy tenemos todos la satisfacción de haber comprobado en las victorias alcanzadas, y de haber hecho patente ante el mundo (entre otras muchas cosas) lo que sucede cuando se enfrentan en la línea de combate dos ejércitos, si uno de ellos es un ejército de hombres sobrios, y el otro es un ejército de ebrios. Sea esa victoria moral una inspiración más, un indicio del régimen de austeridad en esta materia y en muchas que deberá distinguir a la Segunda República.

Soldados: Nada nuevo hemos hecho. Nada verdaderamente nuevo se puede hacer en el mundo. Estamos siguiendo un camino trillado tal vez de siglo en siglo por todos los fundadores de naciones. Tampoco podemos decir nada nuevo. Por eso yo pido que hagamos nuestra una máxima ya conocida, que es uno de los grandes axiomas de América: "Las armas dan la victoria; sólo las leyes pueden dar la libertad".

Por eso considero que es providencial para Costa Rica en este momento, en una función o en otra, pero siempre como manto protector sobre la patria, la presencia de don Otilio Ulate. Quiero explicar por qué hago a Uds. esta observación, advirtiéndole una vez más que no suelo hablar sin fundamento, y que soy el peor político que existe. La presencia de don Otilio Ulate representa en este momento para los costarricenses una doble garantía: Primero porque él es un digno representante de la República de don Cleto, de la Primera República. Segundo porque su juventud física y mental, y su cultura, son una promesa de que en este momento de honda transformación nacional, no se ejercerán fuerzas tendientes a de-

tener lo inatajable en Costa Rica y en el mundo, que es el carro del progreso.

En el primero de los aspectos aludidos, nosotros debemos ver que no se sacrifique nada en la Segunda República, de lo mucho bueno que tuvo la Primera. Muy en especial debemos heredar dos joyas preciosas, que fueron pulidas con paciencia y con el tiempo mediante el trabajo sapientísimo de varones ilustres. Ambas joyas son de igual valor, aunque una se menciona mucho más a menudo que la otra. Me refiero, costarricenses, al derecho del sufragio popular por una parte, a la independencia del poder judicial por la otra. Esas dos prendas tienen entre sí la relación curiosa de que, cuando un país se degenera, una de ellas, la del sufragio, es la primera que se pierde; y la otra, la de la majestad de la justicia, tras un largo proceso de derrumbe de valores, viene a ser la última pérdida. En Costa Rica la descomposición ya estaba llegando a esta etapa final cuando vino la guerra salvadora.

El segundo de los conceptos que vengo desarrollando, el del carro del progreso, tiene un parecido notable con la campaña guerrera que acabamos de librar. Todos mis compañeros recuerdan que hubo algo de la mayor importancia en el desarrollo de las operaciones y que contribuyó notablemente a la victoria. Algo que siempre les recomendé por todos los medios y que todos me ayudaron con la mayor comprensión a realizar. Ese factor decisivo en las empresas de los hombres es, sencillamente, el cuidadoso planeamiento.

En la guerra ese planeamiento era relativamente sencillo. Teníamos una meta general que iluminaba toda la estrategia y que nos guiaba en todo. Ese objetivo general era doble: primero alcanzar la victoria total y no pequeños triunfos aislados; segundo, reducir al mínimo po-

sible el número de bajas nuestras. Dentro de esa orientación integral cada operación se hacia objeto de un plan y de muchos sub-planes, y no se daba la batalla sino después de una intensa cerebración, cuando todo estaba madurado y listo.

En la reconstrucción nacional, que ha de conducir a la fundación de la Segunda República, el problema es mucho más complejo. Debe haber en primer término una filosofía, que sea la que ilumine el camino. Luego deben venir los planes técnicos en todas las ramas de la administración, guiados todos por una idea central, y por el más noble espíritu que le podamos arrancar a nuestros corazones. Esos planes deben ser un poco más ambiciosos de lo que podamos alcanzar. Todos sabemos que las estrellas no se alcanzan con la mano, pero todos debemos convenir en que los hombres, y las asociaciones, y las naciones, necesitan saber con exactitud a cuál estrella llevar enganchado su carro, para poder discernir, en las encrucijadas del camino, cuáles sendas conducen adelante, cuáles son simplemente desviaciones, y cuáles los conducirán hacia atrás.

Yo me permitiré decir a los costarricenses cuál es, en el sentir de los soldados que hoy bajamos de la montaña a la ciudad, la estrella luminosa que debe guiar en adelante nuestro carro; la estrella de la Segunda República. Voy a expresar el pensamiento en una frase que será el final del presente discurso. Esa frase carece de toda hermosura literaria. Tal vez yo podría, bajo el influjo inspirador de los héroes aquí reunidos, encontrar en mi alma una lira y arrancarle una nota de poesía que fuera digna de la grandeza del momento. Pero en vez de una frase que deleite al espíritu de Costa Rica, yo le voy a entregar unas palabras que pongan ese espíritu a pensar. Ojalá que ustedes se vayan de aquí pensando, y ojalá

que algún día lleguen a la conclusión de que esa modesta sentencia compensa con su grandeza su carencia de hermosura. El nombre de la estrella que nos guía debe ser costarricenses, el bienestar del mayor número”.

Terminado ese discurso, que fué aplaudido por largo rato, con verdadero delirio, don José Figueres y don Otilio Ulate se dieron un fuerte abrazo que fué el remate emocional cúspide de toda aquella jornada, porque todo el mundo sentía un nudo atravesado en la garganta, y las mujeres lloraban...

Después, don Otilio dirigió, a su vez, la palabra al pueblo. Su discurso completo nunca fué publicado, pero según una reconstrucción breve, que dió a conocer un diario después, dijo lo siguiente:

“Toda la gloria y el honor de esta epopeya corresponde a los bravos soldados del Ejército de Liberación Nacional y su Jefe don José Figueres.

Cuando me despedía del Sr. Figueres, él se dirigió al frente sur, y yo quedé encargado del frente norte, es decir, de un segundo frente, el que por circunstancias militares especiales, no pudo desarrollar sus operaciones bélicas.

Si las circunstancias lo requieren, pasaré de jefe a soldado. A aquellos que deseen vernos pelear entre nosotros les diré que no me verán jamás como un egoísta o un despechado. No entraremos en una discusión de mezquinos intereses. Pueden existir diferencias de matices ideológicos, pero esas diferencias bien pueden quedar dilucidadas en una consulta a los pueblos”.

Con el discurso de don Otilio, que también fué ovacionado delirantemente, terminó aquella hermosísima fiesta de la Liberación.



El Sr. Figueres pronunciando su discurso en el Aeropuerto Internacional de La Sabana,
al término del desfile del DIA DE LA VICTORIA, 28 de abril 1948.

XVI

Fué el discurso radial de Figueres, del 25 de Abril de 1948, muy comentado, porque en él descartaba, de una vez, la posibilidad de que don Otilio Ulate entrara en posesión, inmediatamente, de la Presidencia de la República, que había ganado en las recientes elecciones.

La noticia pareció sorprender, al principio, a algunos sectores de la ciudadanía, y hasta hubo alguna que otra señal de descontento, pero pronto se dió cuenta el país, comenzando por el propio don Otilio, quien en esta oportunidad dió muestras de un espíritu de comprensión y de patriotismo muy laudables, que las cosas no podían hacerse de otra manera, que la nación necesitaba, por un tiempo prudencial, estar sometida a la autoridad vigilante y enérgica de una Junta Gubernativa, con poderes omnímodas, que tuviera a los militares a su entera disposición para actuar en defensa de las instituciones y para repeler rápidamente cualquier intento subversivo de los partidarios del régimen caído, ya fuera dentro, o fuera del país.

El Sr. Presidente en ejercicio, don Santos León Herrera, también opinaba en esa forma, y en un manifiesto al país, había declarado su intención de depositar el poder en manos de una Junta Gubernativa, el próximo 8 de Mayo. Oigamos sus palabras, que fueron sensatas y convincentes:

“Así, es mi determinación que anuncio por este medio, —decía después de algunos considerandos—, la de entregar el poder público que ahora retengo en mis manos,

a los miembros de mi actual Gabinete, para que ellos busquen y encuentren el camino que rehaga la marcha institucional de la República.

Tomo esta determinación porque hay otro hecho consumado y tangible que todos los costarricenses tienen a la vista: el movimiento revolucionario que se inició en los primeros días del mes de marzo anterior, triunfó ampliamente, obligó la caída del gobierno, y el Gabinete que me rodea está integrado por los miembros más destacados y personeros más representativos de ese movimiento. Natural es que sea, pues, a la Revolución triunfante a quien deba entregar el poder que puso en mis manos la representación nacional, ahora desintegrada y ausente.

Vuelvo los ojos a todos lados y no encuentro otro hombre o grupo de ciudadanos que, en los momentos actuales, tenga mejores credenciales que las que tiene el grupo revolucionario, que es a la vez, dueño de la fuerza que puede mantener el orden y restablecer la paz.

Se comprenderá que es lógico mi procedimiento y que me es obligatorio anunciarlo al país, para que éste no espere entre dudas que pueden llevar grandes peligros en sus entrañas hasta el último momento, es decir, el término de mi período legal y mi retiro del puesto que el Destino me señaló en esta hora Suprema de Costa Rica".

Así las cosas, entre Figueres, en representación del Ejército de Liberación Nacional, y don Otilio Ulate, se firmó un acuerdo, con fecha 1º de Mayo de 1948, que se llamó "Pacto Ulate-Figueres", redactado en los términos siguientes:

1º.—La Junta Revolucionaria gobernará al país, sin Congreso, durante un período de 18 meses, a partir del

8 de Mayo en curso. Expirado ese término, podrá solicitar a la Asamblea Constituyente una prórroga por seis meses más, si lo considerara necesario para sus labores.

2º.—La Junta Revolucionaria convocará al pueblo a elecciones para escoger representantes a una Constituyente. Dichas elecciones se verificarán el día 8 de Diciembre del corriente año. La Asamblea se instalará el día 15 del mismo mes.

3º.—La Junta Revolucionaria designará inmediatamente una comisión que redacte un proyecto de Constitución para ser sometido a la Constituyente.

4º.—La Junta reconocerá y declarará inmediatamente que el 8 de Febrero último fué legítimamente electo Presidente de la República, don Otilio Ulate Blanco.

5º.—La Junta pedirá a la Asamblea Constituyente que ratifique la elección de don Otilio Ulate Blanco, para que ejerza el poder en el primer periodo Constitucional de la Segunda República, que en ese caso concreto no excederá de cuatro años.

6º.—La Junta integrará el Tribunal Nacional Electoral con los Licenciados don Víctor Guardia Quirós, Gerardo Guzmán Quirós y José María Vargas Pacheco. Como Suplente el Lic. don Jaime Solera Benneti.

7º.—Ambas partes signatarias de este acuerdo se comprometen formalmente a que no se ejerzan en el país actividades de carácter político electoral durante un periodo de seis meses, a partir de esta fecha.

1º de Mayo de 1948

(f.) Otilio Ulate Blanco

(f.) José Figueres Ferrer

Este acuerdo, que había de ser el primer pacto político que se cumpliera al pie de la letra, en Costa Rica, desde hacía muchos años, fué muy bien recibido en todo el país, como la solución más prudente y patriótica que podían dar ambos líderes de la gesta revolucionaria, a la situación creada, y esa aceptación se refleja muy propiamente en un editorial del periódico *La Nación* de fecha 4 de Mayo de 1948, del que extractamos los siguientes párrafos:

Pasados unos pocos días después de la victoria, se ha llegado a un acuerdo en cuanto a la nueva organización política del país.

Sabemos que así tenía que ocurrir, porque las discrepancias de criterio no podían predominar sobre el empeño de unos y otros, de llegar a la necesaria armonía, sin la cual hubiera seguido el caos político al triunfo de las armas.

Preciso es reconocer el patriotismo de quienes buscaron y encontraron una solución a la aparente controversia; más concretamente, don José Figueres, Jefe de la Revolución y don Otilio Ulate, candidato electo Presidente el 8 de Febrero.

Mediante la resolución adoptada, tenemos, para el inmediato futuro, que una Junta Revolucionaria gobernará el país con facultades amplias, sin Congreso, durante dos años, a partir del 8 de ese mes. Será una época de reconstrucción de la República, época durante la cual han de estar puestos los ojos de los ciudadanos todos, en las actuaciones de la Junta, y ésta, a su vez, ha de estar atenta a las palpitaciones del alma nacional.

La prensa, sobre todo, está obligada a cooperar con su sana crítica, es decir, con su elogio justo y con su censura ponderada, a que las resoluciones del poder se ajusten a la conveniencia pública.

Hemos oído de boca del Sr. Figueres, que el hecho de la constitución de una Junta con facultades omnímodas, no ha de significar nunca el establecimiento de una tiranía; que las garantías nacionales e individuales serán respetadas en grado sumo; que nadie será perseguido por sus opiniones libremente expresadas.

No omitimos declarar de previo que abrigamos íntima confianza en la rectitud de intenciones de quienes demostraron en el campo de batalla su acendrado patriotismo. Ese sentimiento que los llevó a arriesgar su vida, inspirará en ellos la firme resolución de trabajar intensamente por la regeneración política, moral, económica y social de Costa Rica.

Para obtener ese bien excelso, han de contar con la sincera y poderosa cooperación de todos los costarricenses. Nosotros ofrecemos la nuestra en la forma que hemos expuesto.

En ceremonia sencilla se efectuó el 8 de Mayo de 1948, a las doce horas, el traspaso del poder público del Presidente León Herrera, a la Junta Gubernativa Revolucionaria.

El acto se llevó a cabo en la Casa Amarilla, en el salón de recepciones, con asistencia del Presidente electo, don Otilio Ulate, del Cuerpo Diplomático encabezado por su Decano, el Sr. Nuncio Apostólico, de las altas autoridades eclesiásticas, de miembros del ejército, de representantes de la prensa nacional y extranjera, y de muchos otros invitados.

A la hora señalada, el señor Designado entró al salón, acompañado del nuevo Secretario de Relaciones Exteriores, Lic. don Benjamín Odio, e inmediatamente se dió principio a la ceremonia.

El Sr. Presidente dió lectura a su discurso, breve, claro y lleno de fé en la bondad de las futuras actuaciones de la Junta, al que Figueres dió respuesta, en nombre de los miembros de dicha Junta, en la forma siguiente:

“Señor Presidente:

Tenemos el honor de recibir de vuestras manos el Gobierno de la República. Nos complace reconocer el acierto con que habéis sabido conducir al país en momentos tan difíciles como éstos, en que os ha tocado gobernar. Os agradecemos, en nombre de la Patria, vuestras actuaciones, así como los conceptos del mensaje que acabáis de leer.

“Conocedores de vuestro manifiesto hecho al país el primero de Mayo, en el cual expresábais vuestra intención de depositar en nosotros el poder, hemos considerado oportuno dirigirle a la Nación las declaraciones siguientes:

“Nosotros, José Figueres Ferrer, Alberto Martén Chavarría, Fernando Valverde Vega, Raúl Blanco Cervantes, Francisco José Orlich Balmarcich, Edgar Cardona Quirós, Bruce Masís Dibiasi, Gonzalo Facio Segreda, Uladislao Gámez Solano, Secretarios y Sub-Secretarios de Estado durante el ejercicio constitucional de la Presidencia de la República por el Ing. don Santos León Herrera, al finalizar hoy este periodo y ante la anormalidad jurídica y política producida por la anulación que hizo de las elecciones de Febrero el último Congreso Legislativo, rompiendo el orden constitucional, recibimos de manos del

Sr. León Herrera el Gobierno de la Nación, como depositarios del poder público, y hacemos juramento solemne al pueblo de Costa Rica, de restituirle su vida constitucional, conforme al siguiente planeamiento:

1º.—Nos constituimos en este acto, en asocio con los señores Presbítero Benjamín Núñez Vargas y Licenciado Benjamín Odio, en Consejo de Gobierno Provisorio de la Nación, y ejecutaremos esas funciones con el nombre de Junta Fundadora de la Segunda República.

2º.—Actuará como Presidente de la Junta, don José Figueres Ferrer, y como Ministros, sus otros miembros.

3º.—Inmediatamente tomaremos las siguientes disposiciones, por Decretos:

- a) Restablecimiento de las garantías individuales y sociales, que el interés y la dignidad de la República demanden.*
- b) Reorganización del Poder Judicial, haciendo recaer los nombramientos respectivos, en juriscultos sabios y honorables.*
- c) Nombramiento de una comisión de juristas, economistas y técnicos en los diferentes ramos de la administración pública, para que redacte un proyecto de Constitución que responda a las necesidades actuales del país.*
- d) Convocatoria a elecciones para una Constituyente, que emita la nueva Carta Fundamental.*
- e) Depuración del Registro Electoral, dentro de la mayor brevedad.*

- 4º.—*El período de propaganda para la elección de Constituyente, comenzará el 8 de Noviembre de este año. Las elecciones se efectuarán el 8 de Diciembre. La Asamblea Constituyente se instalará el 15 de Diciembre de este mismo año de 1948.*
- 5º.—*La duración de las funciones de la Junta Fundadora de la Segunda República, será de 18 meses, a partir del 8 de Mayo en curso, siendo prorrogables sus poderes, por 6 meses más, mediante consulta a la Asamblea Constituyente.*
- 6º.—*Durante su período de gobierno, la Junta se empeñará en la reorganización administrativa que los costarricenses ansían desde hace tiempo, especialmente después del caos de los últimos 8 años, que hizo necesaria la guerra de liberación nacional.*
- 7º.—*La Junta Fundadora de la Segunda República deja constancia ante la historia de que, en las elecciones presidenciales verificadas el 8 de Febrero de 1948, fué legalmente electo Primer Magistrado de la Nación, don Otilio Ulate Blanco; y que a éste le fué arrebatada su credencial de modo arbitrario, por el Congreso, al declarar nulas las referidas elecciones.*
- A fin de que el pueblo de Costa Rica vierta su veredicto final, la Junta pedirá a la Asamblea Constituyente que ratifique la elección de don Otilio Ulate, por un período de cuatro años, si a bien lo tuviere.*
- 8º.—*La Junta de Gobierno mantendrá la vigencia de los tratados y pactos internacionales suscritos y ratificados por los gobiernos anteriores, y estrechará los lazos amistosos que la unen a las demás naciones del mundo.*



El Sr. Figueres leyendo su discurso en el acto de traspaso de poderes del Ing. don Santos León Herrera a la Junta Fundadora de la Segunda República, el 8 de mayo de 1948 (foto Staufer)

9º.—*Al finalizar nuestro período de Gobierno provisorio, y al hacer entrega de lo poderes públicos a un nuevo régimen constitucional, se disolverá esta Junta". (*)*

Una vez concluida por el Sr. Figueres la lectura de su discurso y definitivamente constituida la Junta de Gobierno Fundadora de la Segunda República, como primer acto de su Gobierno, en su carácter de Presidente de la Junta, Figueres procedió a llamar a todos los miembros de la Corte Suprema de Justicia recién nombrados, que en ese momento se integraba, para proceder a su juramentación. Todos ocuparon sitio frente al pabellón nacional, y ante él fueron juramentados con la nueva fórmula del juramento creada por la Junta, que variaba la segunda parte de la existente, así: "Si así lo hiciéreis, Dios os ayude, y así será!"

Terminado el acto, hubo una pequeña parada militar frente a la Casa Amarilla, en la que el nuevo Jefe de Gobierno revistó las tropas y se saludó la bandera nacional.

La Junta Fundadora de la Segunda República se había integrado así:

Presidente y Comandante en Jefe del Ejército Regular de la República, José Figueres.

Ministro de Gobernación, Fernando Valverde Vega.

Ministro de Seguridad Pública, Edgar Cardona Quirós.

Ministro de Educación Pública, Prof. Uladislao Gámez Solano.

(*) Llama la atención verdaderamente, que tan larga lista de promesas como contiene este documento, se cumplieran religiosamente, una por una.

Ministro de Trabajo y Previsión Social, Pbo. Benjamín Núñez.

Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, Lic. Benjamín Odio.

Ministro de Justicia y Gracia, Lic. Gonzalo Facio Segreda.

Ministro de Economía, Hacienda y Comercio, Lic. Alberto Martén.

Ministro de Obras Públicas, Francisco J. Orlich.

Ministro de Salubridad Pública, Dr. Raúl Blanco Cervantes.

Ministro de Agricultura e Industrias, Bruce Masís Dibiassi.

Por razones de técnica legal, los miembros de la Junta tendrían el carácter de Ministros y no de Secretarios de Estado, como anteriormente. Esto debido a que el Sr. Figueres por razones obvias no podría ejercer íntegramente las funciones del Poder Ejecutivo encomendadas antes a los Presidentes de la República según el régimen constitucional. En esta forma los Ministros tendrían un caudal mayor de responsabilidades en todas sus actuaciones y podrían obrar por iniciativa propia y con mayor independencia.

Es de advertirse, como dato de valor histórico, que firmado el convenio de 1º de Mayo entre los señores Figueres y Ulate, y aún antes de firmarse, el primero había ofrecido al segundo la Presidencia de la Junta de Gobierno, que el Sr. Ulate no aceptó.

XVII

Figueroes había triunfado. Había llevado a la realidad aquella campaña decisiva para librar a Costa Rica de sus malos hombres, planeada desde seis años atrás, cuando exilado por el Gobierno, por atreverse a decir la verdad, había partido para México.

Las armas, único remedio posible contra tan grandes males, habían salido victoriosas.

Pero le faltaba ganar aquella otra batalla, quizá tan grande como la primera: la batalla de la paz.

Y apenas en el poder, se aprestó de nuevo a la lucha para lograrlo. Y todos los hombres que antes lo rodearon con las armas en la mano, se convirtieron de súbito en vigilantes y laboriosos ciudadanos, listos también para colaborar con él en ese nuevo campo.

La Junta Fundadora de la Segunda República estaba integrada precisamente por los profesionales y técnicos que él necesitaba como consejeros para su magna obra.

Porque Figueres siempre había creído, —con la fe de un hombre moderno— en la necesidad de que los gobernantes estuvieran asesorados por personas capacitadas por sus estudios y preparación cultural, para dirigir los pueblos. El tiempo de los jefes de gobierno "sábelo-todo", omniscientes y monopolizadores de la sabiduría, había pasado. Nadie en el mundo era capaz de saber todo, de todo.

Esto era una falacia practicada por gobernantes de otras épocas, que había dado pésimos resultados en el pasado, y sobre todo, causado un mal irreparable: la ausencia de hombres entendidos y capaces en material de gobierno, que pudieran sucederles dignamente.

Fueron gobiernos patriarcales los de entonces, en los que el Presidente, como los antiguos profetas, era el único director de su pueblo y el solo responsable de sus destinos.

Por ese motivo habían llegado al poder, muchas veces, gentes impreparadas e irresponsables, que llevaron al país a desastrosos extremos. Los tiempos, pues, del empirismo en los cargos públicos y de la centralización del gobierno en una sola mano, habían pasado. En adelante gobernarían los preparados, los técnicos, los hombres conscientes de su deber y sus responsabilidades, y el Jefe del Gobierno sería únicamente su vigilante, su director y guía en los momentos en que fuera necesario.

Había grandes planes para el futuro. Todos ampliamente estudiados y meditados con anterioridad, y algunos durante las horas que dejaban libres las operaciones bélicas, como había dicho Figueres a un periodista, recién tomada la plaza de Cartago.

Los Decretos de la Junta Fundadora se sucedían continuamente, disponiendo y ordenando, con suma habilidad y prudencia, en los múltiples aspectos que requerían su atención, en un país que había quedado pobre y en un verdadero caos administrativo, después de los dos regímenes anteriores, agravado por las destrucciones y las incidencias de la reciente guerra.

La Hacienda Pública, sobre todo, estaba en una situación desesperante. No había en caja ni una suma ridícula



Señores miembros de la Junta Fundadora de la Segunda República: de pie, de izquierda a derecha: Prof. don Uladislao Gámez, don Francisco J. Olich, Lic. don Gonzalo Facio, Dr. don Raúl Blanco Cervantes, Lic. don Alberto Martén, don Bruce Masís y Lic. don Daniel Oduber, (Secretario General de la Junta); sentados, en la misma forma: Pbro. don Benjamín Núñez, don Edgar Cardona, don José Figueres, don Fernando Valverde y don Benjamín Odio. (foto Arévalo).

con qué atender a las necesidades urgentes del Gobierno, pues todo se lo habían llevado los vencidos en su precipitada fuga.

Pero qué era todo esto para un grupo de hombres como aquél, dispuestos a trabajar sin limite por el bien de la Patria, y a sacrificar sus propios intereses, —como en efecto lo hicieron, pues todos abandonaron sus oficinas y negocios a cambio de una remuneración exigua— por devolverle al país el auge económico y la prosperidad de que antes gozaba?

Figueres comprendió que su responsabilidad ante la Nación y la Historia, era inmensa. Había logrado su propósito de limpiar al país de la mala hierba, pero faltaba demostrarle a su pueblo y al mundo, que su esfuerzo y el de sus compañeros no había sido en vano.

Ninguna tarea más apropiada, ninguna labor más grata para este hombre, acostumbrado desde pequeño a la lucha: Costa Rica tendría que cambiar, la Segunda República tendría necesariamente que salir adelante, como salió ilesa de las trincheras! Su constante optimismo, su ardiente y perenne fé en el triunfo de las causas nobles, su inmenso patriotismo, así se lo prometían, y sin dudarle un instante, abandonó nuevamente sus propios negocios y se dedicó a la ardua tarea.

Oigámosle referirse a ella en su discurso radial del 19 de Junio de 1948, del que extractamos los siguientes párrafos:

“Ciudadanos:

Han transcurrido seis semanas desde que la Junta de Gobierno recibió el poder el 8 de Mayo pasado. Durante

ese tiempo hemos hecho un análisis de la situación nacional, y queremos hoy informar al país con toda claridad sobre las condiciones en que lo encontramos.

Pasamos por la pena de informar que la situación es peor de lo que muchos costarricenses se imaginan, y que son necesarias grandes medidas de emergencia, que implican el sacrificio de todos, para salir del camino que conduce al caos, y enderezarnos por el sendero de la prosperidad.

Como resultado de la deficiente administración de los últimos ocho años, la situación fiscal es mala, el estado de los bienes nacionales es pésimo, y las angustias que sufren las clases pobres del país son pavorosas.

Encima de todo eso, existe la amenaza de un movimiento contrarrevolucionario tendiente a devolver el Poder a quienes tanto daño nos han hecho.

Es tan urgente tomar las medidas necesarias para evitar una nueva hecatombe, como emprender un gran programa de reconstrucción nacional, que traiga el bienestar de la mayoría de los costarricenses.

Las resoluciones tomadas por la Junta de Gobierno que hoy tendré el honor de exponer en parte, representan en su aplicación un gran esfuerzo para muchos ciudadanos, en especial para aquellos que están en capacidad de soportarlo. Costa Rica espera que quienes pueden llevar la carga en el paso más difícil de la historia nacional, lo harán con agrado y con patriotismo, reconociendo que la gran masa del pueblo ya ha soportado suficientes sacrificios”.

Y continuaba informando del estado desastroso en que se habían hallado las dependencias de Gobierno, Ministerio por Ministerio, —se habían llevado hasta los escritorios y máquinas de escribir— y las cosas que había que hacer urgentemente por mejorarlas.

Pero este discurso fué trascendental y causó gran revuelo, porque Figueres anunció en él al país, dos medidas tomadas por la Junta, que unos días después se promulgaron como Decreto: la nacionalización bancaria y el impuesto del 10% sobre el capital, cuyos fundamentos expuso en la forma siguiente:

Respecto a la nacionalización bancaria dijo:

“El mayor obstáculo con que una labor de esta índole tropieza (orientar las actividades económicas de la Nación de tal manera que la acumulación normal del ahorro no se detenga, y de que los recursos de trabajo y capital de que dispone el país se inviertan en la forma más reproductiva), es la actual organización del crédito. Fundamentalmente son los bancos los que distribuyen y administran los recursos financieros de que se alimenta la Agricultura, la Industria y el Comercio. No sólo colocan los Bancos su propio capital, sino también el de los depositantes, que representan la ciudadanía en general. De ahí nace el tremendo poder social de que disponen y que, en la actualidad —en el siglo veinte— constituye un verdadero anacronismo. La administración del dinero y el crédito no debe estar en manos particulares, como no lo están ya tampoco la distribución del agua potable ni los servicios de Correos. Es al Estado, órgano político de la Nación, a quien corresponden esas funciones vitales de la economía. El negocio bancario es el más seguro y el más productivo de todos los negocios. En pocos años han logrado los bancos particulares acumular reservas muy su-

periores a su capital inicial. Estas ganancias provienen en su mayor parte, no de la colocación de su propio capital, sino de la movilización de los recursos del público. Público es entonces el servicio, y pública debe ser la propiedad de las instituciones que lo manejan, mayormente cuando las condiciones modernas del desenvolvimiento económico, convierten a todas las industrias y actividades en tributarias de los bancos. Impulsan éstos a los empresarios que quieren impulsar; asfixian a los que quieren asfixiar; dirigen en una palabra el progreso económico del país, y determinan la ruina o prosperidad de las empresas. Semejante poder, repito, no debe estar en manos de particulares, sino de la Nación.

El criterio marcadamente comercial con que los bancos particulares han venido operando, si bien es conveniente para los accionistas, que consiguen, por ejemplo, una colocación segura y rápida, al financiar una importación de whisky, no es el más saludable para un país que necesita desarrollar su agricultura y sus industrias, y que no cuenta fundamentalmente para ello con otros recursos que el crédito bancario. La política económica de la Junta Fundadora de la Segunda República, tendiente a la industrialización del país y a la explotación intensa de todos sus recursos naturales, no podría llevarse a cabo sin un control efectivo de la política crediticia. Para lograrlo, se impone la nacionalización de los bancos particulares”.

Y respecto del impuesto del 10%, dijo:

“La destrucción sistemática de los equipos e instalaciones de la Administración Pública, llevada a cabo por dos gobiernos consecutivos, sumada a la devastación de la guerra civil, alcanza tales proporciones, que no es posible pensar en reponerla con las rentas ordinarias del país.

Es necesario comprender que el país es más pobre, que ha perdido una parte de su capital, precisamente el capital de trabajo, cuya reposición es urgente. Por consiguiente, no queda otro camino que pedirle a todo propietario que sacrifique una parte de su patrimonio, para salvar el resto. La Junta Fundadora de la Segunda República, estimando aproximadamente las proporciones del desastre nacional, ha decretado un impuesto del diez por ciento sobre el capital particular, que se pagará por una sola vez, como contribución extraordinaria, para pagar los gastos de ocho años de saqueo administrativo y de cinco semanas de campaña de liberación nacional”.

También se refirió Figueres en este discurso, a un brote subversivo, provocado desde el exterior, por el Dr. Calderón Guardia y sus partidarios comunistas, permitido por el Gobierno de un país vecino, que era el primero de una serie interminable de atentados de esa naturaleza que iba a sufrir Costa Rica en el futuro, aunque, por suerte, ninguno con buen éxito, terminando su alocución así:

“Costarricenses:

El mensaje que la Junta Fundadora de la Segunda República tiene para vosotros, después de seis semanas de Gobierno, se puede resumir en tres frases: Primera: La situación del país es grave, pero no de muerte. Segunda: Estamos dispuestos a impedir por la fuerza, en la medida de las posibilidades nacionales, que vuelvan al Poder los aventureros políticos que nos llevaron a la situación actual. Tercera: Ordenamos a los ciudadanos económicamente más pudientes, que pongan a disposición del Gobierno una parte moderada de la riqueza nacional, prometiendo emplearla honestamente y a lo mejor que permitan nuestras capacidades, en la promoción del bienestar de todos”.

Los decretos de la nacionalización bancaria y el impuesto del 10% sobre el capital, causaron tal alboroto en cierto sector del público, listo siempre a defenderse de cualquier agresión a sus bolsillos y principalmente en este país, donde las obligaciones tributarias han sido tan leves, y fueron tan mal comprendidos e interpretados por algunos, que Figueres creyó conveniente volver a referirse a ellos en una nueva conversación radial, que tuvo lugar el 29 de Junio de 1948.

La experiencia de los años venideros se encargaría de demostrar cuán sabias y beneficiosas para el desarrollo económico del país fueron ambas medidas.

XVIII

Hay un hecho, dentro de la vida laboriosa y de actividades múltiples de la Junta Fundadora de la Segunda República, que amerita un capítulo especial en este breve relato de la vida y obra de Figueres, porque por sí sólo retrata con caracteres imborrables para la historia, la gran altura espiritual, la civilidad integral y el patriótico amor a la paz que adornaba a aquel grupo de hombres, por encima de cualquier otro sentimiento de pasión por el mando o de dominio militar.

Nos referimos a la entrega que hizo la Junta, por manos de su Presidente, del cuartel de armas principal de la capital llamado Bellavista, toda una fortaleza bélica, al Ministerio de Educación Pública, para que convirtiera aquel símbolo de poderío militar, en un centro de cultura y de fomento intelectual, en un Museo Indigenista y Jardín Panamericano, que hoy es orgullo de nuestra ciudad, declarando al mismo tiempo, "oficialmente disuelto el Ejército Nacional, por considerar suficiente para la seguridad de nuestro país, la existencia de un buen cuerpo de policía".

Extraordinaria medida y extraordinaria declaración, en nuestra América Hispana, para un Gobierno instaurado como consecuencia de una sangrienta revolución! Maravillosa demostración de fé en los principios de la Democracia, la Ley y las Instituciones, en la preeminencia de las fuerzas espirituales sobre el dominio de las armas!

La entrega del edificio se hizo en una bella mañana de Diciembre de 1948, para ser más precisos, el día 2 de ese mes, en una ceremonia verdaderamente emocionante.

Concurrieron los escolares y sus maestros, expresamente convocados al efecto, pues se hallaban en vacaciones, y algunos números de tropa; las autoridades administrativas, el Cuerpo Diplomático, y gran cantidad de público.

Figueres pronunció estas bellísimas palabras:

“El Ejército Regular de Costa Rica, digno sucesor del Ejército de Liberación Nacional, entrega hoy la llave de este cuartel a las Escuelas, para que sea convertido en un centro cultural.

La Junta Fundadora de la Segunda República, declara oficialmente disuelto el Ejército Nacional, por considerar suficiente para la seguridad de nuestro país, la existencia de un buen cuerpo de policía.

“Los hombres que ensangrentamos recientemente a un país de paz, comprendemos la gravedad que pueden asumir estas heridas en la América Latina, y la urgencia de que dejen de sangrar. No esgrimimos el puñal del asesino, sino el bisturí del cirujano. Como cirujanos nos interesa ahora, más que la operación practicada, la futura salud de la Nación, que exige que esa herida cierre pronto, y que sobre ella se forme cicatriz más sana y más fuerte que el tejido original.

Somos sostenedores definidos del ideal de un nuevo mundo en América. A esa patria de Washington, Lincoln, Bolívar y Martí, queremos hoy decirle: Oh América! Otros pueblos, hijos tuyos también, te ofrendan sus grandezas.

La pequeña Costa Rica, desea ofrecerte siempre, como ahora, junto con su corazón, su amor a la civilidad, a la democracia, a la vida institucional!"

Terminados los discursos que siguieron al de Figueres, vino un acto simbólico: la entrega de las llaves del Cuartel, por parte del Ministro de Seguridad Pública, Edgar Cardona, al Ministro de Educación Pública, Prof. Uladislao Gámez.

Pero el acto culminante, que hizo llorar de emoción a todos los presentes, fué cuando el propio Presidente de la Junta, esgrimió un mazo en sus manos y comenzó a derribar los pesados bloques de concreto que formaban una de las almenas de la fortaleza.

Para terminar, Figueres dió un fuerte abrazo a los miembros del Ejército que estaban presentes, y a los soldados rasos que tomaron parte en el desfile y demás ejercicios militares que se practicaron. Otro hecho que también fué conmovedor.

Nada más a propósito para comprender la significación y alcances de la ceremonia descrita, que reproducir aquí el bellissimo artículo que al respecto publicó el Prof. don Luis Dobles Segreda, literato exquisito y pedagogo de gran renombre, además de político activo y ex-funcionario de Estado, en el Diario de Costa Rica de fecha 3 de Diciembre de 1948, que dice así:

EL CASO DE FIGUERES ES ALGO EXTRAÑO Y UNICO EN AMERICA

"Cuando los periódicos de la tarde me enteraron del gesto magnifico de don José Figueres, agitando un mazo

demoledor para derribar los muros del Cuartel Bella Vista y declarando disuelto el Ejército Nacional, no quise creerlo.

Lo primero era romántico y simbólico, lo segundo sorprendente y ejemplar.

Esperé que discurriese la noche creyendo leer en los diarios de la mañana la rectificación de conceptos, explicando que se había dado otro alcance a sus palabras y que no llegaban tan lejos las resoluciones del señor Presidente.

No es que yo desconfiara de la lealtad de Figueres para con la República.

En el decurso de toda su vida operosa, como agricultor pacífico y luchador esforzado, la figura de José Figueres, ha cobrado relieve y prestigio perdurable que todos tenemos que reconocer. Pero, su última jornada cívica, al través de los caminos del sacrificio, buscando una muerte segura o un triunfo que parecía ilusorio, para librar a la patria del cáncer que la consumía, lo elevó, sobre el pedestal de la admiración colectiva, en carácter de héroe nacional.

Precisamente por eso, se me hacía difícil creer que este gesto de ahora fuese, en la realidad, tan asombroso como dijeron los primeros informadores.

Las guerras pueden conducirse con más o menos acierto y buena fortuna, usando el talento y la valentía. Pero lo que es difícil dirigir y administrar es la victoria.

A la hora del arribo los conductores se ven rodeados de arribistas improvisados, de hombres de aventura que esperan cosechar ventaja gorda para sus personas y que traen en la mente planes de anchas ambiciones.

Derecho a ellas tienen, pero se traducen en mal aconsejar a los gobernantes en el sentido de tener por bueno, en la altura, cuanto por malo tuvieron en las jornadas de la lucha.

Los triunfadores suelen volverse orgullosos contra las doctrinas que alentaron y los apóstoles fácilmente se convierten en apóstatas.

Se inflan como globos y, al sentirse suspendidos en el aire y paseados en hombros de las multitudes, se olvidan de los principios que sustentaron.

Se empequeñecen entonces, se deslucen y dejan de ser lo que esperábamos que fueran.

Se acuartelan tras las murallas de piedra y de cemento, por cuyas claraboyas y almenas asoman los cañones, y convierten un país de paz en campo de pelea permanente y en finca propia de la que disponen a su antojo.

Los llamados hombres fuertes, que rodean la victoria, los que llevaron su arrojo hasta la temeridad, siguen siendo temerarios contra sus enemigos y, ebrios con el vino de sus hazañas, bailan sobre la ruina de los caídos.

Se sienten invencibles, amparados a sus ejércitos, se creen super-hombres acariciando sus pistolas ya sin razón para desenfundarlas.

Es el mal de las revoluciones en casi todas las latitudes: para acabar con los desafueros de unos, entregan el país a los desafueros de otros.

Para librarse de la amenaza, ejercen la amenaza y para construir la fraternidad que predicaron, siembran el odio y así dejan de ser ejércitos de Ariel para convertirse en tropas de Calibán.

La Revolución en Costa Rica no tomó esos caminos y hemos seguido viviendo, sin temores ni amenazas, la república de todos los costarricenses.

Pero el caso de Figueres es algo extraño y único en esta América de próceres y pensadores que él añora.

Mientras los dictadores de América se apoyan en el ejército y lo oponen contra los civiles, mientras en Venezuela y el Perú las castas militares burlan la democracia imponiendo Presidente a su antojo, en nuestra pequeña democracia un hombre, producto de una revolución armada, disuelve su ejército y devuelve al pueblo sus poderes absolutos.

Y no sólo entrega una fortaleza para alojar un Museo, sino que vuelca el presupuesto de guerra sobre la Cartera de Educación y, si nuestro orgullo repetido es tener más maestros que soldados, lo reafirma, haciendo que los dineros improductivos de las armas se vuelvan productores de cultura en las escuelas.

Se necesita una lealtad sin límites con los principios republicanos para disolver un ejército que puede ser su sostén, el soporte incondicional de sus actuaciones y el dócil ejecutor de sus órdenes.

Que le sirvió ayer para amasar la victoria y puede servirle hoy para imponer sus caprichos.

Todo eso revela que hay en él carácter de acero y un corazón de oro que lo sitúan a la altura de los grandes varones de la historia.

El civilismo del país es bien conocido. La repugnancia instintiva del costarricense por todo lo que sea mandato y no razón es proverbial, pero nadie llegó a sospechar que la valentía de un caudillo llegase donde se atrevió a llegar ni el más civil de nuestros Presidentes, don Cleto González Víquez.

No estoy yo de acuerdo con esta resolución total y sorpresiva y hasta me temo que sus proyecciones puedan ofrecer aspectos que no alcanzamos a ver con claridad.

Pero, de todos modos, significa una resolución fuerte y valerosa en defensa de la civilidad de esta democracia ejemplar.

Ese cuartel fué un día casa solariega y tranquila de un gran patricio a quien debe el país el fundamento sólido de sus instituciones escolares.

Es posible que en las noches serenas pase sobre sus muros la sombra de Don Mauro Fernández, leyendo el evangelio de la paz mientras duermen los soldados acariciando sus fusiles.

La casa ha vuelto a ser posesión y feudo de esa sombra luminosa y propicia. Ha vuelto a ser la escuela con que soñara el más entusiasta fundador de escuelas.

Ha triunfado el espíritu del bien, ha vencido la cultura y Don José Figueres, que fué el primero en la guerra, llega a ser el primero en la paz.

Tras los gruesos muros del fuerte la voz de Figueres es como un gran lamento cuando dice: "Los hombres que ensangrentamos recientemente el país comprendemos la gravedad que pueden asumir estas heridas en la América Latina y la urgencia de que dejen de sangrar".

Es un juramento de máxima lealtad republicana, que habrá de estremecer la columna vertebral de nuestra América, cuando dice:

"Somos sostenedores definidos del ideal de un nuevo mundo en América. A esta patria de Washington, de Lincoln, de Bolívar y Martí queremos decirle hoy: Oh América! Otros pueblos, hijos tuyos también, te ofrendan sus grandezas. La pequeña Costa Rica, desea ofrecerte siempre, como ahora, junto con su corazón, su amor a la civilidad, a la democracia, a la vida institucional".

No he leído otro mensaje más profundo, ni más conmovedor de un Presidente de América.

Con orgullo de costarricense y de hombre civilizado, yo lo leería desde la cumbre del Irazú, para que rueden sus palabras sobre las procelas de ambos mares, como un mensaje de toda Costa Rica.

Allí mismo, mirando a un tiempo los dos océanos, pondría el bronce de José Figueres, alzando su mazo destructor de tiranías y constructor de democracias.

Luis Dobles Segreda".



El Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República, derribando a golpes de mazo una de las almenas del Cuartel Bella Vista, en el acto de traspaso de esa fortaleza al Ministerio de Educación, para convertirla en Museo, el 2 de Diciembre de 1948. (foto Roa).

XIX

En relación con el acto cívico descrito en el capítulo anterior, que muestra de manera tan admirable el temperamento y la ideología de un hombre que fué militar únicamente porque las circunstancias y el bien de la patria se lo exigieron, bien valdría la pena hacer un pequeño paréntesis, en el relato de sus hechos, para referirnos a "Pepe" Figueres, el líder en su intimidad, que aunque Presidente de la Junta Fundadora de la Segunda República, nunca dejó de ser el hombre de costumbres sencillas y espíritu bondadoso de sus fincas de Tarrazú y de sus horas de estudio.

Ya en los primeros pasos al frente de su gobierno, en el aspecto social, el Presidente había dado muestras de su gusto por la extrema sobriedad en las ceremonias y por la ausencia de toda clase de lujos y pompas externas. Cuando la Junta asumió el poder y los señores diplomáticos fueron a presentarle su saludo, llamó la atención de todos que no se sirviera el clásico champaña para los brindis. Todo el mundo tomó agua, el líquido puro y fresco que más convenía al nacimiento de una nueva era en la república, también pura y fresca. Como excusa de la ausencia del acostumbrado licor, Figueres dijo que "eso costaba muy caro y que la República no podía darse esos lujos". No hay para qué decir que la respuesta fué aceptada y celebrada por todos, por lo razonable y sincera.

En los primeros días de la organización gubernamental y durante la campaña, todos lo llamaban "mi Comandante" y algunos, especialmente los extranjeros, "mi Ge-

neral". Esto era natural y lógico durante aquellos momentos, pero luego, ya no quiso admitirlo más.

Esto de "*mi General*" le sonaba raro y ridículo. Lo prohibió en lo sucesivo, para que le llamaran simplemente "Don Pepe". Igual cosa ocurrió con los saludos militares: no podía soportar que cuantas veces entrara o saliera de su casa, se le cuadrara un soldado a la puerta, saludándolo con un golpe sonoro de tacones; igualmente lo prohibió "para sentirse más cómodo".

Concordante con esta modestia innata en Figueres, fué todo el tiempo su insensibilidad, manifiesta en todas ocasiones, para los elogios y adulación: las alabanzas que le hacían, las cosas agradables que le decían a propósito de su obra o de sus ideas, parecían no causarle ninguna emoción, no tomarlas en cuenta sino en aquella parte en que fueran reflejo de la verdad, pues Figueres tiene la virtud de conocerse muy hondamente a sí mismo y la honestidad de valorar sus hechos en el justo precio, según su exigente criterio, a pesar de que en el concepto de los demás, ellos fueran extraordinarios. Rara virtud hoy y desde que existen los hombres, porque la adulación fué siempre bien recibida por los gobernantes y los seres humanos en general, y fuente de provecho para los aduladores!

Del mismo modo, Figueres odia los chismes y las quejas contra los demás, y nunca cree nada malo de nadie. Sobre todo, esta última condición está tan arraigada en él, que tanto en lo particular como en lo político, le ha costado sus amarguras, sus grandes desilusiones. Eso es lo que sucede cuando se tiene un alma pura y el pensamiento circunscrito la mayor parte del tiempo, al trabajo, al estudio y la meditación: que el hombre se aísla prácticamente de sus semejantes, se encastilla,

por decirlo así, en una fortaleza espiritual interior, y no tiene tiempo de conocerlos, de analizarlos suficientemente para comprender que hay unos mejores que otros, que no todos son iguales, desgraciadamente, y que hay que defenderse de los malos. Consecuencia de esta característica de Figueres, es también la facilidad con que se inclina al perdón de las ofensas o daños recibidos, y el olvido que enseguida hace de las injurias. Pues no vió con asombro la ciudadanía, que recién pasada la guerra, algunos señalados partidarios del régimen caído, fueron a saludarle y él les estrechó la mano como si no hubiera pasado nada? Y en las recepciones o reuniones sociales en que se *colaba* alguno de éstos, no era saludado y hasta abrazado por el Presidente con igual efusión que los demás? Puede que en ello hubiera algo de distracción o falta de conocimiento de las personas, pero siempre queda firme nuestra aseveración de que Figueres no conoce el rencor, pues si lo hubiera tenido, su instinto sólo y su ánimo predispuesto, le hubieran facilitado la discriminación en esos casos, entre amigos y enemigos.

Pero por sobre todo, creemos que eso se deba a algo de más importancia; a la grandeza, a la amplitud de miras de Figueres para afrontar todos los problemas, por más intrincados que sean, prescindiendo de todas las pequeñeces y miserias que encuentra en el camino; a su clarividencia para ver de antemano los resultados de sus gestiones, por más arriesgadas que parezcan y a la fé ciega y optimismo que pone en el feliz logro de las mismas. Qué valen esas pequeñas incidencias, si sabe que al final va a triunfar, a sacar adelante algo que él está convencido de que es bueno y provechoso para la República?

Esta característica de su fé en los buenos resultados de lo que se propone, fué, como lo hicimos ver en su oportunidad en estas páginas, lo que llevó la Revolución a la

victoria, y lo que había de hacerlo triunfar más adelante en las delicadísimas situaciones de peligro en que se encontró su gobierno y su propia vida en el futuro.

Dos de ellas, para no citarlas todas, fueron la invasión de Costa Rica intentada desde Nicaragua en diciembre de 1948 por Calderón Guardia y sus partidarios para restaurar el régimen derrocado por la Revolución y que tan graves caracteres alcanzó, y el golpe de estado de 2 de Abril de 1949 llamado "Cardonazo", por el que su Ministro de Seguridad, rodeado de algunos jóvenes imprudentes, quisieron derrocar el Gobierno, alentados por algunos viejos políticos y capitalistas a quienes había mortificado el impuesto del 10% decretado para cubrir gastos de guerra.

En ambas difíciles situaciones, en que el ánimo de otro hombre menos convencido de su poder moral y de la integridad de su pueblo, hubiera flaqueado, él se mantuvo tranquilo y confiado, seguro y enérgico para defender los intereses de la nación, y triunfó, triunfó también rotundamente, gracias a sus militares y compañeros, siempre fieles, e imbuidos como él de esa inalterable fé que obra milagros, y a su valiente pueblo, que lo acuerpó inmediatamente y se dispuso, sin vacilar, a la lucha.

Corroborando lo dicho, Figueres es un hombre que nunca ha creído en su peligro personal, en que pueda sucederle algún mal, proveniente de sus enemigos. En este aspecto, puede decirse que llega hasta la imprudencia. A menudo se le ve andando a pie, por las calles de la capital, con un amigo o dos, a lo más, de día o de noche, viendo las vitrinas de las tiendas de la Avenida Central, o por el Parque Nacional o Central, con la mayor confianza, o ir a sus fincas y regresar, manejando él mismo su automóvil, y con sólo un guarda a su lado (antes eran dos)

que le han impuesto casi, sus amigos, para que lo cuide. Al principio del gobierno lo acompañaban unos cuantos oficiales en motocicletas, adelante y atrás de su automóvil, pero pronto pidió que los quitaran "*por incómodos*" e innecesarios. Lo mismo habría de hacer más adelante, cuando visitó como Presidente Electo algunos países de Sur América, ante la sorpresa y admiración de sus huéspedes, que no comprendían cómo pudiera ocurrir semejante cosa. En Santiago de Chile, por ejemplo, burló una noche la lujosa comitiva que para dar un paseo por la ciudad le asignó el Gobierno, y se escapó sólo por las calles de la ciudad, "*para estar más cerca del pueblo*" que era lo que a él más le interesaba...

Parejas con su sencillez en su modo de vida, corre su desprendimiento por el dinero y el poco caso que hace de un medio tan universal y útil de alcanzar las cosas. Esa noción de dar o recibir servicios o cosas de los demás, mediante el dinero, tiene en Figueres un arraigo muy leve, una concepción muy sui-generis, debido quizá a su generosidad, que no conoce límites. Podrá no creérsenos, pero Figueres muy a menudo se olvida de llevar dinero en el bolsillo cuando sale de su casa. Y esto ha dado motivo a ocurrencias, más bien humorísticas, que comenta todo el mundo y celebra, por venir de quien vienen. Una vez, nada menos, invitó a un refresco a varios amigos, inclusive a un Diplomático, y a la hora de pagar el gasto, con la mayor naturalidad se acercó a uno de ellos y le dijo: "Traes dinero? Es que yo no tengo con qué pagar la cuenta". Y otra vez, al emprender un largo viaje al exterior, de todo se había poco más o menos acordado, como de pasaportes, cartas de presentación, planes de trabajo, conferencias, etc..., menos del dinero para los gastos!... Gracias a que sus acompañantes habían pensado en esto, y no hubo dificultades de ninguna clase. Y disponiendo él, como disponía, de suficientes medios para

todo, y regalando como regalaba su dinero a los que lo necesitaban! Cosas de los hombres extraordinarios, que hay que perdonarles, o que más bien son una pincelada pintoresca y simpática de su personalidad!

Una de las experiencias más agradables y al mismo tiempo más inquietantes que puedan lograrse estando cerca de Figueres, es conversar con él. Comienza por mirar a su interlocutor con sus brillantes ojos claros, sin duda para analizarlo en pocos instantes, y luego arruga su frente y le dedica toda su atención, una atención a menudo embarazosa a fuerza de inquisitiva, para escucharlo todo, sin perder palabra. Hay que ir preparado, pues, como quien dice, para saber lo que se le va a decir, y en pocas palabras. Porque si se comienza con circunloquios o reticencias y se sigue hablando y a los pocos minutos "*no se ha dicho nada*", puede el interesado santiguarse y decir amén, porque "*don Pepe*" ya no le oirá nada, y hará cuanto esté de su mano por despedirlo pronto, aunque con la mayor cortesía. A menudo se le oye quejarse de esto, de esas gentes que le quitan su tiempo para "*no decirle nada*", o para hablar tonterías. Pero qué se va a hacer? "*Son gajes del oficio*", se dice a sí mismo, por consolarse. Se comprende una actitud así en un hombre, de espíritu práctico y de temperamento dinámico, que no conoce los fingimientos que a menudo exige la política ni acepta de muy buen grado los convencionalismos sociales.

Sin embargo, no deba desprenderse de esto, que Figueres sea un hombre agrio o sombrío y que sólo de asuntos serios le guste tratar. Por el contrario, es hombre alegre y festivo y tiene el sentido del humor. Cuenta y escucha chascarrillos con vivo placer, si el tiempo y sus preocupaciones se lo permiten, y se ríe con gana, hasta saltársele las lágrimas, si el chiste es bueno, pero nunca

si es vulgar. Estos le repugnan y le enojan, y su efecto se ve inmediatamente en su ceño fruncido y su silencio inmediato.

En el recinto de la Junta Fundadora, en la sala del Consejo, aunque se trate de los asuntos más intrincados, reina entre Figueres y sus Ministros un buen humor y una camaradería admirables. No en vano todos son jóvenes. El de más edad, tiene cuarenta y cinco años, y los demás, incluyendo a Figueres, van de los 30 a los 40. Además todos son sus amigos de antaño, —sobre todo Orlich y Martén, que lo fueron desde la niñez—, y compañeros de armas. Se prescinde pues, de toda ceremonia y de todo protocolo en las sesiones. Lo que precisa es trabajar, trabajar sin descanso. Y para esto se quitan los sacos, porque es mucho el calor y el humo de los cigarrillos —que Figueres no fuma—, y sesionan en mangas de camisa. Así salen retratados en los periódicos, que publican las fotografías como demostración de que hasta en esto, todo es nuevo en la Segunda República. A medio día, y en la noche, si el trabajo se prolonga hasta esas horas, se toma un refresco, una taza de café, un vaso de leche con un sandwich o cualquiera otra refacción ligera, pero nunca un high-ball ni ningún otro licor. Eso estaba prohibido, desde la revolución, en horas de trabajo, y Figueres deseaba verlo establecido aún en horas de recreo, pues sólo males podían esperarse de esa práctica.

Tan severas costumbres, tanta sencillez en su método de vida y tanto desprendimiento de sus bienes de fortuna y comodidades, demostrados por Figueres al emprender la revolución y luego al continuar su abnegada labor en el gobierno, respondían plenamente al carácter, profundamente cristiano y religioso que Figueres posee, aún sin saberlo. No era católico, propiamente dicho, pues jamás se le veía en la iglesia ni en fiestas de la religión,

pero había nacido en esa fé, bajo las enseñanzas de Cristo, y sin proponérselo, cumplía con ellas con más exactitud y fervor que muchos católicos prácticos. Su doctrina revolucionaria se basaba en el respeto a la ley y a la dignidad humana, en el orden y el progreso del país para conseguir la felicidad de sus hijos, que tienen todos los mismos derechos ante Dios y ante los hombres, y más tarde, sus ideas expresadas durante su Gobierno de la Junta Fundadora y después durante la Presidencia Constitucional, descansaron todas en un puro socialismo cristiano que predicaba el derecho de los trabajadores a mejores salarios y condiciones de vida, y exhibía como meta final de su gobierno el bienestar del mayor número. Era, pues, por sus ideas, y por la realización inmediata que de ellas iba haciendo, en beneficio de su pueblo, un verdadero cristiano. Y en cuanto a sus creencias, a su fé en la existencia de un Ser superior que rige todas las cosas, a qué dudar de que él la tuviera, cuando, en los momentos más difíciles de las batallas, en los instantes en que más peligraba su gran causa, él aseguraba continuamente en sus discursos, que había sido ayudado por la Divina Providencia? Y qué decir sobre este punto, cuando, en un momento difícil de la pelea de 1948 allá en las cumbres de una montaña se acercaba un pelotón enemigo a un grupo de sus muchachos que estaban en inferiores condiciones para defenderse, y de repente, aparecía una nube negra en el cielo y los envolvía la espesa niebla como para librarlos de la vista de su enemigo? No estuvo anuente Figueres después, en admitir, en obsequio a la fé de sus soldados, que esto había sido obra de la Virgen de los Angeles, Patrona y Protectora de Costa Rica?

No hay pues, duda, de que José Figueres ajusta su vida tanto pública como privada, a la de un sincero cristiano.



La Junta Fundadora de la Segunda República en su mesa de trabajo. (foto Arévalo).

En cuanto a sus relaciones con la Iglesia, su Gobierno dió siempre muestras del más profundo respeto por esa Institución y su régimen en Costa Rica, y particularmente ha sido amigo de sus prelados y muchos de sus sacerdotes, que le estiman de verdad, y le admiran por sus hechos.

Fáltanos ahora referirnos a la pasión que tiene José Figueres por dos grandes hombres de América y del Mundo: Abraham Lincoln y José Martí. Esos dos iluminados, fueron como él, los apóstoles de una gran idea, de una gran causa por el bien de su país y de la Humanidad. El retrato y las esculturas del gran libertador de los esclavos y salvador de la Unión, adornan su oficina y sus rincones de estudio, e igual pasa con el Mártir de la Libertad de Cuba, con cuyo nombre bautizó, en su recuerdo, a su primogénito, José Martí Figueres. Grandes son las semejanzas, en su vida, en su carácter y en sus hechos, que tienen esos tres hombres aunque operaron en muy distintas dimensiones. No vamos a analizarlas aquí porque con ello lastimaríamos su modestia y quizá provocaríamos su irritación. Pero en la conciencia de todos cuantos le conocen está, que nuestra aseveración no es falsa, ni llevada por un exceso de la admiración que le profesamos como buenos costarricenses. Algún día podrá hacerse una comparación definitiva y veraz entre ellos y se nos dará la razón.

Otra de sus grandes admiraciones es el pueblo americano; para hablar con mayor propiedad, los Estados Unidos de Norte América. Para él, ése es el país que más puede enseñarnos. Su democracia, su respeto al individuo como ente humano y a la propiedad, su laboriosidad, su preparación para la lucha por la vida y su sentido práctico, su manera de vivir, sencilla y ordenada, llena de confort al alcance de todos, su libertad e independencia, su organi-

zación estatal y económica, su educación pública, y en fin, su civilización, son digno espejo de lo que deberían aspirar a ser todos los países de América y del Mundo. Los Estados Unidos constituyen el summum de lo que puede desearse en materia de civilización, ya sea en lo material como en lo espiritual e ideológico.

Y de esto ya tiene pruebas suficientes el mundo, y las seguirá dando ese gran país en el futuro. Todo lo que se diga en contra, es por vanidad o por envidia. Por qué se bate hoy la humanidad, un día por aquí, otro día por allá? No es acaso por llegar a disfrutar de la grandeza y la perfección que caracterizan ahora a la civilización americana? Lo cual no impide que José Figueres les vea también sus defectos, y lo que es más, se los declare francamente en cuantas ocasiones tuvo de hablar ante ellos en las Universidades Americanas, que andando el tiempo fué invitado a visitar. Defectos que, sobre todo, notaba en sus relaciones con los países latino-americanos, tanto comerciales como culturales, y que expuso en su mensaje de La Habana, en la Conferencia Interamericana Pro-Democracia y Libertad que se celebró en esa ciudad el 12 de Mayo de 1950, y que tuvo resonancia continental por lo nuevo y atrevido de su doctrina.

Otro aspecto interesante de la personalidad de Figueres, es su estilo literario, ya sea en escritos, discursos o ensayos. Se puede decir que su principal característica es la claridad en la exposición de las ideas, y la sobriedad en las palabras. Cada frase, cada párrafo, responde a una idea definida y concreta, y no puede quitarse de ellas ni una sola palabra, sin alterar su sentido. Va derecho a lo que quiere decir, sin rodeos ni amaneramientos, de manera que al lector o al que le escucha, le llega la noción definida de lo que está exponiendo, sin gran esfuerzo de su mente. Pero, en todo caso, su ex-

presión no es seca y árida, sino que es agradable, y muchas veces hermosa, poética e inspirada.

Se vale a menudo, para dar colorido a su tesis, y hacerla llegar hasta lo profundo de las mentes campesinas y a la gran masa del pueblo, de imágenes gráficas y comparaciones pintorescas que tiene a flor de labio y resultan perfectamente naturales y adecuadas en él, porque las aprendió mientras vivió en el campo, rodeado de sus trabajadores.

Figueres tiene el privilegio de poder hablar a cada clase social, a cada grupo humano, en el lenguaje que ésta comprende mejor, y de los temas que le interesan. Porque su vasta preparación y su inclinación al estudio le han permitido enterarse a fondo, dentro de sus posibilidades de tiempo y circunstancias, de todos los problemas que afectan a la comunidad y de la solución indicada para ellos. Así le vemos dirigirse, con igual propiedad y soltura, a los cafetaleros, a los industriales, a los agentes viajeros, a los ganaderos, a los agricultores en general, y a los comerciantes, como a los banqueros y economistas, a los alumnos de la Universidad, a los abogados, a los músicos de la Orquesta Sinfónica, a los pedagogos y hasta los artistas del ballet, porque todo le interesa igualmente y todo lo estudia con cuidado, con un afán de aprender nunca satisfecho. Cuando aborda temas que no son de su resorte diario, de su ramo como si dijéramos, —como sí lo son la industria, la agricultura, y la economía—, se prepara de antemano, y habla con la modestia de un estudiante, de alguien que no está para dar consejos pero a quien le gustaría ayudar a esclarecer las dudas y a solventar los problemas que se propongan, por un espíritu de bien público y de cooperación. Creemos que nadie que lo haya oído en esas diversas ocasiones de discusión sobre algún tema, haya podido

decir que se ha expresado como un pedante o como quien cree saber más que los demás. Al contrario, según hemos podido constatarlo, los interesados han encontrado siempre sus observaciones muy sabias y atinadas, y hasta visto con sorpresa que sobre ciertas materias tuviera conocimientos insospechados.

Sus discursos, según se habrá visto por los que intercalamos en este libro, obedecen todos a un plan bien pensado, a un esquema delineado con todo cuidado, en los que los asuntos se van tratando por secciones separadas, a las que se va dando remate cumplidamente, para evitar la confusión.

El lenguaje de todos es sencillo y sobrio según lo vaya indicando el asunto tratado, pero a menudo la forma de su expresión se va adornando de imágenes bellas, llenas de inspiración y de poesía, que culminan a veces en lo sublime. Cuando la indignación lo anima, su frase es tajante y demoledora; cuando combate la incomprensión o la envidia de sus contrarios, terriblemente irónica y despectiva, pero sin llegar jamás a la ofensa vulgar. Si se trata de describir la miseria de los pobres, la orfandad de los niños, el perenne panorama de los que carecen de todo, al lado de los que todo lo tienen, su frase es tierna y conmovedora. Sus saluciones de Navidad y Año Nuevo al pueblo, son todas un llamamiento de cordura y reflexión y están impregnadas de un halo de religiosidad y profunda espiritualidad, que los hace verdaderos mensajes de amor y paz entre los hombres e infunden una sana confianza en el porvenir y en los designios de un Ser Superior que rige los destinos de todos...

Todavía se recuerda con emoción aquél mensaje de la Nochebuena de 1948, cuando el país se agitaba entre risas y lágrimas, haciendo frente a la invasión armada de Calderón Guardia desde Nicaragua, que comenzaba:

"Costarricenses:

Vamos a pasar la Navidad en medio de una dolorosa emergencia"... y proseguía: "Dado el duelo nacional y tomando en cuenta el peligro en que se encuentran muchos costarricenses, no caben las celebraciones normales de otros años... No deben las familias de los sobrevivientes aumentar con su alegría la tristeza de las familias cuyos miembros han caído. El duelo de unos cuantos debe ser hoy más que nunca, el duelo de todos... Recomendando especialmente la austeridad con motivo de la Pascua de Navidad mañana en la noche. Reúnase cada familia en su casa, en forma serena y en actitud de seria meditación. Asistan los diferentes miembros de cada hogar, a la cena familiar, manteniendo y venerando el recuerdo de los miles de compatriotas que todavía corren peligro en el frente, elevando oraciones por aquellos a quienes las balas enemigas impiden para siempre el regreso a sus hogares. Necesito mencionar en esta ocasión, con cierto desagrado, la gran tolerancia con que tradicionalmente se ve en Costa Rica el uso del alcohol en la fiesta de Noche Buena. Impropia es siempre esa costumbre, y en esta ocasión, semejantes excesos, del todo imperdonables. Ojalá que pase la celebración sin que veamos un solo ebrio por las calles, sin que oigamos un solo grito destemplado, que desentone y maltrate el sentimiento nacional"... y terminaba:

"En nombre de la Junta de Gobierno deseo a todos los costarricenses, una Navidad de profundo contenido espiritual".

Y aquella otra salutación de Año Nuevo del 31 de Diciembre de 1953, que pronunció siendo ya Presidente Constitucional de la República, en la que dijo:

“Al iniciar el año de 1954, dirijo un saludo a mis compatriotas y elevo una plegaria por el bienestar de todos... Al celebrar esta noche el Año Nuevo, demos gracias a Dios por la paz de que disfrutamos, y ofrezcamos hacer un esfuerzo general durante 1954, por producir más riqueza para todos, mediante mejores métodos y mayor justicia; por educarnos mejor, mediante una actitud más responsable ante la vida; por cultivar la moral, mediante un reconocimiento de los valores supremos del espíritu... A todos los costarricenses, sin distinguos políticos pasados, deseo el mayor bienestar posible durante el año nuevo que empieza”.

Pero, dejemos ya estas pinceladas íntimas del biografiado, que quizá se han alargado mucho, para volver sobre sus actuaciones públicas...

XX

Conforme lo había prometido Figueres, en su declaración al pueblo de Costa Rica en el acto de asumir sus poderes la Junta Fundadora de la Segunda República, el 8 de Diciembre de 1948 tuvo lugar la elección en el país de los miembros que irían a integrar la Asamblea Nacional Constituyente, que se instaló el 16 de Enero de 1949.

Trascendentales en grado sumo eran para el Gobierno estas elecciones, pues en ellas se escogerían los hombres que irían a examinar el proyecto de la nueva Constitución, que tras largos meses de continuo trabajo, había elaborado la Comisión de Juristas y técnicos nombrada al efecto, dentro del grupo de individuos afines a las ideas de la Revolución.

Llenaba dicho proyecto de Constitución, por lo avanzado de sus conceptos en todas las materias, —sin caer en extremismos inaplacables en nuestro medio, ni en modernismos inadmisibles— todas las aspiraciones del grupo de jóvenes gobernantes revolucionarios que tenían ideas nuevas y anhelos de poner a marchar a Costa Rica al ritmo de la época presente.

Pero a pesar del interés tan razonable y tan justo que ellos tenían de ver consagrada por la Asamblea, aquella su obra magna y tan adicta a su corazón, ocurrió un hecho insólito en nuestra historia política sólo explicable por la firmeza de los principios democráticos de Figueres y de sus colaboradores y su respeto incommovible a la libertad del sufragio: que por guardar el Gobierno

la más estricta imparcialidad en ese evento, como era su deber, y dar muestras de lo que la Segunda República conceptuaba unas elecciones verdaderamente limpias, como nunca se habían celebrado en el país, se abstuvo de intervenir en lo más mínimo en ellas, ni siquiera en aquello que una lícita prudencia aconsejaba, y fué elegida para concurrir a la Asamblea Legislativa una mayoría entre la que se deslizaron elementos de ideas anticuadas y retrógradas, y hasta partidarios, algunos, del antiguo régimen, que, ya electos, en todo momento dieron muestras de una franca hostilidad a la Junta y no supieron, según se vió más tarde, apreciar el valor inmenso del proyecto que se sometía a su examen, y ya fuera por pequeñez mental o por mezquindad partidarista, lo combatieron duramente, hasta lograr que la Asamblea lo desechara como base de discusión.

Así pagaba la ingratitud humana y la incompreensión, el esfuerzo de los héroes!

El discurso de apertura de la Asamblea Constituyente, pronunciado por Figueres el 16 de Enero de 1949, fué una pieza oratoria, de inmenso valor histórico y político, que reproducimos como sigue:

Señores Constituyentes:

Hemos tenido que recorrer un largo camino para llegar hasta este recinto. Venimos a inclinarnos reverentes ante la augusta imagen de la patria y a rendir nuestro respeto a los nobles representantes del pueblo de Costa Rica que integran hoy la Asamblea Nacional Constituyente. Tras esa larga jornada de todo un pueblo, llegamos a este momento solemne con el espíritu purificado por los sufrimientos del pasado y con el corazón cargado de esperanzas para lo porvenir.

Nos encontramos aquí reunidos con el objeto de definir nuestra situación política y de dar al país una nueva Constitución.

Los últimos ocho años constituyen un período anormal de nuestra historia. Aunque los hechos ocurridos en dicho período son ampliamente conocidos de los costarricenses de hoy, debemos hacer una breve reseña de esos acontecimientos para legarla a la posteridad en este mensaje que ahora tenemos el honor de dirigirlos.

Un régimen legalmente establecido en 1940 rompió la tradición gubernativa nacional, distinguiéndose desde el principio por su irrespeto a la hacienda pública, que fué convertida en negocio particular de las familias gobernantes. En 1942 el sentimiento público de desaprobación era tan fuerte, que el régimen se vió en la necesidad de entrar en alianzas políticas con el partido comunista internacional, entonces bien asentado en Costa Rica, para mantenerse en el gobierno. Inmediatamente se hizo clara a los costarricenses la intención que tenía la nueva coalición de fuerzas políticas imperantes, de irrespetar también el derecho del sufragio popular y perpetuarse en el poder. A ese efecto se trató de obtener de un congreso disciplinado y sumiso una reforma a nuestra legislación electoral que abriese los caminos del fraude. Esto trajo como resultado el primer gesto de protesta colectiva enérgica, señalándose así la primera de las fechas gloriosas de la presente Campaña de Liberación: el 15 de Mayo de 1943. Tocaba a su fin el mandato legal de la administración y vino la campaña electoral llena de violencia y amargura. El ilustre ex-Presidente don León Cortés Castro fué candidato de la oposición, contando con las simpatías de todo el pueblo. Fué favorecido por una enorme mayoría de sufragantes en la trágica fecha del 13 de Febrero de 1944. Sin embargo el régimen de-

claró electo a su propio candidato y lo instaló como Presidente marioneta para el cuatrenio 1944-1948. Hoy que el derecho electoral está restablecido en Costa Rica, y que por primera vez en muchos años se reúne en este recinto una Asamblea verdaderamente representativa, sería un hermoso desagravio póstumo al prócer desaparecido, y una justa satisfacción al sentimiento nacional, si este Cuerpo Constituyente se dignara declarar de modo oficial, durante el curso de sus deliberaciones, que el 13 de Febrero de 1944 León Cortés Castro fué electo Presidente Constitucional de Costa Rica.

* * *

El segundo período de cuatro años del régimen ahora depuesto transcurrió en un ambiente de ilimitada agitación política y de constante protesta nacional. El 10 de Febrero de 1946 se realizaron unas nuevas elecciones deshonestas, que permitieron al régimen seguir contando con un congreso sumiso y servil. En señal de protesta los diputados de la oposición se abstuvieron de asistir a las sesiones durante largo tiempo.

En 1947 vino la campaña electoral presidencial en la que fué jefe y candidato de la oposición don Otilio Ulate Blanco. El pueblo escéptico ya por las burlas anteriores concurrió, sin embargo, virilmente a esta lucha política, deseoso de agotar los recursos civiles para la restauración de sus libertades perdidas. Libróse la campaña en un clima de verdadera tormenta. Los hampones que el gobierno llamaba autoridades y las fuerzas de choque comunistas cometieron toda clase de atropellos imaginables, en un afán de amedrentar al pueblo e impedirle expresar su voluntad.

A raíz de uno de los tantos atentados, que se perpetraron contra la ciudadanía en Cartago, se produjo la

Huelga Nacional de Brazos Caídos que paralizó al país durante las últimas semanas de Julio de 1947. El 2 de Agosto millares de damas costarricenses fueros ultrajadas frente a la Casa Presidencial, marcándose con esto otra de las fechas negras de nuestra historia. Terminó la huelga con la celebración de un pacto en que el Poder Ejecutivo, el candidato oficial, los militares y los diputados se comprometieron a respetar el fallo que sobre el resultado de las elecciones próximas vertiera el Tribunal Nacional Electoral. La oposición aceptó esa promesa, que no era sino la de cumplir con el deber, en aras de la paz que se veía crecientemente amenazada por el desarrollo de los acontecimientos.

Celebráronse las elecciones, y la fuerza numérica de la oposición se impuso a pesar de todos los fraudes y de todas las violencias. El señor Ulate obtuvo una mayoría de diez mil votos que era apenas una fracción de la que realmente existía a su favor en el electorado, pero que constituía un amplio margen de victoria, como fué oportunamente reconocido por la mayoría honorable del Tribunal Electoral.

Vino entonces otro gigantesco atropello al derecho del sufragio el 1º de Marzo de 1948, cuando veintisiete diputados indignos de su investidura arrebataron al señor Ulate Blanco la legítima credencial que le había sido concedida en las elecciones del 8 de Febrero. El mismo 1º de Marzo fué ametrallada la residencia del Dr. Carlos Luis Valverde, insigne ciudadano que cayó bajo las balas de aquel régimen de satrapía, y se convirtió en el primer mártir de la Guerra de Liberación Nacional.

Estos acontecimientos fueron la chispa que encendió la guerra. Dos grandes verdades deben quedar claras ante la historia en relación con esta acción bélica. La primera

24
es, que los costarricenses agotaron todos los medios pacíficos antes de recurrir a las armas en defensa de sus derechos. La segunda, menos conocida quizá, es que la guerra tuvo una larga gestación, de casi seis años, durante la cual se prepararon simultáneamente los elementos bélicos y los planes constructivos que debían servir para edificar una nueva Costa Rica en caso de que llegara la hora de una hecatombe nacional. Desde el día que fué exilado del país el que hoy tiene el honor de hablarlos, el 8 de Julio de 1942, muchos ciudadanos comprendieron que la era de las libertades públicas había concluído en Costa Rica, y que probablemente no se conquistarían de nuevo sin recurrir a los más grandes sacrificios. Muy dura fué la transformación de gentes que siempre habían sido pacíficas, en guerreros potenciales.

Así fué como se registraron brotes revolucionarios, a veces prematuros, pero siempre valientes y patrióticos, tales como el golpe que un grupo de caballeros y jóvenes arrojados intentaron desde la estación radioemisora Alma Tica.

Mientras se desarrollaban las gloriosas campañas cívicas durante meses y años, un conjunto de hombres, a quienes ofrecían valioso aporte las decididas mujeres, creímos necesario ir preparando los medios para hacer efectiva, si las circunstancias lo demandaban, una promesa que se venía dando insistentemente a los costarricenses de respaldar sus votos hasta con la acción armada. Esas circunstancias se presentaron inevitablemente. Tuvimos que convocar al pueblo de Costa Rica a una dolorosa guerra civil que hoy se llama con justicia la Guerra de Liberación Nacional.

Con el triunfo del Ejército Libertador, que era el triunfo de todo un pueblo en lucha contra la tiranía, se

acabó de romper por completo el orden constitucional que sólo en apariencia venía manteniendo el régimen derrocado. Se produjo entonces un vacío jurídico ya que el ordenamiento fundamental, del cual dimanaba la fuerza de todas las instituciones legales, había perdido su vigencia normal. Quedaba el hecho escueto de la soberanía popular sin instituciones jurídico-positivas a través de las cuales se pudiera ejercer esa soberanía en forma de gobierno de la nación.

Este fenómeno, por supuesto, no constituía una novedad en la historia política del mundo. En la vida de casi todas las naciones no han faltado golpes de estado o revoluciones que hayan roto la continuidad del orden constitucional y que hayan planteado ante los pueblos respectivos la necesidad de resolver, en forma inmediata, el problema de la ausencia de instituciones jurídicas para el ejercicio de la autoridad. En todas esas circunstancias la solución ha sido la misma: un grupo de hombres asume de hecho la representación popular, y con tal carácter establece un gobierno provisional.

No podíamos proceder en otra forma nosotros, los que habíamos asumido la grave responsabilidad de levantarnos en armas contra un orden de cosas inaceptable para el pueblo de Costa Rica, si queríamos llevar hasta sus últimas consecuencias la liquidación de un régimen corrompido en todas sus arterias, antes de que surgiera el nuevo orden jurídico e institucional que debería sucederlo.

Afortunadamente para la república, al triunfar la revolución había un ciudadano a quien la mayoría del pueblo había entregado un título indiscutible a asumir en su oportunidad la primera magistratura de la nación. En don Otilio Ulate Blanco tenía el pueblo de Costa Rica

su *Presidente Electo*. Gracias a esa condición, el señor Ulate Blanco podía ser considerado, a pesar de las extraordinarias circunstancias que mediaron entre su elección y el triunfo de la guerra civil, como el depositario de la voluntad popular. Creímos correcto contar con su aquiescencia para la solución que se debía dar a la situación nacional planteada. Esa aquiescencia nos fué otorgada con un alto espíritu patriótico, y con una profunda comprensión del momento histórico que vivía Costa Rica. Firmamos entonces el pacto Ulate-Figueroes, que se ha venido cumpliendo fielmente, y que ha sido la guía de los sucesos políticos acaecidos desde entonces. Así fué como el 8 de Mayo último un grupo de ciudadanos, que en una u otra forma habíamos estado en la lucha por la libertad de Costa Rica, nos constituímos en gobierno provisional bajo el nombre de Junta Fundadora de la Segunda República. Fuimos honrados en aquel acto con la presencia de las Honorables Representaciones Diplomáticas acreditadas en nuestro país, y recibimos la aprobación que en diversas formas nos manifestaba la ciudadanía.

La Junta Fundadora de la Segunda República se encontró ante dos tareas esenciales a realizar. Primera, afianzar el triunfo militar, devolviendo la seguridad a todos los habitantes del país y haciendo sanción contra los delincuentes que bajo el régimen derrocado habían cometido toda clase de crímenes. Segunda, preparar el advenimiento de un nuevo orden que garantizara la vida institucional y las libertades cívicas, y promoviera a la vez el bienestar del mayor número. Todos nuestros esfuerzos se han dirigido a la realización de esas tareas fundamentales.

Para el cumplimiento de la primera de estas faenas fué preciso proceder varias veces a detenciones de personas que por sus conocidos nexos con el régimen derro-

cado, siempre en actitud de contrarrevolución, podían ser un peligro para el afianzamiento de nuestro triunfo. Todavía en estas últimas semanas hemos tenido que venir de nuevo a la lucha armada. Unos cuantos dirigentes sin alma, del régimen derrocado, invadieron nuestro territorio por la frontera norte, y tuvimos que aprestarnos a rechazarlos. Todo el país se puso en pie de guerra. Sufrimos diecisiete muertes muy valiosas, y sobre ese nuevo sacrificio quedó reafirmado el movimiento regenerador nacional.

La sanción de los que se habían hecho en alguna forma culpables de atropello de los bienes del Estado o de la dignidad ciudadana, nos exigió, como consecuencia necesaria de un periodo revolucionario, establecer tribunales especiales, integrados por hombres de absoluta probidad y sereno juicio, en cuyas manos puso la revolución esa parte de su programa tan importante como su aspecto militar. No llevar a ese plano la revolución hubiera sido dejar incompleta la tarea que el pueblo y la historia nos había encomendado.

Hondamente preocupados por el restablecimiento de la legalidad, creímos necesario mantener provisionalmente el régimen de garantías individuales, sociales y nacionales que otorgaba la Constitución antigua, así como la vigencia de casi la totalidad del orden jurídico hasta entonces en vigor. También procedimos a darle al país un Poder Judicial, absolutamente independiente, e integrado por magistrados de intachable probidad.

Interpretando una aspiración jurídica y social costarricense, decidimos sustituir la Constitución que con muchas reformas nos venía rigiendo desde 1871 por una nueva, en la que se pudieran conjugar los principios esenciales de nuestra vida política con las modernas corrientes

de pensamiento que han venido convirtiéndose en postulados fundamentales de las naciones. Dotar al país de una Carta Política que recogiera preocupaciones que se ha dado en llamar revolucionarias y que no son sino las propias del progreso humano, llevadas a la organización social de los pueblos, tenía que ser la verdadera obra de fundar una Segunda República. Las aspiraciones comunes al pueblo de Costa Rica de libertad individual, de justicia social y bienestar económico para todos, tenían que cristalizarse en esa plataforma de la vida jurídica nacional.

A una comisión técnica integrada por hombres de reconocida moralidad y capacidad jurídica y social, confió la Junta de Gobierno la delicada tarea de preparar el proyecto de Constitución de la Segunda República. Tuviron los integrantes de esa comisión la preocupación de consultar cuanto organismo o persona juzgaron capacitados para emitir opinión en tan difícil materia.

Oportunamente procedimos a convocar al país a elecciones para la Asamblea Constituyente que hoy tenemos la satisfacción de inaugurar solemnemente. Si de alguna cosa podemos enorgullecernos por nuestra gestión administrativa, es por las recientes elecciones verificadas el 8 de diciembre, que en forma clara vinieron a decir al país que no se había derramado en vano la sangre por reconquistar el derecho electoral. Esta pronta inauguración de la Constituyente Nacional es testimonio de la sinceridad con que hemos querido devolver a Costa Rica su vida institucional, que había dejado el régimen anterior en total bancarrota. Las condiciones propicias en que se ha producido hoy la ratificación del mandato de don Otilio Ulate, son una prueba de la buena fe con que pactamos, y de nuestro vehemente deseo de que vuelva al país a su republicanismo tradicional.

Muy afortunado fué que los hombres que durante varios años planeamos en secreto una posible acción bélica, pensáramos en todo momento en las graves responsabilidades con ella conexas. La guerra y la post-guerra eran inseparables en nuestras mentes. No se podía ensangrentar al país si no era para darle una vida nueva. Las victorias militares por sí solas valen poco. Lo que sobre ellas se construye es lo que importa. La guerra de Liberación Nacional no fué más (en los planes de largos años primero, y después en las ejecuciones) que un medio desagradable y primitivo de abrir el camino hacia la fundación de la Segunda República. Insistimos en que ni una cosa ni la otra, ni la guerra ni la paz, fueron improvisadas. Afirmamos también que ninguna de las dos fué concebida como un medio de satisfacer ambiciones o ansias de Poder. Un genuino espíritu de sacrificio prevaleció durante todo el planeamiento, y es muy satisfactorio sentir aún ahora, en el Poder, que los hombres de la revolución no están disfrutando de ninguna prebenda, y que siguen siendo víctimas de un espíritu de servicio público y humano que los lleva al abandono de su bienestar personal en aras del bien general. Dentro de ese espíritu, y a nuestro entender en cumplimiento de una aspiración nacional, es que estamos empeñados en fundar la Segunda República. Y a esta Asamblea venimos a pedir que proceda a dar las bases supremas jurídicas de esa nueva concepción nacional.

* * *

La concepción de la Segunda República es una cosa sencilla, al alcance de todas las mentes de buena voluntad. Cuatro orientaciones principales la distinguen: Primera.- Restablecimiento de la moral. Segunda.- Introducción de la técnica en la administración y eliminación de la politiquería. Tercera.- Progreso social sin comunismo. Cuarta.- Mayor conciencia de solidaridad con los otros pueblos del mundo, especialmente de América.

Describiremos por separado estas cuatro aspiraciones de la Segunda República, reconociendo claramente que algunas de ellas no son más que orientaciones, y una simple colocación de bases. Las realizaciones correspondientes necesitarán un largo período de trabajo de todo el país.

* * *

La primera de estas orientaciones, el restablecimiento de la moral, es la única en que se puede ser radical. Demasiado tiempo han sufrido las democracias el irrespeto de los bienes del estado por parte de los funcionarios públicos; el irrespeto al derecho electoral, cuyo ejercicio suele convertirse en una farsa, el irrespeto a la independencia judicial, que mina las bases mismas de la sociedad. No puede haber vida colectiva satisfactoria entre los hombres, si los principios porque esa vida debe regirse son irrespetados precisamente por quienes llevan la misión de darles validez y fuerza. En esta materia se debe ser ilimitadamente estricto. Ni una sonrisa de condescendencia, ni un centavo mal habido, ni un voto burlado, ni la sombra de una insinuación a un juez.

En todos esos aspectos tenemos conciencia de que la Junta Fundadora de la Segunda República se está conduciendo a la altura de las expectativas nacionales, y de su enorme responsabilidad histórica. En cambio tenemos el dolor de admitir que las circunstancias turbulentas en que gobernamos no han permitido mostrar siempre aquel alto grado deseable de respeto a la libertad individual, a la inviolabilidad de los hogares, al derecho de asociación de los ciudadanos, y a algunos otros derechos. Desgraciadamente la opinión pública, herida por los atropellos de los últimos ocho años, ha estimulado las flaquezas de algunas autoridades llevándolas a cometer abusos que la Junta de Gobierno reprueba. No nos queda más remedio, como gobernantes, que asumir nuestra parte de

responsabilidad por esos hechos. Pero consideramos justo que esa responsabilidad sea compartida por esa opinión pública, que es quien verdaderamente manda en Costa Rica.

Estamos haciendo lo posible porque esta época de anormalidad termine. Consideramos como una de las más pesadas cargas que la patria nos ha impuesto, la de gobernar en este ambiente de pasiones encendidas. Esperamos que renazcan pronto la paz completa y la cordura, y que el poder público de Costa Rica vuelva a ser uno de los más respetuosos y respetados de la tierra.

* * *

Es la segunda aspiración de nuestro programa la introducción de un criterio técnico en la administración pública, contrapuesto a las normas puramente políticas que a menudo nos han regido. Semejante transformación es lenta y difícil. Nosotros estamos haciendo lo posible por dejarla principiada. Hemos tenido la suerte de encontrar una generación joven, amante del estudio y dispuesta a asumir responsabilidades. Ingenieros, economistas, médicos, abogados, especialistas de muy diversas ramas de la técnica, han llenado gran número de puestos de la administración pública y los están desempeñando con un criterio nuevo. Cualesquiera que sean sus limitaciones, nadie puede negar su sinceridad y su entusiasmo. Se está preparando así en el terreno mismo de la experiencia vivida, una generación idónea para el gobierno del país, que será de valor inestimable para las administraciones venideras. Ojalá que ellos a su vez preparen a sus sucesores cuando llegue el momento, para que el país no tenga en el futuro que hacer improvisaciones en su vasto tren de funcionarios. No menospreciamos, por otra parte, el aporte de madurez que puedan darnos en esta hora los hombres que han llevado a cabo otras luchas anteriores a las nuestras, demostrando la amplitud de sus capacidades y la solidez de sus principios.

Obedece siempre nuestra actitud a un planeamiento general, modificado según las circunstancias. Dentro de ese planeamiento, creemos que es de la mayor importancia en nuestro tiempo el enriquecimiento del país, tanto para proporcionar mayor bienestar a sus moradores, como para sufragar el costo de una cultura colectiva superior. El país no puede enriquecerse de la noche a la mañana, ni solucionar rápidamente los problemas de un gran número de sus habitantes que viven en la estrechez. Sólo la producción trae la abundancia. Sólo el ahorro nacional acumula la riqueza. Un análisis de nuestra economía nos ha revelado que hay unas cuantas fuerzas principales que deben encauzarse con miras de bienestar común, para que venga en el futuro un verdadero aumento de producción y de riqueza. Así es necesario un sistema bancario nacional que lleve a todos los rincones del país su espíritu de servicio público, no solamente facilitando créditos reproductivos, sino también captando los depósitos y estimulando los ahorros. Es necesario un sistema eléctrico nacional que lleve también a todas partes el bienestar que pueden proporcionar nuestras corrientes hidráulicas, y que impulse con espíritu social la grande y la pequeña industrias nacionales. Es necesario disminuir la cantidad de artículos elaborados en el exterior que consumimos sin producir aquí lo equivalente en mercancías exportables para pagarlos. Es necesario una organización nueva de nuestra agricultura, que rara vez ha alcanzado en el pasado a llenar las necesidades nacionales. Es necesario mejorar para nosotros las condiciones económicas en que opera aquí la Compañía Bananera de Costa Rica, que constituye un importante renglón en nuestra economía. Es necesaria la exploración petrolera, rápida y concienzuda, del territorio nacional.

7 | Esas son algunas de las principales preocupaciones de nuestro planeamiento en el año de 1948, para la pro-

✓ ducción de riqueza. Ese es uno de los aspectos de lo que nosotros llamamos la orientación técnica de la administración.

Procúrase también dentro de esa orientación técnica que las obras, las instituciones, y todos los esfuerzos gubernativos, se encaminen a satisfacer necesidades de carácter general y no particular, sin miras políticas superficiales. La técnica es nuestra aspiración, y esperamos que sea la guía de las administraciones futuras.

* * *

La tercera orientación general de la Segunda República, en el orden en que hoy las estamos exponiendo, es la que busca un progreso social que sea el fruto de las filosofías cristiana y democrática, y no de las tendencias ideológicas comunistas y dictatoriales que nosotros consideramos retrógradas. En esto tal vez nos separamos, por razón de la época en que vivimos, de los sentimientos conservadores y patriarcales que animaron a la Primera República. La república de nuestros padres representaba un adelanto sobre las estructuras más típicamente feudales de otros países. Su pensamiento económico, dentro de los resabios del pasado, podría decirse que era el liberalismo manchesteriano. Estímulo al instinto de lucro individual, que es el equivalente del instinto del individuo en la selva, y abandono de la economía a las fuerzas naturales, como se abandonan las corrientes de los ríos mientras no hay ingeniería, son las características del sistema liberal. Cuando intervienen en algo los sentimientos humanitarios, el sistema toma cierto aspecto patriarcal. En ese estado de cosas, el comunismo hace fácil presa de los menesterosos, de los descontentos, de los intelectuales, y constituye un excelente aliado para los políticos oportunistas. Eso pasó en Costa Rica. Contra esa alianza tuvimos que luchar. Para que no se repitan los efectos de-

bemos procurar que desaparezcan las causas, por larga y penosa que nos parezca la tarea transformadora.

La economía moderna considera que el trabajo de las naciones puede ya producir suficiente bienestar para todos sus habitantes, si la producción se planea con miras generales. Esa tendencia científica hacia la disminución de la miseria y hacia el aumento del bienestar de todos, coincide con el espíritu cristiano de amor al prójimo que la humanidad ha aceptado como la mejor norma de conducta moral, y coincide también con el espíritu democrático de estimular la dignidad, que se considera como la mejor norma de conducta cívica. Todos estos sentimientos son gratos al corazón de los costarricenses, y cuanto más los generalicemos y más los ahondemos, mejor estamos conduciendo a nuestro pueblo hacia el género de vida que todos amamos.

El mal de la pobreza existe. Es imprescindible que le busquemos remedio. Pero en vez de un comunismo que encienda la lucha fratricida, queremos un espíritu social que nos una a todos en la lucha por la producción para todos. En vez de una mal entendida limosna patriarcal que humilla al pobre, queremos una actitud científica que tienda a enriquecerlo, y un concepto superior de justicia que lo dignifique.

* * *

La cuarta de las aspiraciones nuestras que venimos enumerando, ha sido la de ensanchar los círculos de contacto de nuestro pequeño país con el resto de América y del mundo, y de disminuir el aislamiento en que hemos vivido en el pasado, cuando los medios de comunicación eran más imperfectos. Nuestra Guerra de Liberación Nacional despertó enorme interés en los países hermanos. Nuestro movimiento de transformación hacia ese tipo de

administración que llamamos la Segunda República, está siendo observado en todas partes por hombres y mujeres que aspiran a una solución más o menos semejante de sus propios problemas, en esta época de conmoción social. Los malos hijos de la república que tanto daño nos hicieron desde adentro, están intentando ahora hacernos todo el que puedan desde afuera, propalando embustes y desacreditando al país y a su gobierno. Algunas gentes juzgan superficialmente nuestro movimiento como una lucha vulgar por el Poder, en donde un dirigente político trata simplemente de quitar a otro para subir él, y en donde el ejercicio de las elevadas magistraturas es una satisfacción de vanidades, en vez de ser el apostolado martiano que nosotros predicamos. El nombre de Costa Rica se menciona casi a diario en todos los periódicos del continente. Hemos dejado de ser el rincón desconocido de la América Central que éramos hasta hace poco en los países grandes. En todas partes hay conciencia de que aquí se está llevando a cabo un movimiento importante, aunque ese movimiento se juzgue de las más diversas maneras según las informaciones de que se disponga o la propaganda a que se esté sujeto.

Se está creando la conciencia, en el interior y en el extranjero, de que un país pequeño puede contribuir eficazmente con ejemplos morales a la causa del mejoramiento estructural de las sociedades humanas. Nuestro gobierno se da cuenta del papel que la Providencia ha querido que desempeñemos en América, y procura en todas sus relaciones con otros países, y con los grandes organismos internacionales, comportarse a la altura de lo que de nosotros se espera.

Nos complace anunciar este propósito nuestro en presencia de los Honorables Representantes Diplomáticos acreditados en el país, que hoy honran esta Asamblea con

su presencia. Creemos cumplir con un deber de justicia al expresar una vez más y en esta oportunidad solemne, la gratitud que el pueblo de Costa Rica guarda para el Honorable Cuerpo Diplomático en general, y para aquellos de sus miembros muy ilustres que en medio de la azarosa lucha civil prestaron toda su asistencia a nuestra patria, a fin de apresurar la hora de la paz basada en la justicia.

* * *

Señores Constituyentes:

Hemos narrado suscitadamente la historia de los acontecimientos que condujeron a la fundación de la Segunda República. Hemos descrito las principales aspiraciones de esa nueva estructura nacional. Debemos ahora pedirlos que procedáis al desempeño de la sagrada misión que os ha sido encomendado con la altura que os caracteriza, y con vuestros corazones libres de las pequeñas pasiones políticas del momento.

Para el cumplimiento de esa tarea ponemos en vuestras manos un instrumento que ha costado mucho conquistar: la libertad. Esperamos que sabréis usarlo.

En nombre de los mártires de toda la campaña os rogamos, nobles Padres de la Patria, que en todo momento tengáis presente solamente el interés general de ese pueblo que tanto espera de todos nosotros. Dios y la patria os observan. Si en vuestros pechos quedare algún resabio de humana pequeñez, desechadlo al llegar a este recinto. Aquí sólo grandeza debe haber. La hora de inaugurar la Constituyente ha llegado. Los héroes caídos os dicen: "La puerta está abierta, pasad!"

XXI

Profunda fué la amargura que causó a Figueres y a sus compañeros de trabajo, el rechazo del proyecto de Constitución que ellos habían elaborado tan cuidadosamente, por medio de una Comisión de Técnicos, por parte de una Asamblea Constituyente formada en su mayoría por individuos que, aunque de la antigua Oposición, eran ahora francamente sus enemigos, y por lo tanto, enemigos de las nuevas ideas; y más grande fué su tristeza cuando, al examinar el panorama de la política ambiente, algunos meses después, se dieron cuenta de que todo había sido obra de una intriga política, de un complot partidarista que había surgido entre los mismos miembros de la Oposición, para combatirlos entre las sombras y combatir *"todo lo que oliera a Liberación Nacional"*, con ánimo tal vez, de volver a instaurar en Costa Rica aquellos días tormentosos de los ocho años anteriores, en los que la dignidad humana y la vida se atropellaban a cada rato, pero no se pagaba el impuesto del 10%...

Se acercaban las elecciones para Vice-Presidente de la República, Diputados a la Asamblea Legislativa y Municipales para el primer período constitucional de la Segunda República, que se iniciaría el próximo 8 de Noviembre de 1949, mediante la entrega del poder, de la Junta Fundadora, a don Otilio Ulate, y los fuegos de la propaganda política habían comenzado con gran intensidad.

La antigua Oposición, que había llevado conjunta, al poder, a don Otilio Ulate, se había disgregado nuevamente, para formar sus grupos originales, de Unión Na-

cional, Social Demócrata, y Demócrata Cortesista, y entre ellos se estaba confeccionando una papeleta única para los nombramientos, sin acordarse para nada de los hombres que habían ido a la Revolución, que habían restaurado el orden en el país y hecho posible la existencia constitucional de los puestos que ambicionaban. Se estaban integrando las candidaturas con exclusión absoluta de los Libertadores, con un afán evidente de destruir sus huellas, de anular sus planes, y esto entrañaba un enorme peligro para el futuro del país, para el progreso alcanzado a costa de tantas lágrimas y sacrificios, y Figueres no podía tolerarlo impasiblemente: era toda su obra la que estaba en juego, todo su programa el que se exponía a perecer, si sus enemigos de ahora lograban su propósito de aniquilar a los hombres de la Liberación Nacional, impidiéndoles llegar al próximo Congreso. Entonces, anunció al país en un discurso radial que pronunció el 28 de Julio de 1949, que los hombres de la revolución irían también a la lucha política para elegir Vice-Presidentes, Diputados y Municipales, y que lo harían bajo el nombre simbólico de *Compactación Nacional* que les había dado la victoria en otro tiempo.

Es verdaderamente interesante ese discurso y muy valioso desde todo punto que se le examine, para quien estudie la vida de José Figueres e historia de esos tiempos, y por eso lo insertamos a continuación.

Dice así:

“Conciudadanos:

Hace días que siento la conveniencia de informar al país sobre la obra de Gobierno realizada por la Junta Fundadora de la Segunda República. Comprendo que no se ha hecho la divulgación necesaria de nuestro trabajo,

y que la nueva orientación que ofrecemos dar al país se encuentra más adelantada de lo que mucha gente cree.

Sin embargo, la confusión política creada por los acontecimientos de los últimos días me induce a comentar más bien en la conversación de esta noche las causas de todos estos movimientos, dejando para una próxima ocasión el análisis de una labor administrativa que toca a su fin.

Se pregunta el país por qué ha sobrevenido una agitación electoral en estos días, súbitamente, relacionada con las próximas elecciones para vice-presidentes, diputados y municipales del primer período constitucional de la Segunda República. Yo quiero contestar esta noche a esa pregunta.

La explicación está en que los Miembros del Gobierno y un grupo de ciudadanos que observan de cerca la actividad política, nos hemos dado cuenta de que existe el peligro de que el país sea llevado a votar por una papeleta única, compuesta por ciudadanos caracterizados por un sentimiento de hostilidad hacia los hombres de la Revolución y hacia todo el planeamiento económico, agrícola y social que constituye el programa de la Segunda República.

Me propongo narrar los antecedentes que, a juicio nuestro, atestiguan la existencia de ese peligro. Pero antes quiero hacer hincapié en el hecho de que el nuevo régimen ha mostrado hasta ahora una cierta orientación que considero importante:

Un planeamiento de la producción nacional; un empuje vigoroso a la agricultura y a la industria, sin menospreciar la parte que debe jugar un comercio sano en

la economía del país; una tendencia a la administración técnica, y a la creación de organismos estables, especializados y apolíticos; un acercamiento a las normas del Servicio Civil y un distanciamiento de las malas prácticas políticas en la selección del personal gubernativo; una inclinación social que reconoce el gran valor nacional que representan nuestras clase media y nuestro obrerismo, y que procura mejorar las condiciones de vida de nuestra masa campesina; una política económica que puede resumirse así: Producción alta y distribución justa, dentro de un marco democrático y cristiano. Creemos así interpretar la suprema aspiración de nuestra época.

Es de esperar que una filosofía política así, de Gobierno para el pueblo, aunque beneficia y protege también a los más pudientes, no sea bien comprendida de momento, y despierte oposición. Nosotros no pretendemos que todo mundo tenga por bueno cuanto hacemos. Pero sí nos oponemos a que se vaya estrangulando nuestro movimiento con artes políticas desacreditadas ya en nuestro medio, que consisten en "maniobrar por debajo", como se dice corrientemente, no informar a los electores de la ideología y de los planes de los candidatos que se le presentan en papeletas confeccionadas sin ninguna preocupación elevada, y convertir la Administración Pública, solapadamente, en el festín de politiqueros que tantas veces ha sido en el pasado.

En cuanto a las cualidades que, a nuestro juicio, deben exigírsele al próximo Congreso, nosotros estamos perfectamente definidos. Yo he discutido esto personalmente con el señor Presidente Electo y creo que estamos en perfecto acuerdo: queremos un Congreso que no lleve predisposición hostil al señor Ulate, ni a nosotros, que guarde la dignidad que le corresponde, pero dentro de un espíritu de colaboración y no de antagonismo; que analice y mejore la obra de Gobierno de la Junta Fundadora

sin pasión; que vaya aplicando las enmiendas que la práctica aconseje a todos los organismos y a toda la nueva estructuración que se le está dando al país, sin ser movido por celos ni por mala voluntad hacia los hombres de la Revolución, ni por el propósito de afianzar los intereses económicos de unos cuantos incomprensivos.

Creo que nadie encontrará injustas ni exageradas nuestras pretensiones. Y en qué se funda el temor que tenemos de que el próximo Congreso, al paso que van las cosas, no reúna esas condiciones? Haré un poco de historia para aclararlo.

Al terminar la Guerra de Liberación Nacional, don Otilio Ulate y yo convinimos en un pacto político tendiente a restablecer la estructuración institucional del país devastado. El señor Ulate aceptó mi plan de formular una nueva Constitución, para lo cual debía llamarse a elecciones de Constituyentes, y fijó él la fecha que le pareció más conveniente para dichas elecciones. Vino la campaña electoral, y la Junta de Gobierno se abstuvo completamente de intervenir en ella, a pesar de que tenía toda una ideología política que defender. Esta actitud ha sido censurada por observadores que consideran que teníamos el deber de procurar, dentro del mayor respeto a la libertad electoral, la elección de Constituyentes que representaran nuestra tesis en el seno de la Asamblea, y lucharan por la nueva Constitución en que nosotros creemos. Nuestra explicación ha sido, que preferimos ante todo establecer un contraste rotundo con el régimen anterior, absteniéndonos de intervenir en la elección, aún corriendo el riesgo de que la Constitución no satisficiera del todo nuestras aspiraciones.

Acudieron a la lucha los partidos de la antigua Oposición llamados Unión Nacional y Social Demócrata, y

una agrupación más o menos representativa del antiguo régimen, llamado Partido Constitucional. La gran mayoría del país, que fue cortesista hasta la muerte del Caudillo, estaba ahora con el Unión Nacional cuyo Jefe es el Presidente Electo don Otilio Ulate. Todos estos detalles los dejo aquí consignados por si estas páginas merecen ser leídas por alguien en el futuro, a sabiendas de que son demasiado bien conocidos para el público de hoy.

Pues bien, en cierto sector directivo del partido Unión Nacional empezó a surgir durante la campaña electoral un sentimiento de hostilidad hacia la Junta de Gobierno, o hacia su ideología política-económica, que se empeñó en darle un carácter político a la futura Asamblea Constituyente; y en llevar a ella, mediante el mecanismo electoral de las convenciones a dos clases distintas de ciudadanos enemigos de nuestro movimiento renovador: unos por ideología conservadora sincera, y otros por simples razones políticas del momento. Debo reconocer con satisfacción que hubo también de parte del Unión Nacional algunas escogencias muy acertadas, que han dado brillo a la Asamblea Constituyente, haciéndose eco de las mejores aspiraciones de nuestra época.

Sin embargo se han sucedido los siguientes hechos lamentables, como resultado de la actitud asumida por algunos dirigentes del Unión Nacional que deslucen el alto prestigio de que todos queremos ver rodeada a la Honorable Asamblea, y que son antecedentes de la situación de peligro que vengo señalando. Los expondré con el mayor respeto para la Constituyente, y forzado por la necesidad de explicar al país lo que está sucediendo:

Primero: en el acto de inauguración de la Asamblea Nacional Constituyente, primer acontecimiento cívico de trascendencia en muchos años en un ambiente de libertad, primera celebración solemne del triunfo de las fuerzas

de Oposición (—cortesismo, ulatismo y revolución—) era muy de esperar que se nos considerara por igual a todos los que en alguna forma habíamos luchado durante tantos años contra la opresión. Si había diferencias ideológicas, no era ese el momento de dirimirlas. Por eso yo pedí a la Asamblea, en mi mensaje inaugural, que se diera igual trato al extinto don León Cortés, al señor Presidente Electo y a nosotros. Que se declarara el triunfo constitucional de León Cortés el 13 de febrero de 1944, como un homenaje a su memoria; que se ratificara la legítima elección de don Otilio Ulate y que se aprobaran los poderes asumidos por la Junta Fundadora de la Segunda República. Y entonces sucedió que esas fuerzas políticas que vengo señalando, creyendo hacerle un servicio a don Otilio Ulate (que no se lo hacen con ninguna actitud semejante), influyeron para que no se tomara en cuenta en aquella ceremonia ni a don León Cortés ni a nosotros. Luego hubo que negociar laboriosamente durante largas semanas, con la valiosa ayuda de otros dirigentes del Unión Nacional, para que a la Junta se le concediera lo que merecía, con muchos regateos, por parte de una Asamblea que debía en algún grado su existencia a las luchas de los hombres del gobierno provisorio. En cuanto a don León Cortés, ni siquiera pudimos obtener que se le declarara Benemérito de la Patria, porque a ello se oponían algunos Constituyentes que habían sido elegidos por el mecanismo electoral cuyo peligro vengo señalando, en asocio de los del partido Constitucional. En vista de esa actitud, la Junta de Gobierno le otorgó luego el benemeritazgo a don León Cortés, por unanimidad.

Segundo: el proyecto de Constitución nueva para la República fué elaborado a solicitud de la Junta por un grupo de jurisconsultos e intelectuales a quienes no se podía acusar de ningún extremismo ideológico. Fué conocido en toda América y en otros países y estoy seguro,

por los comentarios recibidos, de que puso en alto el nombre de Costa Rica. Es la obra cumbre de nuestro movimiento libertador, y la exposición de todo un programa de ordenamiento nacional moderno. Sin embargo la Asamblea Constituyente lo rechazó como base de discusión para la nueva Carta Magna, adoptando en cambio la antigua Constitución del año 1871, como si el mundo no hubiera evolucionado desde entonces. Yo comprendo que algunos Constituyentes votaron simplemente por un conservatismo extremado aunque respetable, pero nadie me hará creer que no medió en otros la pasión política de hostilidad injusta hacia la Junta Fundadora, y hacia todo su movimiento de juventud y de filosofía progresista definida. Tan grande fué la desilusión que sufrimos los Miembros de la Junta ante esa manifestación deliberada (por parte de algunos) de que valieran menos las ideas nobles que las pasiones políticas movidas por intereses económicos, que resolvimos entonces abandonar el Poder y hacer entrega al señor Presidente Electo inmediatamente. Luego el señor Ulate nos hizo ver la conveniencia de que nos quedáramos seis meses más, hasta el ocho de noviembre, entre otras cosas para dar tiempo a que se acabara de elaborar la Constitución, ofreciéndonos sus buenos oficios como mediador para evitar en lo posible que siguiera ese antagonismo entre algunos miembros del partido Unión Nacional y nosotros.

Tercero: Señalo dos incidentes sin trascendencia, que pueden sin embargo ser considerados como síntomas de una actitud hostil y dura. Un dirigente del Partido Unión Nacional dijo en la Asamblea Constituyente que yo debía irme para mis fincas, y esperar allí hasta ser llamado, probablemente por él, cuando hubiera que volver a pelear. Ignoran algunos señores que cualquier semejanza que su fantasía les pueda sugerir entre Pancho Villa y yo, es producto exclusivo de su propia ingratitud, porque si fui

soldado improvisado cuando la Patria lo necesitó, las aficiones constantes de mi vida han sido la tierra y la cultura. Otro dirigente destacado me dijo, en mi propia casa una vez, que para que ellos (no sé a cuántos se refería) se sintieran tranquilos, yo debía, como Jefe del Estado, entregarles las armas. Yo tenía méritos para contestarle, sin necesidad de ser el aventurero que me cree, que si quería las armas viniera con sus amigos a conquistarlas. Sin embargo disimulé la ofensa, y luego me entendí con don Otilio Ulate para que asumiera el Ministerio de Seguridad Pública un buen amigo suyo y mío, don Aquiles Bonilla, quien viene desempeñando con gran tino su delicada misión.

Cuarto: Voy a relatar ahora los acontecimientos que condujeron a la reciente resolución en que estamos algunos Miembros de la Junta de Gobierno, de abandonar el poder para luchar electoralmente por posiciones que no ambicionamos.

Don Otilio Ulate y yo hemos estado preocupados durante las últimas semanas por los problemas que se van a presentar al principio de su período, y en especial por la orientación que tome el Congreso de los cuatro años. Es evidente que mucho depende de los hombres con que ese Congreso se integre. Don Otilio está a salvo de toda suspicacia que lo sindique como interesado en un Congreso dócil, pero no desea, con mucha razón y en vista de la gran obra de la reconstrucción nacional iniciada, que en la Cámara vengán a crearse problemas de pugnas innecesarias que entorpezcan su labor. Por nuestra parte, ya he descrito ampliamente la clase de Congreso de altura que los Miembros y simpatizantes del actual Gobierno deseamos como ciudadanos.

El señor Ulate ha expresado varias veces su preocupación ante el hecho inminente de que un reducido gru-

po de setenta hombres (el Cuerpo de electores del Partido Unión Nacional) decida la integración de casi todo el Cuerpo Legislativo de los próximos cuatro años y con ello prácticamente el Gabinete, los Vice-presidentes de la República y los Municipios. Entre ese Cuerpo de dirigentes, que en una convención casi a puerta cerrada, lo han de arreglar todo, para que el pueblo vote por sólo una papeleta, y que ya han recorrido muchos cantones integrando municipalidades y planeando en corrillos todo el futuro político del país, se encuentran muchos ciudadanos cuyo criterio es decididamente hostil a nuestro programa de producción y progreso, y hasta algunos que quisieran volver a Costa Rica a una estructura feudal, cerrando escuelas y suprimiendo toda clase de servicios de carácter técnico y social para no tener que pagar impuestos. La mejor prueba de la hostilidad que prevalece entre muchos de esos setenta electores del Unión Nacional, la tuvimos hace pocos días cuando el señor Ulate publicó en la prensa local una lista de candidatos que le fué sugerida por integrantes distinguidos de dos partidos de la antigua Oposición. Figuraban allí como posibles candidatos a la Vice-presidencia (que ahora es de elección popular) don Fernando Esquivel y don Mario Echandi. Por poco vanidoso que yo fuera, tenía que llamarme la atención el hecho de que se excluyera mi nombre como candidato a Vice-presidente, por cuanto se había hablado mucho de eso en el pasado, yo había declarado sin falsa modestia a periodistas del país y extranjeros que si las circunstancias lo indicaban aceptaría ese alto honor, y había recibido la valiosa muestra de confianza de que esa candidatura me fuera ofrecida repetidamente por don Otilio Ulate. Con toda naturalidad pregunté a qué se debía la exclusión de mi nombre, y supe con pena que era absolutamente imposible que la convención de los setenta, escogidos según plan general al parecer deliberado, lo aceptara.

Las personas que me conocen más de cerca saben que ese desaire rotundo que de antemano se garantiza, yo lo aceptaría para mí sin hacer incidente, si no fuera en sí un indicio claro y muy grave de la suerte que espera a toda candidatura, para cualquier posición, de quienes no formen parte del círculo político retrógrado que ha venido creando dificultades, y estrechando solapadamente a los hombres que creemos que Costa Rica no debe ser un "club social" sino una gran nación pequeña de gente trabajadora y próspera.

Pasaron por mi mente con claridad las distintas etapas de ese proceso silencioso de eliminación política de todo lo que huele a Guerra de Liberación Nacional, y a planeamiento económico en beneficio de todos. Comprendí la necesidad patriótica de luchar contra ese mecanismo electoral que ha hecho difícil nuestra labor y constituye una amenaza para la obra que debe realizar el Gobierno de don Otilio Ulate. Nosotros hemos logrado ya eliminar en la administración del país el robo y el fraude electoral. Al primer Gobierno Constitucional le corresponde eliminar definitivamente la politiquería. Si eso se consigue, el mejoramiento espiritual de Costa Rica durante los próximos lustros estará a la altura del magnífico desarrollo económico que le espera. Nuestro deber es ayudarle al señor Ulate en una labor común en vez de ir a una injustificada oposición como algunos inconscientes piensan.

Ahora bien, ciudadanos: para luchar contra esa amenaza política del futuro inmediato, que señalo con todo el sentido de responsabilidad y a sabiendas de lo que digo, es probable que haya varias fórmulas buenas. Por el momento estamos llamando a filas a todos los ciudadanos que se dignen analizar este mensaje, para que nos agrupemos bajo el nombre de Compactación Nacional que nos dió la victoria en otro tiempo y luchemos por papeletas

de Diputados y Munícipes que sean garantía para el Presidente Ulate, para nuestro movimiento renovador, y para la marcha armoniosa de la República.

A esa gran agrupación de fuerzas sanas de la anterior Oposición Nacional he ofrecido mi nombre como candidato a la primera Vice-Presidencia, no porque esto sea lo importante, sino con el fin de no pedirle a otros ciudadanos en las diversas posiciones, el esfuerzo que yo mismo no esté dispuesto a dar. Por su parte el preclaro ciudadano don Fernando Esquivel ha aceptado la candidatura a la Segunda Vice-Presidencia. El país le debe estar agradecido.

Repito que esta fórmula de solución a la crisis planteada no pretende ser la única posible. Se me ha propuesto otra que acepté sin reticencias que consiste en celebrar una magna convención nacional en San José, con representación de todos los cantones, para que elijan los candidatos a los elevados cargos que deben nominarse en la próxima jornada electoral.

En ese caso, sustituido así el círculo de setenta electores por una magna convención nacional, nada tendré yo que opinar en nada. Estoy seguro de que de allí saldrá lo que el país quiera y eso me basta.

Pero si esta fórmula no es aceptada por los diferentes grupos políticos, o si no surge otra de iguales o mejores méritos, seguiremos la lucha empezada bajo el nombre histórico de Compactación Nacional y llevaremos al primer Congreso Constitucional de la Segunda República el mayor número posible de Diputados que ostenten las virtudes cívicas que consideramos indispensables.

Cualquiera que sea el rumbo que tomen los asuntos nacionales, yo debo hacer al país las siguientes manifestaciones rotundas:

Primera: Yo procuraré escoger siempre el camino que más convenga al país, y no el más elegante ni el más beneficioso para lo que superficialmente pueda llamarse mis intereses políticos. Así lo hice ya en dos ocasiones anteriores: En Mayo de 1948, cuando formé parte de un Gobierno provisorio en vez de entregar el Poder inmediatamente al Presidente Electo; y en Junio de 1949, cuando acepté permanecer en el Gobierno seis meses más, a solicitud del propio señor Ulate, después de haber anunciado al país y al mundo la renuncia de la Junta. Así espero hacer ahora y en el futuro, mientras Dios ilumine mi entendimiento, lo más patriótico siempre, aunque no sea lo más elegante para mí.

Segunda: Al irme del Gobierno para luchar electoralmente, dejando amigos en el Poder, mi mayor preocupación será la libertad electoral. He rogado a los señores Ministros de Gobernación y de Seguridad Pública, don Fernando Valverde y don Aquiles Bonilla, sabiendo que con mi ruego los complazco, que tomen todas las precauciones, para que las Autoridades bajo su mando mantengan la honrosa línea de imparcialidad y corrección que las caracterizó en las elecciones de Constituyente. Estoy seguro de que esas Autoridades procederán así, tanto por convicción propia como por disciplina. Por este medio les pido una vez más a todos los funcionarios que, si algún cariño me tienen, me ayuden esta vez también a cimentar definitivamente el respeto electoral en Costa Rica.

Escrito todo lo anterior se ha presentado, súbitamente, un acontecimiento que cambia el aspecto de las cosas, colocándolas en peor situación. En el día de hoy la Honorable Asamblea Constituyente ha sido expuesta de nuevo a dar un paso que puede no estar a la altura que de ella se espera. En efecto, el Comité Ejecutivo del Partido Unión Nacional anunció esta mañana en el DIARIO DE COSTA

RICA que sometería hoy un proyecto de transitorio hábilmente redactado a la Constituyente, cuya verdadera finalidad es cerrarle el paso a los Miembros de la actual Junta de Gobierno para intervenir en el proceso electoral dentro de cuatro años. Esta es una cuestión delicada y penosa para mí, pero no me queda más remedio que comentarla en público francamente. Así como en el caso de mi Vice-presidencia durante el período del señor Ulate, que no tiene importancia para mí personalmente, sucede que también se ha hablado en el país, y esto con más insistencia, de una posible candidatura presidencial mía para 1954. Nadie sabe si yo estaré vivo en ese tiempo, porque hay muchos interesados en que no lo esté. Nadie sabe si estando vivo tendré la fortuna de seguir representando para mis conciudadanos un movimiento conveniente para el país. Todo eso necesita que el tiempo lo decida. Pero qué razón hay para que un grupo de políticos se preocupen desde ahora por impedir que algún costarricense pueda honrarme con su voto futuro si así lo desea, alegando que yo estoy incapacitado por haber presidido con dignidad una Junta de Gobierno provisorio, después de una gloriosa Guerra Civil? Repito que es penoso para mí hablarle al pueblo de estas cosas que tienen un aspecto de interés político personalista mío. Pero qué otra cosa puedo hacer ante esa conspiración solapada contra todo lo que a mí me ha tocado inmerecidamente representar ante el país? Sólo puedo preguntarle al pueblo de Costa Rica que diga definitivamente, por los medios que pueda, si es en representación suya que desean algunos dirigentes del Unión Nacional condenarme al ostracismo, para inclinarme reverente ante esa voluntad nacional, y tomar otra vez, mañana mismo si se quiere, el camino del exilio".

En este discurso, como se habrá visto, Figueres puso al descubierto de cuánto era capaz la ingratitud y la perfidia de los hombres que, sin ningún escrúpulo, trataban

de eliminarlo para siempre de la lucha política, pues no sólo le habían negado el puesto a la Vice-Presidencia en que modestamente pensaba, con todo derecho, sino que querían impedirle también, mediante un articulado de la nueva Constitución, aspirar a la Presidencia de la República en el período subsiguiente al del Sr. Ulate.

Esto era una infamia que el pueblo no podía tolerar. Porque ese pueblo que había ido a la lucha a la par de su jefe, y que había triunfado con él a costa de tan grandes sacrificios, no podía ver con buenos ojos que se le pagara su gesto, su inmensa labor, con el repudio y el olvido que una argolla de capitalistas anticuados y politiquillos de oficio, le estaban preparando. Y entonces llovieron a Figueres millares de cartas y telegramas de sus partidarios de todas partes de la república, instándolo a que se lanzara a la lucha abierta contra sus enemigos, sin ninguna vacilación, porque ellos lo secundarían con entusiasmo para hacer triunfar su candidatura a la Vice-Presidencia y las papeletas de diputados y municipales que confeccionara el Partido Compactación Nacional. Y la dejación del poder del Presidente de la Junta y algunos Ministros estaba ya decidida para fecha próxima, en que comenzaría el período de propaganda de las próximas elecciones, cuando, por mediación de don Otilio Ulate, según él lo anunció en su discurso del 3 de Agosto de 1949, se llegó a un acuerdo entre los Partidos de Oposición y Figueres, para la integración de las papeletas, que satisfizo a este último y a la Junta, conviniendo todos en desistir del abandono del poder planeado, y continuar en él hasta el próximo 8 de Noviembre de 1949.

—“Creo que ha llegado a su fin la crisis política que ha estado agitando al país— dijo Figueres en su discurso radial del 9 de Agosto de 1949, refiriéndose al de don Otilio, del 3 anterior—Se han propuesto por los diversos

partidos de la antigua Oposición, candidatos a diputados que no son, en su mayoría, amenaza para las nuevas instituciones... Así las cosas, asegurado un Congreso con buena proporción de elementos progresistas, aunque figuren en él algunos cuyo único mérito es no haber comprendido nuestra labor, y confirmada una vez más la buena intención del próximo Presidente, de gobernar conforme a las corrientes económicas y sociales de la época, yo siento que mi deber es reducir a un mínimo la perturbación política de la próxima campaña electoral, y limitarme a la actuación de observador y juez desde mi puesto de gobernante, y aceptar las postulaciones a Vice-Presidentes..."—

Las elecciones para Vice-Presidentes, Diputados y Municipales, tuvieron lugar el Domingo 2 de Octubre de 1949, y fueron como las de Constituyentes, una muestra más de lo que la Segunda República era capaz de dar a la ciudadanía, en materia de elecciones, bajo un régimen de respeto al sufragio y a la ley. Fueron puras y ordenadas, verdadero ejemplo de comicios honrados, como lo reconocieron jubilosos todos los ciudadanos, los jefes de los partidos contrincantes y los representantes de prensa y observadores del acontecimiento, que vinieron a presenciarlo de muchos países de América. Pero el más satisfecho y jubiloso de todos era Figueres: que hermoso espectáculo se había ofrecido a sus ojos en aquellas dos fechas de 8 de Diciembre de 1948 y 2 de Octubre de 1949! En verdad que no se había luchado en vano en Costa Rica, por conseguir las libertades cívicas y mejorar al país! Benditos muertos los de la Revolución y benditos hombres que así habían llevado a la realidad sus aspiraciones de hacer una Patria nueva, donde ya todo era ruina y desconcierto para la Nación, tras ocho años de desgobierno y tiranía! Quién se acordaba entonces del 13 de Febrero de 1944 y del 10 de Febrero de 1946, fechas ambas nefastas de nuestra historia política? Ya ellas pasarían al olvido para siem-

pre, porque los atentados que en ellas se cometieron, no volverían ya a ocurrir jamás en Costa Rica, bajo la Segunda República... Pero oigamos a Figueres expresar con sus propias palabras, su contento en aquél día de elecciones libérrimas, en las declaraciones que hizo al día siguiente, a un reportero de prensa:

“Generalmente a un gobierno provisorio le toca hacer una elección para el traspaso de sus poderes, iniciando el regreso a la constitucionalidad. Nuestra Junta de Gobierno ha tenido la fortuna de realizar dos torneos cívicos, contando con la doble oportunidad de contribuir al afianzamiento de la institución del sufragio en América.

Muy satisfechos nos sentimos de haber dado remate a esas dos campañas políticas sin una sola molestia y sin que se haya acusado la más mínima intención de fraude.

Creo muy difícil que en Costa Rica se vuelva a intentar jamás una burla al derecho electoral.

El castigo que impuso la Guerra de Liberación Nacional, y la lección edificante en lo moral y en lo político que han dado las últimas contiendas cívicas, dejan definitivamente restablecido en nuestro país el respeto al sufragio, a la dignidad ciudadana.

“Doy gracias a las autoridades de todo el país, que unánimemente cooperaron al buen éxito de la jornada del 2 de Octubre, y agradezco también vivamente a los ciudadanos de todos los partidos, la forma ordenada y pacífica en que se aprestaron a depositar su voto.

La Junta Fundadora no hizo más que cumplir con su deber”. ()*

(*) “Diario de Costa Rica”, de 4 de octubre de 1949.

XXII

El Gobierno de la Junta Fundadora de la Segunda República, tocaba a su fin.

Su Presidente quiso informar al pueblo, en varias conferencias radiales, de la labor realizada por ella durante los dieciocho meses de su mando, analizando en cada una, lo hecho por cada Ministerio. La primera conferencia tuvo lugar la noche del 31 de Agosto de 1949, y se refirió a esa labor en términos generales; las demás, hasta completar el número de nueve, fueron radiodifundidas en los meses de Setiembre, Octubre y Noviembre, siéndolo la última el día dos de Noviembre de 1949.

Todas las conferencias se consideraron de gran valor histórico y doctrinario, pero en vista de su gran extensión, sólo reproduciremos aquí la del 31 de Agosto que, como se dijo, comprende temas generales de orden histórico, político-económico y de Sociología costarricense, y es la más indicada para figurar aquí, de acuerdo con nuestros propósitos biográficos, por la gran cantidad de pensamientos y observaciones personales del Sr. Figueres que contiene, expuestos con la agudeza de análisis, claridad y amenidad que le son habituales.

Dice así la conferencia:

“Dentro de dos meses terminará el período de gobierno provisorio de la Junta Fundadora de la Segunda República. Mi deber es informar al pueblo sobre la obra realizada, y sobre nuestras esperanzas para el futuro del país. Me dirigiré por radio a todos los ciudadanos que

tengan a bien escucharme, en una serie de conversaciones que hoy comienzo. Analizaré las labores de los diferentes Ministerios, organismos autónomos y departamentos administrativos, procurando ilustrar al público sobre algunas realizaciones y sobre muchos esfuerzos que no son suficientemente conocidos.

En la primera radiación deseo hacer esta noche solamente consideraciones generales. Trataré de explicar una vez más la ideología del nuevo régimen, y el sentir de mis compañeros de Junta y mío ante los éxitos y ante las dificultades de dieciocho meses de gobierno doctrinario.

Comprendo que una exposición sobre temas abstractos como la que me propongo hacer hoy, resulta cansada para muchos oyentes. La mayoría tal vez tiene interés en saber pronto cuántos kilómetros de carretera se han reparado, o cuántas manzanas de arroz están por cortarse este verano. Pero necesito describir las líneas generales de pensamiento que han dirigido nuestra acción en el Gobierno, para que más tarde, al hablar concretamente sobre las obras realizadas, se comprenda la relación que tienen unas con otras, y la finalidad que todas persiguen en común.

Superficialmente juzgamos a veces los acontecimientos de nuestra historia reciente. Los tenemos tan cerca que nos impiden la vista del panorama general. Yo quisiera que hiciéramos un esfuerzo por trasladarnos mentalmente al futuro, digamos cincuenta años a partir de ahora, y mirar hacia atrás desde allí objetivamente, sin pasiones que nos hagan perder la proporción de los fenómenos. Inmediatamente notaríamos desde esa distancia dos cosas: la primera, que estos acontecimientos no han sucedido aisladamente en el tiempo, por obra de la casualidad, sino que son el resultado de largos procesos anteriores, y a la

vez serán la causa del curso que siga nuestra vida nacional en el futuro. La segunda, que nuestro país no constituye un grupo social aislado en el espacio, como solemos verlo a menudo con una gran dosis de provincialismo, sino una parte integrante de la gran familia humana, afectado por todo lo que atañe a las demás naciones, y expuesto a todas las corrientes del pensamiento universal, que nos llegan inevitablemente como las olas y como los vientos.

El régimen de corrupción de ocho años que tuvimos que derrocar por la fuerza, no fué un crecimiento casual, y sin raíces en nuestra historia, sino todo lo contrario; fué la culminación de una larga serie de vicios y pecados que se habían ido incubando en nuestro sistema republicano. Nuestra estructura política es hija de la Revolución Francesa, de la Revolución Inglesa y de la Revolución Americana. Nuestro régimen institucional guarda mucha semejanza con el de los Estados Unidos de Norte América. Es explicable que las enfermedades que allá sufre el sistema lo ataquen aquí también, con las modificaciones impuestas por las diferencias raciales y climatéricas. El régimen democrático está basado en gran parte, en la participación de todos los ciudadanos, directa o indirectamente, en la vida pública. Se supone que las luchas políticas se llevan a cabo en la superficie y que la opinión pública va decidiendo las grandes controversias entre las ideologías y entre los hombres. Pero en la práctica sucede a menudo que se establecen movimientos subterráneos, y que ciertas tendencias y ciertos individuos se mueven bajo sombra, y van adquiriendo fuerza electoral a base de maniobras, y llegan a regir los destinos de los pueblos sin haber mostrado más aptitud que la de las triquiñuelas politiqueras, y se sostienen luego en el poder mediante la distribución de granjerías, y acaban por implantar un régimen de corrupción que no es sino caricatura del sis-

tema democrático, y que convierte la Administración Pública en el negocio privado de la oligarquía reinante. Así fueron creciendo en los Estados Unidos las llamadas máquinas políticas, que establecieron regímenes increíblemente bárbaros en varios Estados de esa nación tan altamente civilizada. Así se fué formando también en nuestra democracia durante los últimos lustros toda esa fuerza política que condujo al régimen de ocho años, en el cual todos los vicios del pasado se multiplicaron, y coronaron un largo proceso degenerativo que llevó al país a un terrible dilema: o permitir que sucumbiera toda su estructura institucional, o acabar con la carcoma mediante el recurso trágico de la guerra civil. Dificilmente se encontraría un vicio político de los muchos que caracterizaron al régimen ahora derrocado, que no haya tenido su germen en las brillantes administraciones anteriores, y que no haya ido creciendo de campaña en campaña hasta culminar con los sucesos del trece de Febrero de 1944 y del 1º de Marzo de 1948. Es saludable que enfoquemos así los orígenes de nuestros males del pasado, a los cuales posiblemente no dimos la importancia que tenían, mientras no llegaron a generalizarse en nuestro ambiente, y que saquemos deducciones para el futuro, si hemos de evitar que nuestras numerosas instituciones nacionales, que cada día se aumentan, se vean amenazadas de nuevo por las fuerzas de la descomposición interna que todo organismo viviente parece llevar consigo.

Podría decirse que, con los sufrimientos recientes, los costarricenses hemos pagado el precio de un sistema de vida democrático avanzado. La politiquería es la enfermedad de la Democracia, y en nuestro ambiente social se desarrollaron ambos simultáneamente en el último cuarto de siglo. Los hombres elevados a posiciones de mando por aptitudes puramente políticas se vieron en la necesidad de acabar con toda nuestra tradición electoral para man-

tenerse gobernando. Se encontraron muy oportunamente en 1942 con la existencia de una nueva corriente mundial, representada en cierto modo por el partido comunista, y se echaron a flotar sobre ella a la deriva, con irresponsabilidad característica, para seguir adelante sus desmanes, burlando el sentimiento nacional que sigue aferrado a todo lo bueno que ha tenido nuestro régimen.

Los costarricenses fuimos a la Guerra de Liberación Nacional en Marzo de 1948 y acabamos con los malhechores.

Al capitular el Gobierno de entonces se cerró un período de nuestra historia. No era posible, tras acontecimiento de tal trascendencia, seguir adelante la vida nacional como si no hubiera habido más que un cambio normal en los mandatarios del país. Era imperativo que aprovecháramos un momento tan crucial para volver los ojos hacia atrás, enjuiciar y descartar todo lo que de malo hubiera tenido nuestro pasado, y dirigirnos luego al futuro con ánimo de vida nueva, aprovechando el valioso bagaje de las virtudes positivas que habían logrado asentarse en el espíritu de nuestro pueblo.

Entonces sucedió algo que a muchos de nuestros ciudadanos contemporáneos les ha parecido extraordinario, pero que los observadores del futuro encontrarán normal, como la salida del sol por la mañana. Sucedió que los hombres en cuyas manos quedó momentáneamente la suerte del país, le anunciamos que la Revolución no se había hecho solamente para derrocar a un gobernante y establecer otro, ni siquiera con el propósito único de restablecer en Costa Rica el derecho electoral. Sucedió que nos dispusimos a examinar de nuevo la posición de nuestro país en el conjunto de las naciones y en la historia, y empezamos la nueva vida procurando seguir, no ya las

grandes corrientes ideológicas del Siglo Dieciocho, sino las que están transformando al mundo nuevamente a mediados del Siglo Veinte, después de la Revolución Industrial y de dos grandes guerras mundiales.

Para que los costarricenses entendamos lo mejor posible a dónde vamos como nación, es necesario que tratemos de ver a dónde se dirige el mundo. Debe llamarnos la atención el que hayan aparecido en nuestro tiempo cinco grandes movimientos casi simultáneamente: la Revolución Rusa, el Fascismo Italiano, el Nazismo Alemán, el Nuevo Rumbo Americano y el actual Laborismo Inglés. A poco que se medite se llega a la conclusión de que todas esas revoluciones deben tener un objetivo común: que deben ser hasta cierto punto una sola cosa; que cada una de ellas está tratando de solucionar el mismo problema de acuerdo con las modalidades de su respectivo país; que todas ellas deben ser hijas de procesos históricos anteriores y que esos procesos progenitores no pueden ser otros que la Revolución Política del Siglo Dieciocho y la Revolución Industrial del Siglo Veinte.

La Revolución Política le dijo al mundo: "Todos los ciudadanos son iguales ante la Ley; no debe haber grupos privilegiados, ni grandes masas sin derechos; la Justicia debe regir para todos; la soberanía reside en el pueblo, el sufragio debe ser universal". Semejantes enunciados causaron estupor a los privilegiados de la época, que resolvieron, con criterio erróneo pero humano, convertirse en defensores de la estabilidad sobre la tierra, y de los derechos extraordinarios que sobre su grupo social habían bajado del cielo. Sus esfuerzos lograron solamente retrasar un poco el carro del progreso; sus hijos y sus nietos se confundieron cada vez más con la gran masa de los mortales, y a estas horas pocos hombres claman por situaciones privilegiadas ante la Ley, y ninguna persona culta

discute la igualdad jurídica de todos los miembros de la sociedad.

La Revolución Industrial le dijo al mundo: "En el cerebro del hombre está el germen de una nueva vida; la industria científica puede producir una cantidad ilimitada de enseres útiles para el bienestar humano; la técnica agrícola puede acabar con la escasez de alimentos; la máquina puede poner al alcance de todos la cultura, y los medios del más elevado disfrute espiritual".

Vino una creciente producción de riqueza nunca vista, y un grupo de privilegiados repitió, de buena fé en muchos casos, el error de sus antepasados, creyendo que los bienes de la tierra, en una nueva abundancia, solamente se destinaban a unos pocos, herederos posiblemente de algún nuevo derecho celestial.

La actual Revolución Económica, con sus variantes en cada país y en cada conjunto de circunstancias, le está diciendo al mundo: "Está demostrado que la técnica moderna puede producir suficiente bienestar para todos: hay que romper ahora los ligamentos mentales que nos atan a la estructura económica de otra época, las dos guerras mundiales han demostrado que los problemas monetarios son en gran parte imaginarios; que todo un pueblo trabajando con miras de interés común puede producir suficiente riqueza física y servicios para proporcionar una vida mejor a cada uno de sus habitantes; que los recursos de la industria están siendo maniatados por los prejuicios de una organización social anacrónica; que es urgente aplicar a la administración de las naciones, y del mundo, los métodos científicos usados por la industria actual; que se impone en el Siglo Veinte un nuevo sacudimiento, un nuevo romper de cadenas mentales; que la humanidad debe despertar alegre como los niños el día de Navidad, para

encontrarse con los aguinaldos que a su disposición están poniendo la Revolución Política, la Revolución Industrial y la Revolución Económica”.

En esa situación mundial vino la crisis política de Costa Rica que culminó con la guerra civil de 1948. Al encontrar nosotros el país devastado, la hacienda pública vacía, el personal administrativo desprestigiado, las instituciones pisoteadas, y al proponernos empezar vida nueva, lógico era que tratáramos de adaptar esa nueva nacionalidad a la situación actual del mundo.

Toda transformación social trae sufrimientos, toda nueva adaptación está llena de fallas, y uno de los mayores problemas de los pueblos que renacen, es el de mantener fé. Sucede a veces que las cosas empeoran de momento como resultado del esfuerzo requerido para las nuevas empresas. Sucede como al propietario que guarda durante muchos años un terreno inculto, y un buen día se dedica a trabajarlo y hacerlo producir: el esfuerzo económico requerido, y la atención necesaria para los nuevos trabajos, pueden empeorar de momento la situación de su familia. Durante ese período de esfuerzo y sacrificio es necesaria la fé en que se está haciendo algo bueno, en que se va a poner a producir la finca. Esa etapa de la vida familiar ante el esfuerzo nuevo la tienen que sufrir los pueblos cuando aspiran a surgir y a mantenerse al día con una civilización que avanza. Para los hombres de gobierno es especialmente duro el sacrificio. Nos mantenemos en contacto, por razón de nuestros elevados cargos, con la gente más distinguida del país cuyos intereses económicos o sociales se sienten momentáneamente afectados por las medidas que se toman. Algunos de ellos son comprensivos y se dan cuenta de que a la larga toda la humanidad se beneficia con el progreso; muchos de ellos pasan por alto los detalles de imperfección en una política

nueva y bien orientada; otros aceptan estoicamente que la lucha contra el privilegio comience por nuestras propias casas. Pero hay muchos otros, entre los elementos de la llamada clase dirigente, que reaccionan en forma negativa, ya sea porque sus negocios o sus posiciones se ven afectados en forma especial, o ya sea porque su mentalidad guarda alguna semejanza con la de quienes lucharon en el pasado contra la abolición de los privilegios políticos. Esos luchan hoy contra la abolición de los privilegios económicos. Los miembros de la actual Junta de Gobierno hemos tenido que pasar por la pena de afectar intereses de nuestros propios amigos personales, al igual que de las firmas comerciales de las cuales algunos de nosotros formamos parte. Lo hemos hecho todo con la mayor justicia posible, sin ánimo de perjudicar a nadie, y con la convicción de que nuestras medidas traerán después del incómodo reajuste del momento una cantidad de prosperidad de la cual todos los costarricenses, los ricos y los pobres de hoy, se sentirán satisfechos.

A menudo se nos señalan defectos en las medidas tomadas. Que el alza de los sueldos y jornales debió afectar más a tales o cuales industrias, y en menor grado tales o cuales actividades. Que van a desaparecer ciertos negocios porque no resisten las nuevas medidas. Que alguna empresa va a tener que despedir gente por economía obligada. Todos esos fenómenos, y muchos otros más, son los dolores inevitables del advenimiento de un nuevo régimen. Nuestro deber es mitigarlos en lo posible, y compartirlos con cualquier ciudadano a quien le toque sufrirlos en mayor grado que a otros. Corregir detalles, pero no echar a perder el conjunto.

Por encima de todas esas penalidades, que son los huecos y las rocas del camino del progreso, el carro del país está marchando. Hay toda una generación de jóvenes

estudiosos y honestos que se está ejercitando en las responsabilidades de la Administración Pública. Sus errores serán sus lecciones. Su obra será una patria nueva. Hay una numerosa clase media, de gente culta sin recursos económicos, que aumentará cada día sus filas a medida que el obrerismo y el campesinado vayan teniendo a su alcance los medios de progreso material y educacional que tanto desean y merecen. Esa clase media es el almácigo de la nueva Costa Rica. Ella está ocupando posiciones ahora en organismos que le fueron otrora vedados. Ella es la consumidora de la mayor parte de nuestros productos y servicios. Ella debe ejercitarse en el arte de producirlos abundantemente para todos.

No deben por esto sentirse desplazadas ni menospreciadas las demás clases sociales. La clase dirigente llenó su función en un mundo que salía del feudalismo y que despertaba a los albores de la Revolución Política. Ella nos ha legado en gran parte la riqueza acumulada que poseemos, junto con una organización institucional muy estimable. Sobre la base de esa riqueza y de esa institucionalidad debemos levantar la nueva estructura de la época. Los hombres capaces que tanto hicieron por cimentar esa base deben sentirse satisfechos, y no negar el concurso de sus luces, pero tampoco restar iniciativa a las nuevas generaciones que desean realizar su obra en tiempo nuevo. Los hijos de esas familias distinguidas han tenido la oportunidad de ejercitarse en los problemas de la producción. Su deber es incorporarse ahora, con esa herencia cultural, al nuevo movimiento social que tiende a producir seres humanos de mayor nobleza y de menos egoísmo.

La clase trabajadora debe sentir también que su día ha llegado. Sus conquistas mundiales han engendrado todo un nuevo sistema jurídico que rige la sociedad moderna. Su creciente bienestar parece asegurado, y es ya tiempo

de que empiecen a preocuparle las enormes responsabilidades adquiridas.

La clase campesina, de pequeños propietarios y peones, es aún la más sufrida del país. Todavía no tiene asegurada suficientemente la venta del producto de su trabajo, y cuando éstas se realizan normalmente, es a precios que significan normas de vida primitivas. Hay un largo camino que recorrer todavía para incorporar ese valioso segmento de nuestro pueblo al género de vida que la civilización impone. Pero todos los movimientos de la humanidad se están acelerando tanto, que hoy se salta en un lustro lo que ayer se caminaba en un siglo. Se están creando diversos organismos económicos, locales e internacionales, a los cuales me referiré en disertaciones posteriores, que harán posible un rápido resurgimiento de las masas campesinas del mundo.

El ideal que se persigue ahora es que todas las clases sociales, al impulso de la técnica económica, se vayan fundiendo en una gran clase media que goce ampliamente de las comodidades y oportunidades culturales de la época. De esa gran clase, que será la humanidad, surgirán los verdaderos valores espirituales. Los hombres y mujeres favorecidos por la Providencia con facultades mentales superiores, con aptitudes de iniciativa y de esfuerzo que les permitan levantarse, y sentir la satisfacción de irradiar su luz sobre las grandes mayorías de seres menos favorecidos.

El aristócrata de mañana no será ni el conde de ayer ni el millonario de hoy. Será el pensador. El pensador en la tierra, el pensador en la fábrica, el pensador en la ciencia, el pensador en el arte, el pensador en la filosofía. Se elevará sobre los demás mortales como el privilegiado

de ayer y de hoy, pero tendrá la satisfacción profunda de no disfrutar sino del privilegio excelso de servir mejor.

Conciudadanos: he tratado de exponer hoy solamente la orientación general que considero saludable para la Segunda República de Costa Rica, a mediados del Siglo Veinte. Al hablar después, en conversaciones posteriores, de los trabajos emprendidos por las diferentes ramas de la Administración Pública, tendremos oportunidad de ver que todos los esfuerzos no han sido esporádicos, sino que han llevado un delineamiento general. Que ha habido una doctrina que los rige a todos, la cual aparece en medio de las vicisitudes, como la estrella polar entre los nubarrones de un tiempo tempestuoso. Probablemente a medida que desarrolle mis exposiciones comprenderán mejor los oyentes por qué me he permitido hoy ocupar su atención en asuntos tan teóricos, y tal vez difíciles, como el guía que explica primero sobre el mapa la ruta general que ha de seguirse en la jornada.

Un gobierno sin orientación, un gobierno sin filosofía, sería como un puente sin cálculos, como un universo sin leyes naturales. Nuestra orientación debe ser la que marquen las corrientes mundiales de la época. Estamos en medio de la Revolución Económica, y no podemos ni queremos sustraernos a ella. Cada nación de la tierra va pasando por esta época, con unas cuantas décadas de adelanto o de atraso, que no significan nada en la historia universal.

Dos condiciones esenciales deben reunir estos grandes movimientos nacionales y mundiales, para que no conduzcan a resultados funestos, que hacen negativos los esfuerzos y los sacrificios; la primera condición es la honestidad. Cuando ella no existe, degenera la administración en un festín de bajos apetitos, y el resultado es una so-

ciudad deforme, que va adquiriendo la fisonomía detestable de sus dirigentes corrompidos. En ninguna circunstancia deben los ciudadanos dejar de velar por la honestidad, por la pureza del sufragio, y por la dignidad del Poder Judicial. Debe repudiarse todo movimiento que pretenda llevarse adelante con menosprecio de esos fundamentos básicos, como ya sucedió en Costa Rica, bajo la influencia comunista. Esas perturbaciones morales fueron la causa de la Guerra de Liberación Nacional de Marzo y Abril de 1948.

La segunda condición: no dejarse seducir por el atractivo de los grandes avances materiales que ha hecho posible la ciencia, con olvido de la espiritualidad que debe regir la vida. La técnica agrícola, la técnica industrial, la técnica económica, todas ellas nos están señalando el camino de la prosperidad general. Pero de nada valdrán todas ellas sin el espíritu común de solidaridad humana que debe regirlas, que debe ser la verdadera fuerza impulsadora de esta gran transformación que la humanidad está llevando a cabo como resultado de la Revolución Política, la Revolución Industrial y de la Revolución Económica. En todas las épocas y en todas las lenguas han hablado los hombres de la necesidad de este espíritu solidario de unos con otros, que ha sido el alma de todas las religiones. Hace trescientos años, al final de un período de grandes decepciones, se cultivaba el espíritu de solidaridad humana ante la muerte, y un poeta preguntaba: "Por quién doblan las campanas?", y contestaba: "No te preocupes por averiguarlo, doblan por tí". El gran movimiento renaciente de los últimos tiempos reacciona contra aquel tétrico sentimiento de solidaridad en la muerte, proponiéndole a todos los seres humanos un nuevo sentido de solidaridad en la vida. Cuando se oyó el primer silbato de la primera máquina de vapor, había comenzado la Revolución Industrial. La ciencia se había resuelto a ter-

minar con la escasez, inundando la tierra con todos los productos. Ese primer silbido anunció al mundo la Abundancia. La ansiada Abundancia. Pero es necesario que todos los integrantes de la sociedad humana nos compenetremos de un nuevo espíritu elevado y puro para que estemos dispuestos a contestar a cualquier ser que nos pregunte: "Abundancia para quién?", "no te preocupes en averiguarlo: abundancia para tí".

XXIII

La nueva Constitución fué promulgada el 7 de Noviembre de 1949, y al día siguiente, el país entero, las autoridades nacionales, y los funcionarios de Estado, los militares, los enviados extraordinarios de gobiernos extranjeros y el Cuerpo Diplomático, se aprestaron para concurrir a la magna ceremonia que tendría lugar en el Estadio Nacional, del traspaso del poder de la Junta Fundadora de la Segunda República, al Presidente Electo, don Otilio Ulate Blanco.

Habían transcurrido dieciocho meses desde que la Junta se había hecho cargo del Gobierno de la Nación, y durante ese lapso el trabajo de los gobernantes había sido muy duro y constante. Quedaba esbozado a grandes rasgos el programa de gobierno revolucionario y se habían llevado a la realidad muchas de sus aspiraciones. Pero faltaba todavía mucho por hacer. Costa Rica y los hombres de la Liberación, confiaban en que don Otilio, como Líder nacido al calor del mismo movimiento, les daría a todas cumplido fin.

El país se enfrentaba pues, el 8 de Noviembre de 1949, a una nueva era constitucional en la vida de la República, que en la conciencia de todos, sería una continuación, en su ideología y en sus planificaciones, del Gobierno provisorio, y por eso veía con satisfacción y júbilo que el Presidente tanto tiempo esperado, y a costa de tantos sacrificios salvaguardado, llegara por fin, al ejercicio del poder.

Y por eso el 8 de Noviembre de 1949 fué un día de Fiesta Nacional. Los ojos del mundo también se habían

puesto sobre la pequeña Costa Rica. El acontecimiento que se iba a celebrar era de una trascendencia inusitada para el mantenimiento de los principios democráticos y la civilidad entre los hombres, y un ejemplo evidente de que en este pequeño rincón del universo, esos principios estaban firmemente establecidos en la conciencia ciudadana y se respetaban por encima de cualquier otro sentimiento mezquino de afán de poderío o interés personal. Era ciertamente conmovedor el espectáculo de que una Junta Revolucionaria, que había gobernado sin Congreso y con poderes irrestrictos al país durante un año y medio, entregara ese poder dócilmente y sin la más pequeña señal de duda, a un Presidente Constitucional, en cumplimiento de un convenio firmado al final de una azarosa guerra, y con el fin de ver restablecido pronto en su Patria, el orden Constitucional que todos anhelaban.

Y por eso, a presenciar ese admirable evento, —tan raro en América— habían llegado representantes de casi todos los gobiernos del mundo.

El traspaso de poderes se hizo en ceremonia solemnísimas y emocionante, bajo el dosel de una artística tribuna construida exprofeso en la cancha de deportes, y fué presenciada por cientos de miles de costarricenses, las altas autoridades civiles, militares y eclesiásticas, las Misiones Especiales Extranjeras, el Cuerpo Diplomático acreditado, periodistas y fotógrafos de todas partes, e infinidad de extranjeros cultos que vinieron especialmente a contemplar el espectáculo.

El discurso de Figueres en esa ocasión fué considerado un verdadero canto a la Democracia y la Libertad, restaurados en Costa Rica gracias a la virilidad de su pueblo y al esfuerzo del Ejército de Liberación Nacional, y un programa de sabia doctrina en lo referente a las relacio-

nes de los países de Latino América con los Estados Unidos del Norte y con el resto del Mundo.

Dice así:

*MENSAJE DEL PRESIDENTE DE LA JUNTA
FUNDADORA DE LA SEGUNDA REPUBLICA,
EN EL ACTO DEL TRASPASO DEL PODER AL GOBIERNO
CONSTITUCIONAL, EL 8 DE NOVIEMBRE DE 1949.*

El acontecimiento que estamos celebrando no necesita de discursos. Son hechos importantes los que han conducido al pueblo de Costa Rica hasta aquí. La presencia de las Honorables Misiones de otros países es, por su número y por su calidad, el más significativo de los hechos.

El mundo sabe que Costa Rica sufrió una crisis espiritual de ocho años desde 1940 hasta 1948. Durante ese tiempo se gestó el movimiento revolucionario que hoy celebra uno de sus mejores días. Cuando comenzábamos la época de nuestra preparación intelectual, el periodo de nuestra Enciclopedia, teníamos que oír a veces frases de incredulidad. Por fortuna se nos presentaron diversas oportunidades de hacer efectiva nuestra lucha, y contestamos entonces a los escépticos, en el claro lenguaje de los hechos.

Mayores fueron las dudas cuando nos dispusimos a preparar la fase armada de la Revolución. Toda la fe de que eran capaces nuestros corazones fué necesaria, durante varios años, para mantenernos firmes ante las dificultades y ante las decepciones. Vino el momento de la Guerra Civil, y el improvisado ejército de Liberación Nacional se batió en forma que no dejó ninguna duda respecto a la disposición espiritual en que estaba el movimiento revolucionario, de contestar a todos los argumentos y a todas las censuras con el claro lenguaje de los hechos.

Voy a interrumpir un momento la lectura de este mensaje, para repetir con devoción una frase que acabo de pronunciar:

Ejército de Liberación Nacional!

Jamás un grupo humano blandió la espada con más brillo, en defensa de las instituciones cívicas!

Jamás un ejército vencedor se disolvió con mayor rapidez, después de cumplir con el deber, para retirarse a la vida civil. Honor a los oficiales y soldados!

Honor a los muertos! Honor a las madres!

Honor a las viudas! Honor a los huérfanos!

Luego se presentaron nuevas dudas. Se temía que pretendiésemos imponer en Costa Rica un régimen militar. En tres distintas ocasiones tuvimos oportunidad de probar lo contrario, y de rescatar el Poder para entregárselo a un gobierno constitucional: La Primera fué la Guerra de Liberación Nacional, de marzo-abril de 1948, que se libró precisamente contra la imposición violenta de un régimen espurio. Se reconquistó con ella una victoria cívica que había sido brillantemente alcanzada, y que estaba ya perdida al sobrevenir la acción armada. La segunda se presentó a raíz de la invasión que sufrimos en diciembre de 1948, cuando tuvimos que batirnos de nuevo contra los mismos aventureros del régimen derrocado. La tercera ocasión fué el quebranto nacional de abril de 1949, en que por desgracia tomaron parte algunos de los héroes que a nuestro lado habían luchado. Las tres veces hemos tenido que repeler la violencia con la violencia, en el único afán de asegurar un régimen institucional como el que hoy dejamos constituido, con participación predominante de los

técnicos y los profesionales. Hemos probado así repetidamente al país y al mundo la pureza de los ideales de la Revolución, con el claro lenguaje de los hechos.

En dos oportunidades le cupo en suerte a la Junta Fundadora llamar al país a elecciones: una para la nominación de los miembros integrantes de la Asamblea Constituyente, y otra para la Primera Asamblea Nacional Legislativa de la Segunda República. En ambas elecciones nos hemos abstenido de tomar parte en la contienda, a pesar de que sentíamos el deber de defender nuestra doctrina. Hemos preferido el mal de no estar representados en esas Asambleas, al mal mayor de participar en el torneo electoral desde el Poder. Así, con esa abstención absoluta, a costa de gran sacrificio para el movimiento revolucionario y tal vez para el progreso del país, nuestro deseo de purificar la institución del sufragio se ha puesto en evidencia dos veces más, en el claro lenguaje de los hechos.

A lo largo de todo nuestro período de Gobierno, y a través de todos nuestros esfuerzos por darle una nueva estructuración al país, hemos tenido que escuchar las mismas dudas: Qué podría hacerse en un país tan pequeño y tan escéptico? Por qué no volver a la Costa Rica de 1914? Muy poco íbamos a conseguir los dirigentes del movimiento revolucionario, que nos proponíamos darle una nueva orientación a la República. Hemos tenido oportunidad durante las últimas semanas de nuestro gobierno, de leer al país una serie de informes sobre la obra realizada en los distintos Ministerios de la Administración Pública. En ellos se puede observar que la nueva estructuración nacional ha sido posible, y que un nuevo ritmo de producción agrícola-industrial está transformando a Costa Rica. Que una nueva institucionalidad está rigiendo la vida de los ciudadanos, y que una nueva orientación social

les está llevando aliento a todos. Quien estudie de cerca la obra emprendida en los últimos 18 meses, puede adelantar el juicio que sobre este esfuerzo habrá de pronunciarse en el futuro. Tendrá que reconocérsenos siempre que, a las dudas y a las frases de incomprensión y escepticismo, hemos ido contestando en el claro lenguaje de los hechos.

Constantes han sido también las manifestaciones de incredulidad respecto a la buena fe de nuestro movimiento revolucionario, asegurándose con frecuencia, en el interior del país y en el extranjero, que los actuales dirigentes estábamos sedientos de mando, y que no teníamos intenciones de restituir el orden constitucional. A esas dudas venimos hoy a contestar, Honorables Misiones Extranjeras y queridos compatriotas, con el acto de entrega formal del Poder, que depositamos ahora en el dignísimo ciudadano a quien el pueblo consagró hace tiempo como su Presidente, y en la Honorable Asamblea Legislativa Nacional. A las últimas muestras de escepticismo damos hoy esta respuesta, en el idioma que siempre hemos usado: en el claro lenguaje de los hechos.

* * *

En este momento en que el mundo, representado aquí por tan distinguidas Misiones, contempla el acto trascendental del restablecimiento de las normas constitucionales en un país de América, deseamos dejar constancia de la satisfacción con que hemos observado en el curso de nuestras actividades gubernativas, que las naciones de nuestra época están dejando de ser jirones aislados en la superficie de la tierra, para convertirse en partes integrantes de una sola estructura mundial, formada por la gran familia humana.

América, el Nuevo Continente, forma un conglomerado importante dentro de esa familia universal. En tiempo de Bolívar se necesitaba la visión del genio para tratar los problemas del Nuevo Mundo como uno sólo, y para hablar de la gran patria americana. Hoy que los caminos y las comunicaciones nos han acercado, sólo se necesita el sentido común, y la observación serena de la situación existente, para darse cuenta de que ya hemos desaparecido casi totalmente como grupos aislados en América. Dificilmente se encontrará un problema que no sea común a todos nuestros países.

América debe unirse en una sola economía y en una sola cultura. Deben desaparecer tres cosas: las dictaduras, la ignorancia y la pobreza.

No debe permitirse que los aventureros políticos se protejan tras una nueva muralla china, llamada "Doctrina de no intervención", o conveniencia de sostener los "gobiernos constituidos" para convertir la administración de sus países en su negocio privado. El criterio de soberanía irrestricta, y las prédicas de nacionalismo aislacionista, se asemejan a las antiguas supersticiones de los armados caballeros.

Una intervención sana, ejercida por organismos internacionales genuinamente democráticos y de criterio definido, es más jurídica y más humana que la indiferencia ante el incendio de la casa del vecino, o que la complicidad de las naciones que dan respaldo moral a los regímenes despóticos.

Por encima de la consideración de fronteras debe estar el respeto a la dignidad del hombre, donde quiera que él se encuentre. El atraso institucional de cualquier pueblo es un contrapeso que resta efectividad al esfuerzo general por la elevación humana.

Los pueblos de América hemos hecho profesión de fe en el sistema de gobiernos representativos, y en la institución del sufragio como medio de llevarlos al Poder. No pretendemos que el republicanismo sea la única forma de gobierno saludable. Pero consideramos imprescindible para la estabilidad social, que la vida de las naciones responda en forma real a las normas jurídicas vigentes. Mientras exista en algunos países el divorcio entre su vida política y su propia Constitución, imperando la farsa electoral y el continuismo de hecho, estarán viciadas las fuentes mismas de la autoridad, y no habrá base moral para exigir a los ciudadanos el cumplimiento de ninguna ley.

Toda América está obligada, por motivos éticos y por los convenios existentes, a procurar el implantamiento real de regímenes democráticos representativos, en cada uno de los países del Hemisferio.

* * *

La América Latina confronta además este problema: no ha terminado todavía de estructurar las diferentes nacionalidades; no ha podido aún asentar en toda su plenitud la democracia, y ya se le presenta una nueva lucha mundial, de tanta trascendencia como la que estableció los derechos políticos del hombre: se le presenta el fenómeno arrollador de la Gran Revolución Económico-Social del Siglo Veinte.

Por otra parte, nuestras grandes masas desposeídas no tienen todavía a su alcance los recursos materiales que ha proporcionado al mundo la Revolución Industrial, y en esa condición nos sorprende el advenimiento de una vigorosa transformación social.

El establecimiento de las normas económicas que predica la Revolución Social, presupone la cultura cívica y

la vida institucional establecidas por la Revolución Política, además de las facilidades tecnológicas introducidas por la Revolución Industrial. Varios países de la América Latina, luchando todavía por establecer su institucionalidad y por adoptar la moderna tecnología, se encuentran hoy frente a frente con las incontenibles avanzadas de la Revolución Social, que vienen proclamando un tenor de vida elevado, y exigiendo una gran cantidad de bienes y servicios para todos.

Una situación de atraso relativo coloca a algunas comarcas varios peldaños atrás de las otras, en la escala del progreso humano. Esto nos enfrenta simultáneamente a varias etapas de lucha, que debieran haber venido la una después de la otra. Todo ese cuadro nos obliga a pensar con mayor detenimiento en el problema de la América Latina, y en la necesidad de formular planes generales que impliquen el aporte de todos para emprender conjuntamente la tarea, grande y compleja, y de construir una América Nueva.

Es necesario que todos los gobiernos y todos los pueblos del Nuevo Mundo adopten ya la visión general, por encima de las fronteras. América es un solo organismo biológico. El mal que la afecta en cualquier parte se sufre en todo el cuerpo. La tiranía que mantiene el atraso institucional en tal o cual región, o el estado de pobreza abyecta de una u otra comarca, son focos de infección que intoxican el organismo entero, a través de los conductos circulatorios.

A los Estados Unidos de Norte América, en su nueva condición de conductores de la humanidad, nada les conviene más en este momento que el desarrollo de la América Latina. América debe ser rica, poderosa y culta. Así unificada, y haciendo correr por las venas de toda su es-

estructura un solo criterio económico y espiritual, será la defensa inatacable, el guardián invencible de la cultura de Occidente.

Esto no quiere decir que debemos desligarnos de Europa. Las afinidades que existen entre nuestros países y los del Viejo Mundo, indican la conveniencia de reforzar los lazos que otrora fueron robustos. La misma presencia, que mucho nos honra, de varias Misiones europeas en este acto, está demostrando la comunidad de intereses, y de inquietudes espirituales entre nosotros. Un mayor acercamiento ayudará tanto a la reconstrucción de la madre Europa, como al desarrollo pleno de la joven América.

También es conveniente al progreso universal, que los Estados Unidos se vayan fundiendo con la Comunidad de Naciones Británicas. El Hemisferio Americano estará así en el centro de una gran cadena, y todo Occidente formará una gran cultura y una gran economía.

Nuestra civilización no puede cerrar los ojos ante los importantes acontecimientos recientes del Asia, donde una de las naciones más populosas y más nobles de la tierra está terminando de ser asimilada por los ejércitos que constituyen la avanzada de la ideología soviética. Por otra parte, la Europa Oriental está incorporada ya al mismo grupo de naciones. Existe la probabilidad de que se estructure, alrededor de la Unión Soviética, y por los métodos expeditos del totalitarismo, un conglomerado humano de dimensiones nunca vistas en la historia del mundo.

El reto a la civilización de Occidente asume proporciones gigantescas. Sin embargo, no debemos creer fatalmente que nos abocamos a una guerra global, inevitable, cuyo resultado puede ser la extinción de la raza humana sobre la tierra. No debemos sugestionarnos los unos a los

otros, dentro de nuestro grupo de naciones, tratando de convencernos de que todo cuanto está de nuestro lado es bueno, y santo, y todo cuanto está del lado de Oriente es malo y pecaminoso. Demasiadas veces hemos cometido ese error en el pasado, y en lo que va de este siglo hemos acudido a dos guerras mundiales que son una vergüenza para la cultura universal.

Nuestro deber es tratar de comprender las aspiraciones de otros pueblos distintos a nosotros, y esforzarnos por llevar a su conocimiento la comprensión de las propias aspiraciones nuestras. La familia humana, repartida como quedará durante las próximas décadas en sólo dos grandes agrupaciones, puede estar al borde de una catástrofe definitiva, pero puede también estar más avanzada que nunca en el camino hacia la integración de una sola comunidad de naciones. Los estadistas de Occidente están en la obligación de procurar que así suceda.

* * *

Excelentísimo señor Presidente de Costa Rica, señores Ministros del Gabinete, Honorable Asamblea Legislativa:

La Junta Fundadora de la Segunda República recibió el Poder de manos del histórico Ejército de Liberación Nacional. El Ejército lo había alcanzado al costo de sangrientos sacrificios. La Junta os lo entrega sin ningún ligamento.

4

Solamente os pedimos que veléis por la estabilidad de nuestras Instituciones, ahora redimidas, vitalizadas, y aumentadas; por el incremento de la riqueza y por la propagación de la cultura, con miras al bienestar del mayor número. Que prestéis vuestro aporte a América y al mundo, dentro de la gran causa de la humanidad entera.

Al salir nosotros, vemos con satisfacción que Dios y la ciudadanía le dan a la nave pilotos mejores. Sólo os deseamos el éxito en vuestra noble y grande misión. El Ejército de Liberación, la Junta Fundadora, y el pueblo de Costa Rica, se sentirán compensados por todos sus desvelos, cuando vuestros aciertos corrijan nuestros yerros, cuando vuestros triunfos sobrepasen nuestros triunfos, cuando vuestra gloria eclipse nuestra gloria.

Se cerraba así, en esta forma brillante y apoteósica, el primer capítulo de la vida política, laboriosa y limpia, de José Figueres.



Reciente fotografía del Sr. Presidente Figueres, en su despacho de la Casa Presidencial.
(foto Studio Suzanne, mayo 1955)

XXIV

Cualquier otro hombre que no hubiera sido José Figueres, hubiera respirado con satisfacción el 9 de Noviembre de 1949, en vista de la ingente labor cumplida por él y sus colaboradores, y se hubiera preparado para disfrutar de unas largas vacaciones, bien ganadas.

Pero no le sucedió así en esta ocasión, ni le sucedería ya más durante muchos años, porque parecía estar predestinado a luchar, a luchar sin fin durante su existencia, y a no tomarse un descanso jamás.

José Figueres, al dejar el poder el 8 de Noviembre de 1949, ya no se pertenecería a sí mismo, como no se había pertenecido durante los seis años anteriores. Era un símbolo, la encarnación misma de un ideal para los costarricenses, que deseaban tenerlo siempre cerca y vigilante de la marcha de las cosas públicas, para estar seguros de que ya todo andaría bien en Costa Rica en el futuro. Por otro lado, su nombre, la fama de su obra y de su pensamiento realizados en este pequeño país, habían rebasado las fronteras, y de Cuba, Puerto Rico, los Estados Unidos, Colombia, el Uruguay y otros países de América Hispana, lo habían llamado para conocerlo personalmente y oírlo exponer sus ideas y el proceso de su gesta revolucionaria.

Después, la política, la necesidad de hacer acto de presencia en los comicios de 1953, para seguir defendiendo la realización del programa de la Segunda República, amenazado peligrosamente otra vez por algunos grupos de pensamiento retrógrado e impreparados para gobernar, lo

llamó nuevamente a sus filas y lo llevó a la presidencia Constitucional de la República, que hoy tan brillantemente desempeña.

Estaba, así, atado a un destino que ya no le dejaría reposo, tanto en la vida interna del país, como en sus relaciones con el Hemisferio Americano.

Esta es, pues, la historia, hasta Noviembre de 1949, de un hombre que tuvo la satisfacción de ver realizado en esa fecha, cuanto se había propuesto hacer en bien de la Patria y en defensa de la Libertad, la Democracia y sus Instituciones.

Dios y la Patria lo bendigan!

San José, Enero-Abril 1955.

FIN

APENDICE

Entre los escritos del señor Figueres posteriores a Noviembre de 1949, encontramos un artículo suyo publicado en LA REPUBLICA del 11 de Marzo de 1951 titulado "Tres años después..." escrito con motivo de haberse cumplido en esa fecha el tercer aniversario del comienzo de la Guerra de Liberación Nacional, y también la reconstrucción de un discurso que pronunció en su Hacienda "La Lucha" en la misma fecha, ante unos amigos y ex-compañeros de armas y de Gobierno, que lo visitaron para saludarle con motivo de dicha celebración.

Ambos documentos son de tal manera impresionantes, por la clara sencillez y sinceridad con que fueron escritos; contienen tal cúmulo de observaciones importantes acerca de la razón, circunstancias y características del movimiento libertador, expresadas a la distancia de tres años de haber ocurrido y están redactadas en una forma tan personal e íntima (sobre todo el discurso de "La Lucha", que es sencillamente conmovedor), que constituyen como un complemento biográfico de inestimable valor, como un "*broche de oro*", para cuanto hayamos tratado de decir en este libro acerca de esos acontecimientos y el espíritu que animaba a su principal gestor y director.

En el artículo primeramente dicho, el autor se dirige en tono documentado y profundo a todo el país; en el discurso, que fue una improvisación y que se logró recoger taquigráficamente, se dirigió a sus ex-compañeros de combate, a sus antiguos soldados en el campo de las ideas y de las armas, y su lenguaje es suave y a la vez enérgico, saturado en ciertos momentos de la ternura de un padre que habla a sus hijos mayores con la autoridad de quien fue su director mientras estuvieron a su cuidado, pero que ya no ordena sino que exhorta y recomienda...

Sinceramente creemos que nuestros lectores nos agradecerán que hayamos reproducido ambas piezas en este apéndice, y que nos darán la razón en cuanto a la ponderación que hacemos de sus incuestionables méritos.

El artículo dice así:

TRES AÑOS DESPUES...

Mitigadas las pasiones tres años después de la Guerra de Liberación Nacional, meditemos un instante sobre las causas, los propósitos y las realizaciones del glorioso movimiento.

Al terminar el primer tercio de este siglo, llegó a su madurez el período liberal de nuestra historia. Los estadistas González Víquez y Jiménez Oreamuno finalizaban entonces la brillante carrera de sus vidas. Las instituciones republicanas estaban asentadas. El ordenamiento jurídico nuestro era ejemplar en América. El liberalismo económico florecía con vigor en ese ambiente. El gobierno era de tipo patriarcal.

Pero no hay situaciones estables en los organismos vivientes. Las sociedades humanas evolucionan siempre, ya sea despacio, ya sea rápidamente. Dos nuevas corrientes de ideas fueron apareciendo en nuestra vida pública, en el ocaso de nuestro período liberal. Una era la tendencia hacia la reforma social, hacia la reglamentación de la economía, hacia la limitación de los privilegios, hacia el gobierno para el pueblo. Este movimiento nació con el Partido Reformista, jefado por el General Jorge Volio; es justo reconocerlo así, cualesquiera que hayan sido los acontecimientos posteriores. La otra corriente nueva era la que buscaba una mayor efectividad en el gobierno nacional.

Era el germen de la idea de la tecnificación, que ahora se está abriendo campo en la conciencia del país. Ese deseo de una mayor conciencia administrativa, condujo a la primera candidatura presidencial de don León Cortés. El nuevo caudillo, que después había de ser prócer y mártir, fue electo en 1936 por gran mayoría.

Esas dos aspiraciones nuevas, la reforma social y la adopción de la técnica, son semillas que el viento nos trajo de otros lugares de América. Nuestro continente está hoy en plena Revolución, aunque nos cueste verla porque la tenemos cercana. La Revolución Americana, caracterizada por la transformación social y por el implantamiento de la tecnología, va a fructificar esplendorosamente en la segunda mitad del Siglo Veinte. Tiene raíces filosóficas profundas en el subsuelo de la cultura universal; y tiene su follaje extendido a los rayos de un sol alentador, que es el porvenir del Nuevo Mundo.

En Costa Rica se empezó a sentir la Revolución en ciertas leyes que revelaban un criterio nuevo: la fijación de la jornada máxima en 1920, y del salario mínimo en 1933, la Ley de Accidentes de Trabajo en 1924, y algunas otras disposiciones de carácter social. Luego vino la Ley que regula las relaciones entre Productores y Beneficiarios de café, que es un magnífico ejemplo de neo-liberalismo económico. La creación del Monopolio de Seguros en favor de una Institución del Estado en 1924, es un paso revolucionario sorprendente para aquella época.

En 1940 le sucedió a la incipiente revolución de Costa Rica lo que a tantas otras revoluciones en nuestros países de América: se corrompió. Vinieron ocho años de crisis. La legislación social progresó, pero fué convertida en arma política exclusivamente. La inspiraron al principio algunos

pensadores neo-liberales de buena fe que asesoraban al Gobierno. Luego, el Partido Comunista se adueñó de la reforma social, sancionó todas las iniquidades del régimen, y llegó a constituir su verdadero sostén material.

La Revolución se convirtió en el corcel sobre el cual cabalgaban los hombres públicos de apetitos más bastardos. La demagogia le trajo desprestigio a la reforma social, aún en el seno del pueblo que debía beneficiarse. La venalidad se generalizó. La independencia de los poderes desapareció. El derecho electoral se irrespetó sangrientamente, y estuvo a punto de desaparecer por largo tiempo de nuestra escena nacional.

En 1948 se produjo la tercera y última burla al sufragio. Se pretendió despojar a don Otilio Ulate de su limpia credencial de mandatario, así como se había atropellado en 1944 a don León Cortés.

Entonces, hoy hace tres años, se declaró la Guerra Civil. El Presidente Electo fué atropellado en la zona del Gobierno, negociando patrióticamente hasta el último momento para evitarle al país la sangría. Mantuvo dignamente su posición a pesar de todos los vejámenes, persecuciones y cárceles. Otros hombres pudieron batirse libremente en las montañas. Entre ellos estaban algunos dirigentes del movimiento de Liberación Nacional, que no era un partido político sino un grupo de ciudadanos estudiosos, dedicados desde hacía muchos años a planear en silencio la Revolución tecnológica y social dentro de la democracia de la ley.

Alcanzada la victoria, se presentó a los dirigentes armados una disyuntiva tremenda; lo más elegante era instalar inmediatamente el régimen constitucional; lo más

conveniente era constituir antes un gobierno provisorio. Puestos a escoger entre la elegancia política y la conveniencia nacional, tomaron el camino duro, poniéndose de acuerdo con quien era el depositario legal del Poder.

Durante año y medio sobrellevamos estoicamente la incomprensión y la desconfianza inspiradas por los círculos tradicionales que son una manifestación típica de la vulgaridad humana. Contra ella no se debe emplear otra arma que la paciencia.

En el tercer aniversario de la Guerra de Liberación Nacional, mitigadas las pasiones, ya se puede comenzar la explicación de ciertas cosas. Se nos ha censurado porque hicimos un gobierno de tinte revolucionario, hasta donde las circunstancias lo permitieron. Se dice que el pueblo fué a la guerra solamente por el derecho electoral y por la probidad administrativa; y que nosotros, de iniciativa propia, le agregamos al régimen resultante sus matices de reforma social y tecnológica. Para los observadores cultos de América, es incomprensible que esto constituya una censura. Para algunos costarricenses, este asunto es todavía motivo de cierta confusión. Para unos y otros, ya se puede aclarar la situación.

Es cierto que en la lucha cívica, que culminó en la acción armada, la mayoría de los costarricenses, y luego muchos miembros del Ejército de Liberación Nacional, no perseguían otro objetivo que el restablecimiento de las instituciones, y de las virtudes, ya anidadas en el alma popular. La Revolución era un elemento nuevo, generalmente incomprendido todavía. Es más: como el régimen del terror había enarbolado la bandera de la reforma social, el pueblo veía con aprehensión las nuevas ideas, o por lo menos la terminología con que se definían. Por estas cir-

cunstancias, es hasta cierto punto explicable la creencia que se tenía en América, de que la Oposición Nacional de Costa Rica constituía un movimiento reaccionario. No porque nuestro pueblo sea menos noble que los demás, ni porque sienta menos deseos que los otros de salir de la pobreza. Sino porque los políticos venales le habían hecho asociar la idea de la reforma social con la deshonestidad y con el atropello.

Pero sucedió que la administración pública de 1948 se encomendó a hombres vinculados con la juventud estudiosa y observadora, cuyas aspiraciones constituyen el Movimiento de Liberación Nacional. Conscientes nosotros de la necesidad de la reforma social y tecnológica en América, debíamos dejar huellas de nuestras convicciones al pasar por el gobierno. En numerosas manifestaciones públicas anteriores, habíamos definido nuestra posición ideológica en estas materias. En los días mismos de la lucha armada, lanzamos al país nuestra Segunda Proclama, titulada "Nuestro Movimiento Renovador y la Cuestión Social". Esa proclama es bien clara, y circuló por toda la república. Probablemente muchas gentes no le dieron importancia, porque están acostumbradas a que se digan y se escriban declaraciones públicas por el simple deseo de hacer frases o de conseguir votos.

Había, sin embargo, otra razón para que el régimen nacido con la Junta Fundadora de la Segunda República no destruyera la obra social acumulada hasta 1948, sino, más bien, se propusiera limpiarla de sus vicios y seguirla adelante. Esa razón no se podía revelar entonces, porque estaban encendidas las pasiones. Antes de exponerla ahora, necesitamos hacer un preámbulo narrando otras dificultades íntimas que se nos presentaron, en aquellos días de inmensa responsabilidad histórica.

Los vencidos dicen a veces que fuimos sanguinarios. Nadie sabe la lucha que significó para los dirigentes contener la reacción natural de los combatientes justamente enardecidos, y a la población civil indignada, en las primeras semanas después de la victoria. Los Penchos y los Tavíos habían escupido en la cara de todo ciudadano respetable. El deseo vehemente del pueblo liberado era exterminar a todos los sargentones, a todos los caciques de pueblo, a todos los miembros de las brigadas de choque, a todos los señorones que habían financiado la corrupción nacional. Si el número de los muertos llegó a dos mil en la acción armada, en las represalias públicas contra delincuentes indefensos se hubiera fácilmente triplicado. Los dirigentes logramos evitar el estrago mediante una pugna interna peligrosa y prolongada. Los resultados fueron, de momento, que muchos compañeros se desilusionaron ante nuestra actitud de aparentes paños tibios; y luego, que algunos de los personajes que así salieron impunes, se dediquen ahora, en intento vano, a difamarnos. Nosotros estamos más satisfechos de haber comenzado inmediatamente después del triunfo, a mitigar las pasiones.

Vino el momento de indemnizar a las viudas y a los huérfanos de guerra. Hubiera sido inconveniente todavía cualquier alarde de magnanimidad. Silenciosamente se abrieron en el Ministerio de Previsión Social las diligencias de cada caso, sin preguntar a ninguna madre de cuál bando era su hijo, en la lucha fraticida. Creemos que por cada expediente de los nuestros, hay seis o siete de las víctimas de aquel régimen de engaño. La nación está pagando las pensiones a todos por igual.

Ahora diremos la otra razón que tuvo el nuevo régimen para seguir adelante la reforma social. Avivadas las pasiones, era fácil confundir a todos los muertos ene-

migos bajo una sola denominación despectiva de Tavíos, comunistas, o mariachis. Cuántos de ellos fueron engañados por el espejismo de una legislación social insincera, nadie podría determinarlo. Pero hay motivos para creer que algunos de los caídos bajo la metralla nuestra, talvez macheteros infelices de los palúdicos bananales del Pacífico, en su inculto cerebro habían hecho germinar la idea de una vida mejor para sus hijos, y dócilmente fueron llevados a la muerte, bajo el señuelo de una lucha por su aspiración embrionaria.

Por otra parte, hay entre los sobrevivientes enemigos, ciertos grupos que parecen haber creído en la sinceridad social del régimen derrocado. Este error puede observarse particularmente entre algunos maestros de escuela. Es difícil pensar que la gente compagine una actitud honestamente revolucionaria con el peculado, el matonismo y la destrucción del sistema electoral. Pero este fenómeno se observa en las revoluciones de otros países americanos, cuando se corrompen.

En todo caso, los dirigentes del movimiento de Liberación Nacional, teníamos que mirar con respeto, aún en los instantes pasionales de 1948, la posición ideológica, por rudimentaria que fuera, de los sacrificios en el bando contrario. Abandonar la legislación social, que nosotros apoyábamos con sinceridad, hubiera sido darle la razón a los jefes depuestos que cínicamente nos pintaban como ignorantes reaccionarios.

A medida que pase el tiempo, se irá comprendiendo que la Guerra de Liberación Nacional culminó con el triunfo de todas las fuerzas nobles. Triunfaron quienes murieron por la honestidad administrativa y la majestad del sufragio; triunfaron también quienes creyeron sacrificarse

por la justicia social. Sólo perdieron los malvados, y los desorientados.

Estas cosas, en 1948, aunque se hubieran explicado, no se habrían comprendido. Casi toda la actuación de la Junta Fundadora de la Segunda República, es incomprendida todavía. Así como no se entiende aún la estrategia global de la Guerra de Liberación, y muchas gentes la consideran simplemente como una serie de operaciones tácticas inarticuladas, que condujeron a la victoria por acción exclusiva de la Providencia y de la casualidad; así los actos políticos y administrativos de aquella época histórica, se miden y pesan aisladamente, y se juzgan buenos o malos por sí solos, como si no hubieran seguido todas las líneas directrices de una actitud espiritual definida.

Los procesos mentales de asimilación se mueven lentamente. El único maestro capaz de explicarse bien, y de ser entendido, es el tiempo. Para mí es difícil describir nuestra actitud ante las dos corrientes nacionales que se encontraron en pugna sangrienta hace tres años.

Un campesino australiano busca con ansia a su hijo de pocos meses, que se ha perdido en un campo de canguros. Se da cuenta de que una de las fieras, hembra vieja y repulsiva, lleva a la criatura humana en su seno marsupial, junto a su vientre. Como esto es solamente un cuento, el animal representa el régimen de bandolerismo político que sufrimos en Costa Rica, y el niño es la Revolución incipiente. Matar a los dos juntos es más fácil que exterminar a la bestia y salvar a la criatura.

Dentro de cien años, los americanos de entonces no entenderán ciertas cosas. No se explicarán cómo nosotros, a mediados del siglo veinte, con nuestros recursos natu-

rales, con el adelanto actual de la ciencia, y con dos mil años de Cristianismo, mantenemos a la mayor parte de nuestra población en un grado intolerable de miseria. Pero no podrán acusar a los hombres del Movimiento de Liberación Nacional de Costa Rica, si algún historiador metódico nos llega a mencionar, de haber sido retrógrados. Nosotros vivimos la situación económico-social del mundo actual, bajo protesta.

Tres años después de la Guerra, saludamos a todos los costarricenses deseándoles la paz. Que las nuevas corrientes de ideas los lleven hacia un mundo mejor, erigido sobre los sanos cimientos morales del pasado. Que el país siga adelante su recuperación material y espiritual, apagados los rencores, mitigadas las pasiones.

Y la reconstrucción del discurso es como sigue:

Compañeros:

Celebramos el Tercer Aniversario de la lucha armada. La lucha armada duró días, semanas o meses. Tuvo una cierta duración definida. La lucha incruenta, la lucha constante por las causas nobles, compañeros, no se define en el tiempo, es una lucha eterna. Hoy como ayer estamos de pie. Ayer con las armas, hoy con la palabra, hoy en la prensa, hoy en los Tribunales sobre todo, compañeros, estamos sobre el mismo surco.

Muchas, muchas semejanzas tiene la lucha actual y ha tenido toda la que después de la Revolución armada hemos llevado adelante, mucha semejanza ha tenido con los días de la acción belicosa en las montañas.

Comenzaré por contarles una de esas semejanzas. Poco tiempo después de estar nosotros en el Gobierno, poco tiempo después de haber barrido de Costa Rica la inmoralidad política, vino un compañero muy preocupado a mi oficina, a informarme, asustado, que se decía que ya esa inmoralidad política se estaba infiltrando en nuestras filas. Me dió el nombre y apellidos de un compañero muy valioso, aquí presente hoy, de quien se decía que ilícitamente se estaba enriqueciendo, al calor de su posición en el Gobierno. El no le daba crédito a los decires; vino más o menos a decirme estas palabras: "Yo no sé si es verdad o nó lo que se dice del compañero. Yo no lo juzgo, pero creo que es necesario investigar esto, porque la cosa es alarmante. Se nos está metiendo otra vez, según dicen, la inmoralidad pública en el Gobierno".

Aquello me recordó varias escenas de la contienda armada. Ustedes los que anduvieron aquí tal vez recuerdan que a cada momento me venían a decir, "se dice que nos metieron al Bajo de Santa Cruz; se dice que ocuparon la posición del alto de San Francisco; se dice que ya están del lado nuestro. Yo no lo creo, pero es mejor averiguar, y si están adentro hay que sacarlos".

Pues señores, este compañero venía en lo mismo. "Se dice que ya se nos metió la inmoralidad política. Yo no lo creo, pero hay que averiguarlo; y si ya se nos metió, hay que sacarla también".

Así se hizo en mi mente el paralelo. Inmediatamente cogí el teléfono y llamé al compañero que se decía que era un delincuente. Lo llamé, para qué? Lo llamé para hacerle rodeos? No señores: A estos gallitos que tiran derecho no se les habla con rodeos; yo le repetí el cuento claro y desnudo como me lo habían contado a mí. Y qué resultó? Qué

resultó de la historia de que el compañero se estaba enriqueciendo? Qué resultó? Pues una solemne mariachiada, un embuste fenomenal.

Aquel incidente, que pudo no haber tenido importancia ni trascendencia, aquel incidente fue el principio de una gran lucha que íbamos a tener que librar en los meses y en los años venideros. Esa lucha la estamos librando hoy todavía.

Todos ustedes saben que hace meses y años, se viene insinuando la idea de que en el nuevo régimen hay corrupción. Que el fulano dice, que el otro comenta, y nadie se atrevía a concretar un cargo. Todos los compañeros venían a pedirme: haga usted una declaración, diga usted que nó, dé usted pruebas; y yo les respondía, pero señores, de qué voy a dar pruebas? Cómo me voy a echar contra un rumor, contra un fantasma? Cómo me voy yo a atener a los anónimos? Señores, dos años hemos tenido de paciencia con todos estos embustes, hasta que llegó el día en que un buen señor se le ocurrió concretar los cargos por la prensa, y prás! ahí lo agarramos.

Y pasó una cosa curiosa, para que ustedes vean que se sigue pareciendo la lucha de hoy a la lucha de ayer. Pasó una cosa curiosa. Pasó que cuando nosotros dijimos que lo íbamos a llevar a los Tribunales, un periodiquito de este tamaño, del tamaño del partido de los enemigos, un periodiquito de este tamaño, dijo que verían cómo era mentira que nosotros nos atreveríamos a llevar el asunto a los Tribunales. Que nosotros le teníamos miedo a esa lucha. Esto de hoy se parece a aquello de ayer. Esta gente sigue creyendo que estamos solos. Cuando la lucha ésta última, de la difamación, se presentó en un terreno donde se le pudiera hacer frente, se le hizo frente. Yo creo que la batalla por la prensa está ganada. Compañeros ten-

gan ustedes fé en que la batalla en los tribunales se vá a ganar también. De todo esto, que no deja de ser una molestia, debemos sacar alguna conclusión constructiva. Debemos sacar la conclusión constructiva de que hay que tener fe en la honestidad y en la continuidad del movimiento. Esta solicitud que ahora les hago, guarda también semejanza con las muchas que tuve que hacerles en tiempo de la campaña. Entonces les decía, tengan fé, que hay todo un plan. Tengamos unidad de acción. Esa acción que usted sugiere en forma aislada puede ser muy buena, pero no forma parte de un conjunto. No se preocupen. Si perdimos tal posición, la restableceremos. Tengan fé en que con unidad de acción vamos a la victoria.

Amigos, esto que acaba de pasar, esta lucha por la prensa en favor de la honestidad administrativa en Costa Rica, que nó en favor de unos pocos hombres que nada valemos, esta lucha que acabamos de librar o que estamos terminando de librar, por la honestidad administrativa en Costa Rica, nos conduce a una reflexión semejante a la de aquellos días. Compañeros, cuando haya rumores y falsedades, tengan fé, tengan fé, que así como los ríos no cambian su curso, la conducta moral de los hombres no se devuelve de hoy para mañana.

Estas cosas que he dicho son muy fáciles de comprender. Hay algunas otras que tal vez no lo sean tanto. Hay algunas otras para las cuales, como se proyectan en el futuro, yo necesito, con mayor vehemencia, invocar la fé de ustedes. Cuando estábamos en la lucha, ustedes me habían hecho el honor de nombrarme su jefe. Esa autoridad implica algo que en nuestro idioma se llama responsabilidad. Esa responsabilidad traía consigo que yo llevara en la cabeza simultáneamente todos los frentes. Que cada uno de ustedes se preocupaba por su posición, pero que yo tenía que estar pensando a la vez en todas; eso se llama

responsabilidad. Que cada uno de ustedes no tenía más obligación que pensar en hoy, y yo tenía que pensar en mañana y en pasado mañana, y en el futuro de la Patria. Actualmente el cuadro se está repitiendo, aunque es más difícil verlo. Mientras yo ocupe inmerecidamente el puesto afectuoso que ocupo en el corazón de ustedes, llevo una tremenda responsabilidad; y mientras yo lleve la tremenda responsabilidad de todo este movimiento regenerador de Costa Rica, tengo que estar vigilando todos los frentes. Tengo que estar pensando no solamente en lo que piensa el costarricense, en lo que dice la prensa de aquí, sino en lo que piensa el vecino, en lo que se piensa en América, en lo que piensan otros movimientos honestos que corren paralelos al nuestro, y sin los cuales nosotros nunca hubiéramos hecho nada, y sin los cuales no haremos nada en el futuro. Yo estoy guardando el frente internacional honesto, democrático y pacífico, y nó ese frente belicoso y mezquino que me quieren atribuir los mariachis.

Aprovecho hoy la oportunidad de decirles estas cosas, porque preveo que en algunas ocasiones ustedes puedan sorprenderse por una declaración mía, que no venga muy al caso en lo interno, que no sea muy necesaria, o que sus orígenes o sus propósitos no resulten fáciles de explicar. A veces, por ejemplo, le he dado respaldo a un movimiento de América, estructurado, como el Partido Popular de Puerto Rico, que conozco bien, entre otras razones porque nos está dando becas, no armas; nos está dando becas para que vayan jóvenes costarricenses allá a aprender a planear el mejor modo de hacerle bien al país, a aprender lo que ellos ya tienen más aprendido que nosotros. Ellos representan un grupo en América digno de estímulo, digno de encomio, que está siendo torpemente atacado por los comunistas y por todos los incomprensivos. Yo creo que la cosa no es muy fácil de comprender internamente en Costa

Rica; pero creo también que cuando un caso de esos se presenta en América, cuando hay un movimiento paralelo al nuestro que necesita que nosotros salgamos en su apoyo, señores, yo creo que no debo fijarme en el efecto político más o menos favorable del momento, sino que debo proyectarme sobre América, sobre la moralidad del Continente.

Ahora se está librando una batalla que la mayor parte de los costarricenses no conoce. Una batalla de este Movimiento de Regeneración de Costa Rica y de América, que aquí pasa casi desapercibida.

Es una lástima tener que dar malas noticias, pero cuando hay que darlas, hay que darlas. Nuestra causa noble, metida en el corazón de toda Costa Rica, está siendo hoy funestamente incomprendida en otros países vecinos cuya amistad nos interesa. En Guatemala, en México, y en otros países de América, los comunistas, los mariachis, los autoexilados, toda la pacotilla de aventureros que salieron volando para allá, le han hecho creer a las gentes pensantes de aquellos lugares que nosotros somos una partida de reaccionarios; que este movimiento noble, llevado a cabo por el pueblo de Costa Rica, y no por cuatro familias privilegiadas, es un movimiento nada más para entronizar el fascismo, para favorecer a cuatro ricos, para empobrecer más al trabajador, para explotar más a la clase media de Costa Rica. Yo sé que a ustedes esto les suena ridículo. Pero debo decirles que la infamia está circulando; que el movimiento —estoy alarmado— ha ido ganando terreno, que la opinión de México, —la cual, a pesar de las limitaciones que allá apreciamos los observadores foráneos, es una opinión que pesa mucho—, hoy, desgraciadamente, y debido a que no la hemos atendido debidamente, nos es mayoritariamente desfavorable.

Traigo esto a relación para decirles que algunas de las publicaciones que estoy haciendo en la prensa de Costa Rica, y en la prensa internacional, que tal vez no parece que vengan muy al caso, porque la mayoría de los costarricenses sabemos qué es el Movimiento de Liberación Nacional y cuáles son nuestras nobles ambiciones, esas publicaciones, compañeros, van primordialmente dirigidas a lo que yo llamo otros frentes, al frente importante para nosotros, importante para el prestigio de Costa Rica, e importante para el porvenir saludable de este Movimiento, al frente internacional. Hoy cabalmente he hecho publicar en la edición especial dedicada al tercer aniversario de la Guerra de Liberación, declaraciones que van más allá de las fronteras, que sé que se van a repetir en otros países de América con cierta sorpresa, que sé que van a contradecir lo que de nosotros piensan quienes están mal informados. En la página que hoy escribo en el periódico La República, he incluido conceptos que van más allá de Costa Rica. Por qué? Porque yo tengo que meterme, como dicen, en política de México, de Guatemala o de Cuba? No. No sean ingenuos. No señores. Eso es una mariachada nueva. No señores. Yo no estoy metiéndome con nadie. Yo estoy sosteniendo aquí la moralidad del movimiento político de Costa Rica, pero reconociendo que somos muy pequeños y que nosotros sólo en América no podemos llevar la carga de la lucha democrática, la carga de la honestidad en el seno de las revoluciones, y que si se proponen ahogarnos desde fuera, compañeros, déjense de cosas, nos ahogarán. Y esto no lo estoy inventando yo. Quién ayudó a sostener a Calderón, si nó fueron las fuerzas de afuera? No vino la Guardia Nacional a Cartago a dar cincha el 13 de febrero? No fue el comunismo internacional el que le facilitó al régimen corrompido sus brigadas de choque? Ustedes creen que los cuatro gatos que ellos eran, se hubieran sostenido por su sola fuerza mucho tiempo, contra

la furia casi unánime del pueblo costarricense? No señores! El mundo se está integrando. Yo quisiera que ustedes, los que en un tiempo tuvieron la visión de comprender que no había otra alternativa que llegar al paso sangriento de las armas en un país pacífico, tuvieran hoy la comprensión de pensar por un momento en que el mundo se está integrando, en que nosotros sólo no podemos ser los abandonados de la decencia en América, y en que mi responsabilidad, ayer como hoy, compañeros, es guardar todos los frentes. No se llame nadie a engaño. Que no vengan mañana publicaciones en los periódicos, con historietas mariachis de que yo estoy poniendo al país en peligro, que yo estoy organizando expediciones ridículas, y que estoy haciendo revoluciones. Señores, yo creo que ya va siendo hora de que nos conozcamos. Yo no organizo expediciones de ninguna clase. Yo no pongo al país en peligro. Si algo llevo yo muy constante en mi alma, es la preocupación suprema por el bienestar de la república. Ahora les vienen con el chisme de que yo pongo al país en peligro, como ayer les venían con la calumnia de que yo me había robado 3 millones de colones. Cuando a ustedes les repitan esos cuentos, o tápenle la boca al que los dice, o vengan a preguntarme a mí. Parecerá exagerar las cosas, después de todo lo que ustedes han dado, que yo les pida un esfuerzo más. Que yo venga ahora aquí, en vez de darles a pedirles, es casi incomprensible. Pero tengo que hacerlo. En todas nuestras relaciones yo no he hecho más que pedirles. No he hecho más que pedirles virtud, y sacrificio, y esfuerzo, y trabajo, y abnegación. Siempre pidiendo, y nunca dándoles nada. Ahora ante esas olas de calumnias y de torpezas mariachis, de que si robamos y de que si hacemos revolucioncitas en otros países, y cuentos por el estilo, compañeros, yo tengo que volver hoy a pedirles, a pedirles, señores, qué? Lo mismo de siempre, que tengan fé en el triunfo de nuestra causa!

Compañeros: hoy, en el tercer aniversario de la Guerra de Liberación Nacional, yo saludo respetuosamente en ustedes a los muertos; yo saludo respetuosamente en ustedes a la decencia administrativa en Costa Rica; yo saludo en ustedes, compañeros, a nuestra patria pequeña y a nuestra gran patria americana.

ERRATAS QUE SE HAN NOTADO:

<u>Página</u>	<u>Línea</u>	<u>Dice:</u>	<u>Léase</u>
38	23	precaución	precaución
57	20	ancarnizada	encarnizada
61	32	consecusión	consecución
89	2	edifiico	edificio
89	17	abrazaba	abrasaba
93	18	consecusión	consecución
117	7	"ras-padulce"	"raspa-dulce"
118	19	inciaremos	iniciaremos
156	23	Balmarcich	Bolmarcich
159	5	definidamente	definitivamente
162	4	material	materia
224	24	que	qué

ESTE
LIBRO SE
TERMINO DE
IMPRIMIR EL 10
DE AGOSTO DE 1955
EN LOS TALLERES DE LA
IMPRENTA TORMO, LTDA.

BIBLIOTECA
DE LA
ASAMBLEA LEGISLATIVA